

‘Abdallah al-Yafi’i

EL JARDÍN DE LAS FLORES PERFUMADAS

Versión española de Horacio Artemio Sauco.

INDICE

Página:

3	El Sufí
8	El concierto místico y la danza
11	Los Sufís en comunidad
15	La jerarquía de los santos
19	Milagros y prodigios
31	Los animales y la naturaleza
38	Los seres sobrenaturales
48	El loco santo
54	Debilidades de los ascetas
58	La renuncia al mundo y la reconciliación con Dios
62	La santa pobreza y la confianza
65	Los ermitaños y los vagabundos
69	Los pilares del Islam
74	Antiguo y Nuevo Testamento
78	Conversión al Islam
81	Apariciones
83	Los muertos

EL SUFI

Dios reveló estas palabras a Moisés: “¡OH Moisés, se como el pájaro solitario que picotea la punta de los árboles y bebe el agua de los ríos! Por la noche se refugia en una gruta buscando Mi compañía y escapando de aquella de quien me es rebelde. ¡OH Moisés, lo he jurado por Mi mismo!: No conduciré a término la obra del hipócrita, no coronaré la esperanza de quien espera de otro que de Mí, romperé la espalda de quien no se apoye en Mí, prolongaré la soledad de quien tenga un amigo distinto de Mí. ¡OH Moisés! Tengo siervos que cuando Me hablan en secreto Me aproximo a ellos, cuando Me llaman acudo, si vienen a mi encuentro Me les acerco, si se me acercan los acompaño, si Me acompañan los uno a Mí y ellos son suficientes. Si se hacen amigos míos Me hago amigo suyos, si Me aman les amo, si trabajan para Mi los recompensó. Soy Yo quien cuida de ellos y dirijo sus corazones y gobierno sus existencias. No concedo paz a sus corazones fuera de mis alabanzas, que son como el remedio a su enfermedad y sobre sus corazones hay una luz. No tienen familiaridad con nadie aparte de Mí, sólo junto a Mi se quitan el peso en el corazón y sólo junto a Mi toman morada estable”.

Cuenta uno de los buenos: Compré un esclavo y le pregunté: “¿Cómo te llamas?”. Respondió: “Patrón, con el nombre que tú me darás”. “¿Qué trabajos sabes hacer?”. “Patrón, el que tú me mandes”. “¿Qué comes?”. “Patrón, lo que me des de comer”. Le pregunté: “Entonces ¿no tienes ninguna voluntad?”. Respondió: “¿Qué voluntad puede tener el esclavo con su patrón?”. Sus palabras me hicieron llorar al recordarme mi relación con mi Patrón y le dije: “Me has enseñado cómo debo ser con mi Señor”.

Comentario [CU1]: ‘abd, palabra árabe que se encuentra formando parte del muy común nombre Abdalla (siervo de Dios)

Un cierto ladrón tenía la mano derecha cortada a causa de un robo, pero robó de nuevo y le cortaron el pie izquierdo; volvió a robar y le cortaron la mano izquierda; robó nuevamente y le cortaron el pie derecho, todo ello como prescribe la Ley. Cuando robó por quinta vez, lo suspendieron con una red en el aire porque después de las amputaciones de las cuatro extremidades se podía solamente infligir una pena no prevista por la Ley, pero de acuerdo con el caso. Un Sheikh Sufí pasó por allí mientras se encontraba colgado, con los pies y manos cortados, y dijo a sus compañeros: “Me haré siervo de este hombre”. “¿Y esto por qué?”. “Porque ha soportado con constancia los dolores que le llegaban buscando lo que amaba, sin dejarse distraer por las penas y los castigos”.

Cuenta Ahmad, hijo de Abú al-Hawari: Entré a lo de Sulayman al-Darani y lo encontré en lágrimas. Le pregunté: “¿Por qué lloras?”. Respondió: “¡OH Ahmad! ¿Cómo no llorar? Cuando cae la noche y los ojos duermen, cada amante está a solas con su amado; entonces los enamorados de Dios velan y las lágrimas corren por sus mejillas y caen en el nicho de sus plegarias. El Magnífico –Glorificado Sea- los mira

Comentario [CU2]: Originario de Damasco fue exiliado por haber afirmado la superioridad de los Santos sobre los Profetas (P.y B.). Murió en el 845

desde allá y dice a Gabriel: “¡Son entrañables a Mis ojos quienes se deleitan con Mis palabras! Diles: “¿Qué es este llorar, habéis visto jamás un amante que castigue a sus enamorados?” Acaso ¿sería digno de Mi castigar a quienes que, cuando cae la noche, me manifiestan su amor? ¡Por mi Poder lo juro!: Cuando vendrán a Mi presencia el Día del Juicio, verdaderamente Me mostraré a ellos con el rostro descubierto para que Me vean y Yo los vea”.

Cuenta Ibrahim ibn al-Mulahhab: “Mientras hacía las circunvalaciones a la Kaaba, vi a una joven aferrada a la cubierta que decía: “Señor, por el amor que me tienes, devuélveme mi corazón”. Le dije: “Jovencita ¿cómo sabes que Él te ama?”. Respondió: “Desde los tiempos antiguos que me ha tenido a su cuidado: ha movilizó ejércitos para venir a buscarme, ha gastado tesoros para sustraerme de países politeístas y hacerme entrar en la Unidad. Se ha dado a conocer mientras que yo Lo ignoraba. ¿Qué cosa son estas, Ibrahim, si no cuidados amorosos?”.

Cuenta Dhul Nun: “Mientras hacía los siete giros en torno a la Kaaba, una luz se difundió por todo el cielo. Maravillado, terminé mis giros y me apoyé en la Kaaba meditando sobre aquella luz. Entonces escuché una voz, bella, melancólica, melodiosa; me volví en esa dirección y vi una jovencita aferrada a la cubierta de la Kaaba que recitaba:

Tú lo sabes ¡OH mi querido, quién es mi deleite, Tú lo sabes!

La delgadez del cuerpo y las lágrimas develan mi secreto.

He escondido el amor hasta que mi pecho ha sido demasiado angosto como para contenerlo.

Dicho esto rompió en lágrimas y suspiros. Después continuó: “Mi Dios y Señor, por el amor que Tu me tienes ¿no me perdonarás?”. Le dije: “Jovencita, ¿no te bastaría decir ‘por el amor que Te tengo’? Dices nada menos que: ‘¡Por el amor que Tu me tienes!’ ¿Cómo has sabido que Él te ama?” Respondió: “¡Vade retro, Dhul Nun! ¿Acaso no sabes que hay personas amantes de Dios y a quienes Él ama, y que Su amor ha precedido el de ellos? ¿No conoces las palabras del Altísimo: *Dios suscitará un pueblo que Él amará y que Lo amarán*? ¡Entonces, Su amor ha precedido el de ellos por Él!”. Le dije: “¿Cómo has sabido que soy Dhul al-Nun?” Respondió: “¡OH hombre vacuo! Revoloteaban los corazones en la arena de los arcanos divinos, de allí te he conocido con el conocimiento del Omnipotente”. Dije: “Te veo grácil y extenuada ¿acaso estás enferma?”. Entonces declamó:

El amante de Dios en este mundo es un enfermo;

Es prolongado su mal y su remedio es su enfermedad.

Quien es del Creador amante

Se disuelve en su alabanza hasta que Lo ve.

Después me dijo: “¡Mira quien está tras tuyo!”. Me volví pero no vi a nadie y al volverme a ella ya no la encontré y no podría decir dónde se fue. Ahora yo aspiro a llegar a Dios por medio de ella, y creo que Él me aceptará y me responderá gracias a la bendición de aquella jovencita.

Comentario [CU3]: Uno de los primeros Sufís, nació en Egipto en torno al 796. En el 829 fue arrestado en Bagdad por sostener que el Corán era increado. Una vez libre no volvió a alejarse de Egipto donde murió en el 861. Su fama es legendaria, Ibn al-Arabi compuso un libro en su memoria.

EL DESPRECIO DEL PARAÍSO Y EL ENCUENTRO CON DIOS

Decía al-Junayd: “Los hombres, en su amar a Dios, son plebeyos y señores. Los plebeyos Lo aman por Sus numerosos beneficios y Sus continuos dones, por lo que su amor crece o disminuye. En cambio los señores Lo aman porque conocen Sus atributos y porque Él es digno de ser amado, aun cuando les privase de todos sus beneficios”.

Comentario [CU4]: Muerto en el 871. Está considerado el más grande intérprete del Sufismo “moderado”

Cuenta un santo: Me fue ofrecida la vida terrena con sus ornamentos y oropeles y la rechacé. Después me fue ofrecido el Paraíso con sus Huríes, sus palacios y jardines y lo rechacé. Entonces me fue dicho: “Si tu hubieras tomado la vida terrena te habríamos negado la de ultratumba. Si hubieras aceptado el Paraíso te habríamos negado a Nosotros mismos. Ahora somos tuyos y tendrás tu parte en los dos mundos”.

Cuenta Junayd: Pasé una noche junto a Sari, quien en un cierto punto me dijo: “¿Duermes Junayd?”. “No”. “En este momento La Verdad me ha llamado junto a ella y me ha dicho: ‘¡OH Sari! He creado a todas las criaturas y han declarado de amarMe. Después he creado la vida mundana y nueve mil personas de cada diez mil se han apartado de Mí para darse al mundo, con lo que me quedaron mil. Después he creado el Paraíso y entonces, de aquellas mil, novecientas se han dedicado a obtener el Paraíso, dejándome a un lado, y me han quedado cien. Los he sometido a algunas tribulaciones y sobre cien, noventa, presa de sus tribulaciones, Me ha olvidado. Me quedaron diez, a los que he dicho: “Vosotros, los bienes del mundo no los queréis, la vida futura no la deseáis, de las tribulaciones no escapáis ¿Qué es lo que queréis, entonces?”. Respondieron: “¡Tú sabes ciertamente lo que queremos!”. Les he dicho: “Verdaderamente haré caer sobre vosotros sufrimientos que no sabréis soportar, tales que las incommovibles montañas no serían capaces de soportar. ¿Podréis soportarlos?”. Han respondido: “¿No eres Tu acaso quien hace de nosotros lo que quiere? Porque todo lo hemos aceptado de Ti, de Ti soportaremos, en Ti soportaremos, por Ti soportaremos lo que no soportan las montañas”. Respondí: “¡Vosotros sois mis verdaderos siervos!”.

Comentario [CU5]: Referencia al “depósito” divino en la creación que rechazaron hasta las montañas y que el hombre aceptó

EL SECRETO DE LOS MÍSTICOS

Uno de ellos le pidió a Dios de serle generoso con Sus dones y de esconderlo con Su velo. Una noche permaneció en pie suplicando hasta el alba, rezándole a Dios. Uno de sus compañeros que lo observaba vio sobre su cabeza, suspendida en el vacío, una lámpara. Cuando se lo dijo el devoto exclamó:

¡OH Señor del Secreto, el secreto ahora ha sido conocido

Y no quiero vivir más, después que ha sido proclamado!

Luego de ello se postró y Dios lo recogió en esa postergación.

Cuenta Yahya ibn Mu'ad al-Razi: Vi a Abú Yazid durante una de sus visiones, desde la plegaria de la tarde hasta la del alba, en puntas de pie, con el mentón al pecho, los ojos fijos sin parpadear. A penas despuntó el día se postró en oración y

Comentario [CU6]: Muerto en Nishapur en el 910, fue el primero en ofrecer cursos públicos de mística en una mezquita del Cairo

permaneció así por un buen largo rato, luego sentado a tierra dijo: “Dios mío, ciertas personas Te lo han pedido y Tu les has concedido de caminar sobre el agua, de caminar en el aire, de hacer correr la tierra bajo sus pies... -y nombró una veintena de prodigios de santos- ... y ellos han sido complacido con todo ello. Yo, en cambio, busco refugio en Ti contra tales cosas”. Luego se dirigió a mí y dijo: “¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?”. “Un cierto tiempo”. Calló. Le dije: “Señor, cuéntame algo”.

“La verdad me introdujo en la esfera celeste más baja, mi hizo recorrer el Reino inferior y me mostró la Tierra y los tesoros que están bajo tierra. Después me introdujo en la esfera celeste superior, recorrió conmigo los cielos, me mostró sus jardines hasta que alcanzamos Su Trono, luego me puso en pie ante Sí y me dijo: “Pídeme cualquiera de las cosas que has visto y te la daré”. Respondí: “No he visto cosa alguna que me parezca tan bella como para pedírtela”. Contestó: “Tu en verdad eres mi siervo y Me adoras sinceramente”.

Sus palabras me demolieron y asombrado le pregunté: “Señor ¿Por qué no le has pedido el conocimiento de Dios? El Rey de Reyes te había dicho: Pide lo que quieras”. Él pegó un grito “¡Cállate, desgraciado! He estado celoso de mí mismo por Él, porque no amo que sea conocido fuera de Sí mismo”.

INSENSIBILIDAD FÍSICA DURANTE EL ÉXTASIS

Cuenta El Sheikh Shafi al-Din: Vi en Giza, en Egipto, una mujer estática que desde hacía treinta años estaba firme en pie en un campo de esparto, no se sentaba ni de día ni de noche, ni en el invierno o primavera. Nada la protegía del sol o la lluvia y a su alrededor se reunían culebras y serpientes. Su caso era de maravillarse.

Cuenta un Sufí: Tenía una esposa santa, cuando entraba en éxtasis no me era posible extender la mano sobre ella, y menos que menos satisfacer con ella mi deseo a causa de la potencia del estado místico en que se encontraba. En estos casos me decía a mí mismo: “¿Cuál de nosotros es el hombre y cual la mujer?”. Luego, cuando el éxtasis había pasado, obtenía lo que quería de ella.

Cuenta uno de ellos: Fui a lo de **Shibli** y lo encontré que se arrancaba la carne de los párpados con unas pinzas. Le dije: “¡Señor, te haces esto a ti mismo y el dolor recae sobre ti!” Respondió: “Se me ha manifestado La Verdad y no he sido capaz de sostenerla, por ello he buscado de infringirme dolor, pensando que tal vez yo lo habría sentido y que por ello aquella visión me sería velada. Pero no he sentido dolor, la visión no se ha atenuado ¡y yo sigo sin ser capaz de sostenerla!”.

Cuenta Hair al-Nassag: Estábamos en la Mezquita cuando se hizo presente Shibli en estado de ebriedad mística. Nos miró sin hablarnos, luego fue a casa de Junayd que se encontraba con su mujer, ésta quiso velarse el rostro, pero el marido le dijo: “No te preocupes, está ausente, no sabe que está aquí”. Shibli, en tanto, dio una cachetada en la cabeza de Junayd, recitó tres versos sobre la unión mística y luego cayó desvanecido. Después de poco tiempo recuperó los sentidos y comenzó a llorar, entonces Junayd le dijo a la mujer: “Vélate, ha vuelto en sí”.

Comentario [CU7]: Nació en Bagdad o Zamarra en el 861. Conoció el sufismo en Bagdad donde se hizo seguidor de la doctrina de Junayd. Murió en el 945 sin dejar escritos. Sus dichos fueron transmitidos por sus discípulos.

Decía Junayd: “He sentido decir a Sari: “El iniciado llega a tal punto que si lo golpeasen en el rostro con una espada no se daría cuenta”. Lo dudaba en mi corazón, hasta que experimenté que realmente es así”.

A uno de ellos se le desarrolló la gangrena en un pie y los médicos declararon que si no se le cortaba el pie moriría. Dijo entonces su madre: “Dejadlo estar hasta que comience a orar, porque en ese estado no siente nada”. Esperaron que comenzara a rezar, y cuando le amputaron el pie no se dio cuenta.

El Sheikh Abú Hafs al-Nishaburi, el herrero, una vez escuchó la recitación salmodiada de una Sura del Corán y entró en un estado de éxtasis tal que fue raptado fuera del mundo sensible. Metió la mano en el fuego y sacó con los dedos el hierro al rojo. Uno de sus aprendices le gritó: “¡Qué hace, patrón!”. Cuando Abú Hafs vio lo que había ocurrido, abandonó el oficio y salió de la herrería para darse a la vida devota.

Comentario [CU8]: De esta anécdota deriva una novela de Las Mil y Una Noches.

Un soberano infiel se apoderó de un país musulmán, derramó sangre, depredó las riquezas, y quería asesinar algunos de los Sheikhs de los derviches. Su Pir fue a verlo y le prohibió hacerlo. El soberano respondió: “Si sois en La Verdad, mostradme una prueba evidente”. El Sheikh señaló un montoncito de excremento de camello y se transformó en gemas esplendentes, señaló dos jarras posadas a tierra y se elevaron por el aire donde se mantuvieron suspendidas mientras se llenaban de agua, y aunque tenían el pico hacia tierra, no dejaron caer una gota.

El soberano se maravilló mucho, pero alguno de los cortesanos le dijo: “¡No sean grandes a tus ojos estas cosas, se trata de magia!”. Dijo el Sultán al Sheikh: “Muéstranos alguna otra cosa”. El Sheikh ordenó traer fuego y éste fue encendido, ordenó entonces a los derviches de hacer música y cantar sus letanías místicas, y cuando fueron estimulados por el éxtasis, el Sheikh entró con ellos en el fuego, que era una enorme hoguera, luego tomó al hijito del Sultán y comenzó a girar con él entre las llamas, tras lo cual desaparecieron ambos. Nadie sabía dónde habían ido y el Sultán quedó apesadumbrado por su hijo. Reaparecieron poco después, el niño tenía en su mano una manzana y en la otra una granada. El padre le preguntó: “¿Dónde has estado?” Respondió: “Paseando por un huerto, he recogido estos dos frutos y he regresado”.

El Sultán quedó estupefacto, pero los malvados cortesanos le dijeron: “También esto es obra de magia”. Entonces el soberano insistió: “Todo lo que nos has mostrado lo crearemos sólo si bebes este cáliz” y le dio uno lleno de un veneno tal que una sola gota mataba al instante. El Sheikh ordenó a los derviches de hacer música y cantar hasta que entraron en éxtasis tras lo cual tomó el cáliz y bebió todo el contenido. Las ropas que llevaba cayeron a jirones, tanto que tuvieron que echarle encima algunos paños, y también estos se deshicieron, todavía otros tuvieron el mismo fin, y así muchas veces. Después comenzó a chorrearle el sudor y entonces si los vestidos permanecieron sin caer a pedazos.

El Sultán, convencido, lo honró, lo magnificó y le demostró veneración, desistió de la carnicería y de los desórdenes y pueda ser que hasta se haya hecho musulmán. ¡Sabe Dios!

EL CONCIERTO MÍSTICO Y LA DANZA

Ghul al-Nun, interrogado sobre el concierto místico, decía: “Es inspirador de La Verdad, incita los corazones hacia La Verdad, y quien lo escucha estando en La Verdad alcanza la certeza, mientras que quien lo escucha como impío se vuelve ateo”.

Y decía Abú al-Qasim al-Nasirabadi: “El concierto místico varía según la fuerza del corazón, su pureza es la medida en la que vienen develadas las maravillas de Dios, las cercanas y las secretas”.

Cuenta un antiguo: Andaba en el desierto con cinco derviches y entre ellos había un cantor. Uno de aquellos derviches solía entrar en éxtasis, decía al cantor “¡Canta!” y la música lo mandaba en raptó. Un día lo eché gritándole groseramente: “¿Cuántas veces te pondrás en esas condiciones?”. Se retiró en silencio sin responderme. Poco después me volví a mirar atrás y lo vi bailando en el aire. Fui a excusarme con él, pero desapareció de mi vista y me quedó en el corazón el dolor de haberlo perdido.

Cuenta uno de ellos: Una vez me encontré entre unos Sufís reunidos para escuchar un concierto místico. Apenas el músico comenzó a tocar y cantar se alzaron bailando. En mi corazón los condenaba, pero aquella noche tuve un sueño: había comenzado el Juicio Final y los Sufís atravesaban el **sirat** bailando. Me desperté arrepentido y le prometí a Dios que no volvería a criticarlos jamás.

Comentario [CU9]: Un Puente tendido sobre el Infierno que lleva al Paraíso, los buenos lo cruzan, los malos caen.

El Sheikh Abú al-Gayt ibn Yamil, yemenita, al principio condenaba los conciertos místicos y sentía aversión por los frequentadores, pero más tarde cambió de opinión, y el motivo fue el siguiente: algunos Grandes Sheikhs, en compañía de un grupo de derviches, decidieron ingresar en su pueblito encontrándose en estado de raptó provocado por la música. Abú al-Gayt le ordenó a la gente del pueblo de salir armados de bastones para echarlos, y él también salió, pero cuando se encontraron frente a los recién llegados que bailaban al son de la música, el Sheikh fue presa del éxtasis y comenzó a girar sobre sí mismo como lo hacían aquellos. Sus compañeros, lo interrogaron estupefactos, respondió: “Giro por el poder del Omnipotente ¡He comenzado a girar sólo cuando he visto girar los cielos!”.

Un Doctor de La Ley condenaba el concierto místico de los Sufís. Un día uno de ellos entró en su casa y lo sorprendió girando en torno a sí mismo. Le dijo: “¡OH Doctor, veo que giras!” Respondió el otro: “Estaba estudiando una cuestión que me resulta difícil, en este momento se me ocurrió la solución y lleno de alegría no he podido contenerme de manifestarla y me he puesto a bailar, tal como me has visto” “OH, Doctor –dijo el Sufí- esta es tu alegría por haber resuelto una dificultad ¿Cómo puedes, entonces, condenar a quien se alegra del Altísimo?”.

Cuenta Junayd: Vi al Profeta (P y B) en sueños y le dije: “OH Enviado de Dios ¿Qué dices de los conciertos a los que asistimos de noche y en los que, a veces, puede que nos acompañemos de movimientos?” Respondió: “No hay una noche en la que yo

no me encuentre presente entre vosotros, pero ¡comenzad con el Corán y terminad con el Corán!”.

Le preguntaron a Ibrahim al-Hawwas: “¿Cómo es que el canto y la música impulsan al ser humano a ejecutar ciertos movimientos y lo pone en éxtasis, mientras que la recitación del Corán no sufre ese efecto?” Respondió: “Quien escucha el Corán recibe una tal impresión que permanece sojuzgado y no puede moverse, mientras que quien escucha música encuentra una distensión que lo induce a moverse”.

Comentario [CU10]: Uno de los más grandes poetas Sufis, nació en Bagdad y murió en el 291 h.

Un cierto jurista censuraba al famoso místico Muhammad ibn Abú Bakr al-Hakami, yemenita. Un día este último, mientras giraba en estado de éxtasis inducido por la música, le dijo al jurista: “Doctor ¡levanta la cabeza!” Aquel miró y vio en lo alto a los ángeles que giraban en redondo.

El místico Ahmad ibn al-Rifa’i en su juventud estudiaba el Corán con el Sheikh ‘Ali ibn al-Qari Wasiti. Alguien invitó al Sheikh a almorzar junto a una comitiva de Sufís y recitadores del Corán. Después de la comida un cantor comenzó a cantar acompañándose del tamboril, mientras Ahmad estaba allí sentado a custodiar el calzado de los invitados. Ahora bien, mientras el auditorio pasaba del placer y la alegría a la conmoción, Ahmad dio un salto y de un puñetazo desfondó el tamboril que el cantor tenía en mano. Los otros Sheikh se volvieron a ‘Ali ibn al-Qari y se la tomaron con él diciendo: “¡Es un joven de quien no podemos demandar resarcimiento, te toca pagar a ti!” Respondió: “Interrogadlo y si no da una respuesta satisfactoria, pagaré”. Le preguntaron al muchacho: “¿Por qué has roto el tamboril?” Respondió: “Señores, hago apelo a la buena fe del cantor, que diga qué cosa le había pasado por la mente mientras cantaba, y lo que sea que responda se lo crearemos”. Dijo el cantor: “Los otros días estaba en compañía de ciertos bebedores, se emborracharon y comenzaron a tambalear como hacen los Sheikhs aquí presentes, por lo que en un momento pensé: ‘Estos y aquellos son iguales’... No había terminado de formular este juicio cuando este joven saltó y me desfondó el tamboril”. Después de tales explicaciones, los Sheikhs se alzaron todos en pie y besando la mano al joven le pidieron disculpas.

Cuando ‘Amr ibn ‘Utman llegó a Isfahán, acudió a visitarlo un joven de la ciudad a quien el padre le prohibía frecuentar a los Sufís. Un día el joven enfermó y el Sheikh fue a visitarlo haciéndose acompañar por un cantor. El enfermo volviéndose al Sheikh le dijo: “Señor, dile que cante algo” y el cantor comenzó:

¡Hay de mí, estaba enfermo y ninguno de vosotros me visitó

Siendo que si fuese enfermo un esclavo vuestro lo visitaríais!

El joven se incorporó del lecho y dijo al cantor: “¡Más!” y éste continuó:

Más duro que mi mal es para mí vuestra frialdad

Y hasta la frialdad de vuestro esclavo me sería grave.

El enfermo se sentía cada vez más aliviado, tanto que al final se alzó y salió con los demás. Ahmad ibn ‘Utman, interrogado sobre el caso, dijo: “Si *la señal* que guía al alma hacia Dios viene antes de la música mística, desciende de lo alto y el enfermo sana. Si viene después de la música sale de lo bajo y el enfermo muere”.

Explica uno de ellos que por *la señal* se entiende el signo que invita al alma del devoto a la intimidad con Dios. Si viene antes que la música intercede, si viene luego mata, por que el hombre ha perdido sus fuerzas.

El gran místico Abú al-Husayn ibn Salim fue interrogado: “¿Encuentras algo que reprocharles en quienes escuchan música mística?” Respondió: “¿Cómo podría censurarla si la han escuchado hombres mejores que yo? Como Abdallah ibn Ga’far al-Tayyar [nieto del Khalifa ‘Ali], Ma’ruf al-Karhi [Octavo Imam Chiita], Sari as-Saqati [discípulo del Anterior, murió en Bagdad en el 867], Dhul Nun, Abú al-Husayn al-Nuri, Junayd y Shibli”. Y otro gran Sheikh ha dicho: “Quien condena la música mística, censura setenta hombres justos y veraces”.

Un Doctor dijo a un místico: “¿No sientes los sonajeros del tamborcillo?” Respondió: “¡Por Dios lo juro, no siento ningún sonajero! Siento en vez que el tamborcillo dice: ‘¡Dios! ¡Dios!’”.

Cuenta al-Junayd: Me encontraba con una comitiva sobre el monte Tur en el Sinaí, y nos detuvimos a reposar junto a una surgente bajo un convento cristiano. Estaba con nosotros un cantor que se puso a entonar algo y mis compañeros cayeron presas de un amoroso transporte y comenzaron a danzar. El Prior de los monjes que los miraba desde la ventana del convento, los llamó diciendo: “En el nombre de Dios y de la Fe pura ¿Quisierais subir a mí?” Pero ninguno se volvió a él por la suavidad del momento. Terminada la música, cuando se habían sentado todos, el monje preguntó: “¿Quién es el jefe entre vosotros?”. Me señalaron y me dijo: “OH Maestro, ¿Esos cantos y esas danzas, son cosas del común de las gentes de vuestra religión o son una cosa especial?”. Respondí: “No, son cosas particulares reservadas a quienes practican la ascesis en este mundo”. Dijo entonces el monje: “*¡Atestiguo que no hay más Dios que Dios y que Muhammad es el enviado de Dios!* Esto he encontrado en el Evangelio de Jesús: que algunas particulares personas de la Nación de Muhammad harán movimientos al son de la música sacra, a condición de practicar la ascesis en este mundo, y que sus ropajes serán burda lana y túnicas multicolores, y que se contentarán en este mundo con lo necesario. Así ha estado transmitido por Él”.

LOS SUFIS EN COMUNIDAD

Cuenta el Sheikh Abú al-‘Abbas al-Harrar: Éramos un grupo de novicios que estaba yendo a visitar al Sheikh Abú Ahmad al-Andalusí. Lo encontramos al centro de un gran círculo de discípulos, y hasta sus ayudantes tenían cada uno muchos oyentes. El Sheikh nos miró y dijo: “Cuando el niño va a la escuela, si su pizarrita está limpia el maestro le escribe en ella, pero si la pizarrita ya está cubierta con escrituras ¿dónde puede escribir el maestro? ¡Los que han venido que se vayan!” Después nos dio otra ojeada y dijo: “A quien bebe aguas distintas sus humores se le alteran, en quien se limita a una sola agua, su temperamento es inmune a las alteraciones”.

Este Sheikh tenía en la casa cuatrocientos jóvenes, todos quinceañeros y todos extáticos. Un día el Sheikh mandó un sirviente a llamarme, fui y lo encontré que estaba hablando rodeado de oyentes. Me senté entre ellos y de inmediato fui raptado en éxtasis y en ese estado vi al Sheikh de pie junto a mí. Tenía en la mano una pequeña hacha con la que me demolió. Veía mis miembros tronchados hasta los tobillos por tierra, y ninguna parte de mi cuerpo escapaba a la demolición. Luego comenzó a armarme renovado de los tobillos para arriba hasta llegar a mi cerebro y me dijo: “Ahora no necesitas de nadie más. Regresa a tu lugar de origen”. Cuando salí de las manos del Sheikh se me reveló el Mundo Superior a tal punto que nada me permaneció oculto.

Cuenta el Sheikh Shafi al-Din ibn **Mansur**: El Sheikh Abú al-‘Abbas al-Harrar tenía una hija que sus compañeros y amigos habrían deseado esposar. Intuyendo lo que tenían en mente dijo: “Que ninguno piense en esposar esta hija mía porque desde el momento de su nacimiento La Verdad me ha hecho saber quién será su marido, y yo lo espero”. En aquel tiempo yo me encontraba más allá del Éufrates con mi padre, visir de al-Malik al-Ashraf, soberano de Damasco. Cuando volvimos a Egipto, el Rey de Egipto al-Malik al-Adil, mandó a mi padre en misión a la Meca, entonces fue que yo comencé a frecuentar al Sheikh Abú al-‘Abbas y me transformé en pariente suyo. Desde pequeño, cuando sentía hablar de los ascetas y los santos, se me aparecía espléndida su figura. Llegando a ser su acompañante mi figura cambió. Primero me presentaba elegantemente ataviado, llevando ropajes recamados en oro, montando una bella mula, y esas cosas, mas luego me separé de la gente de mi casa y me aferré al Sheikh.

Un día mi padre volvió de la Meca con un magnífico séquito y mucha gente salió del Cairo para ir a su encuentro, llevando consigo toda clase de cosas, incluso tiendas. Mi Sheikh me dijo: “Ve al encuentro de tu padre”. Respondí: “Señor, ya no tengo ningún padre aparte de ti, y no quiero cabalgar sus caballos ni comer con ellos”. Insistió: “Como sea ¡Ve!” y me fui montado en un burrito, vestido pobremente. Mis parientes lloraban viéndome en aquel estado. Cuando me encontré frente a mi padre, que estaba montado en un camello entre los peregrinos, acompañado de guardias, soldados y esclavos. Sólo lo saludé y ni él ni quienes estaban con él me reconocieron. Cuando me reconoció finalmente, se alzó repentinamente en la montura con el rostro pálido, manifestando un estupor por el que ruego a Dios de recompensarlo. Luego

Comentario [CU11]: Fragmento autobiográfico, los hechos narrados acaecieron en el Cairo entre los siglos XII y XIII. El soberano de quien se habla es el Rey de Egipto, de la dinastía de Salah el-Din

continuaron su camino, cabalgaba como atontado, y he aquí que llega mi familia, mis hermanos y toda la gente que había salido del Cairo para encontrarse con él, a rodearlo mientras yo me mantenía aparte, solitario. Cuando mi padre descendió del camello le fueron presentados regalos y él, a su vez, reunió a todos los que habían regresado con él y a aquellos que habían venido a encontrarlo, pero yo no estaba entre ellos y me aislaba solitario a llorar a lágrima viva. El llanto de un prisionero a quien el enemigo ha arrancado de su familia y separado de sus seres queridos.

Terminó con que mi padre me amenazó con la cárcel y las cadenas si no volvía a ser para él aquel que había sido. Se lo informé al Sheikh que me echó diciendo: “¡Vete con tu padre y no vuelvas a verme!”. Lloré por mucho tiempo y recitaba aquellos versos de Qays, el loco de amor por Laila:

Enloquezco por Laila, que enloqueció por otro.

Y otra a quien no quería, enloquecía por mí.

Dios me hizo conocer la secreta intención del Sheikh, quien me había rechazado para poner a prueba mi sinceridad y el de estar a salvo de sospechar intereses personales. Esto me consoló y volví a casa de mi padre, donde fui a encerrarme en una despensa jurando de no comer, no beber y no salir si el Sheikh no me lo ordenaba. Mi padre preguntó por mí y le refirieron que el Sheikh me había echado y la decisión que había tomado. Dijo entonces: “Cuando el hambre y la sed lo acosen, sentirá la necesidad de comer y beber”. Permanecí en aquel estado por tres días. Al tercero mi padre, desvelándose exclamó: “¡Díganle que valla del Sheikh y que haga lo que quiera!”. Respondí: “No lo haré si mi padre no viene conmigo a solicitarle al Sheikh de recibirme”, entendiéndolo de con esto honrar al Sheikh. Mi padre consintió, me hizo llamar y salimos de casa a pie hacia la Mezquita del Sheikh. Besó la mano al Sheikh y le dijo: “Señor, este es tu hijo, dispón de él como quieras ¡Cuán feliz sería si pudiera encontrarme en su lugar!” El Sheikh respondió: “Confío en que Dios te bendecirá por su intermedio” y mi padre me consignó a él y se marchó. ¡Que Dios lo premie largamente y lo recompense por lo que ha hecho por mí!

Luego de esto permanecí un mes sin ver a mi padre. Cada día transportaba descalzo sobre mis espaldas dos tinajas de agua a la **zawiyah** del Sheikh y la gente andaba a decírselo a mi padre que respondía: “Lo he cedido al Altísimo, le pido a Dios que no le valla perdido el premio por lo que hace y que reciba la recompensa que merece”.

Después de la muerte de mi padre me pareció de ver en sueños al Sheikh que me decía: “¡OH Shafi al-Din, te he destinado mi hija por mujer!” Apenas me desperté me encontraba estupefacto, incapaz de contárselo por vergüenza, y aun así, no decírselo sería una traición por que le habría escondido una visión que había tenido, pero él me preguntó: “¿Qué has visto en sueños?” y yo, preso de temor reverencial, callaba. Insistió: “¡Di, es necesario que hables!” Respondí: “He visto esto y aquello”, y él: “¡Hijo mío, estaba establecido desde la eternidad!” y me uní a ella en matrimonio.

Era una de las santas del Altísimo, en su rostro había una luz que no escapaba a ninguno que la veía. Era verdaderamente una santa del Altísimo, una de las mujeres del Paraíso. Tuve con ella hijos que llegaron a ser Doctores de La Ley y ascetas, y luego de la muerte de su padre vivimos largamente en la bendición que emanaba de ella. Recibía revelaciones frecuentemente, el día de su muerte le fue revelado un año antes y poco antes de morir anunció cosas maravillosas y hechos que ocurrirían después de su muerte, y realmente ocurrieron. En el momento de entregar el alma la despidió con aquella aleya del Corán: *OH alma sosegada, retorna a tu Señor agradecida de Él, que de ti se complace.*

Comentario [CU12]: Centro religioso ligado a alguna confraternidad. Puede comprender Mezquita, sala de recitación del Corán, escuela, alojamiento para el Sheikh y los novicios forasteros, y a veces la tumba del fundador.

El jefe de una confraternidad pidió por esposa a una mujer, pero la familia se la negó si el marido no le proveía de una esclava para su servicio. No tenía dinero para comprar una esclava y se lo comentó a un discípulo suyo que le dijo: “Yo tomaré el lugar de la esclava y te haré el servicio, ve a decirle a los padres de la esposa: Tengo una esclava para los menesteres, pero me ha dicho que quiere trabajar en una habitación en la que pueda estar a solas. Ella no os verá y vosotros no la veréis”. El Sheikh fue con aquel discurso y le respondieron: “Está bien, mientras que haga el trabajo que queremos no nos hace falta verla”. Y se concluyó el matrimonio.

El amigo del esposo entró en la casa y fue dejado a solas en una habitación, era moreno y no tenía barba, permanecía en cuclillas moliendo el grano para ellos y la esposa creía que se trataba de una sierva. Ocurrió que el Sheikh se alzaba de noche, dejaba a su mujer para ir a rezar y ella habló de esto con las otras mujeres que le dijeron: “Puede ser que valla de la esclava...” Aquella noche cuando el marido salió, la esposa fue detrás para ver si estaba con la sierva y la encontró rezando mientras la moledora giraba por sí sola.

Asombrada la mujer tornó al dormitorio y cuando volvió el marido le dijo: “¡He visto a la sierva que rezaba mientras la moledora giraba por sí sola!” Le respondió el Sheikh: “Esa no es una esclava, es Fulano, mi hermano”. Dijo entonces la mujer: “¡Pido perdón a Dios, seré yo la esclava que servirá a vosotros dos!”

Cuenta al-Yusuf ibn al-Husayn: Me enteré que Dhul al-Nun había aprendido el Nombre Secreto de Dios por lo que dejé la Meca para ir a su encuentro a Guiza, cerca de El Cairo. Me presenté con la barba larga, el *kashcul* en mano, sandalias en los pies y cubierto con la *Kirqa*. Me recibió muy amablemente.

Dos o tres días después de mi llegada arribó un teólogo y se trenzó con él en una discusión sobre ciertos puntos dogmáticos. Dhul al-Nun llevaba las de perder, me disgusté e intervine en la disputa alentando al teólogo a discutir conmigo, y mantuve la delantera hasta hacerle ver su confusión, luego me adentré en argumentos sutiles en los que fue incapaz de seguirme. Dhul al-Nun quedó admirado, él ya era un viejo y yo mucho más joven que él, pero se levantó de su puesto, vino a sentarse junto a mí y me dijo: “Discúlpame, no conocía tu ciencia ¡Tú eres para mí la más excelente de las personas!” Y desde entonces me trató con gran respeto, poniéndome por encima de todos sus compañeros.

Viví así un entero año, luego del cual le dije: “Maestro, soy extranjero y anhelo volver a ver a mi familia. Te he servido por un año y tengo un derecho sobre ti. Me ha sido dicho que tú conoces el Nombre Secreto de Dios y tú me has puesto a pruebas y me conoces. ¡Si lo sabes, enséñamelo!”. Permaneció en silencio sin responder, dejándome suponer que quizá me lo habría enseñado. Permaneció callado por seis meses al cabo de los cuales me dijo: “¿Conoces a Fulano, nuestro amigo que vive en Fustát?” “Si”. Sacó entonces una bandeja cubierta, atada con una servilleta, y me ordenó: “Lévaselo a quien te he dicho a Fustát”. Tomé la bandeja que era liviana, como si no contuviera nada dentro. Llegando al puente entre Guizá y Fustát pensé: “¡Dhul al-Nun le manda de regalo a Fulano una bandeja vacía! Tengo que ver cómo es esto”. Desanudé la servilleta, levanté la cubierta y salió un ratón que escapó fuera.

Monté en cólera pensando que Dhul al-Nun me había tomado a burla, en ese momento no me vino en mente la verdadera razón y me volví enojado. Al verme sonrió, entendió cómo habían andado las cosas y exclamó: “¡Idiota, te había confiado un ratón y me has traicionado! ¿Cómo pretendes que te confíe el Nombre Secreto de Dios? ¡Vete y no vuelvas a hacerte ver!”. Y así fue que lo dejé.

Comentario [CU13]: Nació en al-Ray y murió en el 495, amigo del Dhul al-Nun, consideraba a los Sufis como el depósito oculto que Dios estableció para los musulmanes en todas las naciones a fin de contrabalancear las culpas.

Comentario [CU14]: Un conocimiento secretísimo al que se atribuyen poderes excepcionales prácticamente sin límites.

Comentario [CU15]: Cuenco de mendigar que identifica al derviche

Comentario [CU16]: Manto derviche

Se presentó ante el Sheikh Abú al-Layt una cantante que, apenas verlo, cayó desvanecida, y luego al recuperar los sentidos, pidió de volverse a Dios arrepentida y de permanecer con los derviches, mientras que antes había vivido siempre en la comodidad. Le dijo el Sheikh: “Ahora nosotros te sacrificaremos ¿Sabrás soportar el sacrificio?” Respondió que si y él le ordenó de transportar el agua para la sed de los derviches. Durante seis meses acarreó agua sobre sus espaldas. El Sheikh vio que ya no era la de entonces. Finalmente ella le dijo: “¡Anhelo a Dios!” y le respondió: “El jueves encontrarás a tu Señor” y el jueves siguiente murió.

Comentario [CU17]: Teólogo hanífita del S.X

El gran Sheikh Gawhar, sepultado en Aden, era un esclavo liberto que compraba y vendía en el *zuq* (mercado). Asistía a las reuniones de los derviches y profesaba su doctrina. Era analfabeto. Cuando el gran Sheikh Sa'd al-Haddad estaba por morir le preguntaron: “¿Quién tomará tu puesto?” Respondió: “Aquel sobre cuya cabeza se posará un pájaro verde, cuando se reúnan los derviches al tercer día después de mi muerte. Ese será vuestro Sheikh”. Muerto que fue, se reunieron junto a su tumba por tres días, al cabo de los cuales, terminada la recitación del Corán y de las letanías Sufís, se mantuvieron sentados esperando que se cumpliera la promesa del Sheikh, y he aquí que un pájaro verde vino a posarse cerca de ellos, y cada uno de los derviches principales estaba inmóvil en espera, deseando que le tocara a él. Y mientras así esperaban que se manifestara lo que el Omnipotente, el Omnisciente, había destinado, el pájaro remontó vuelo y se posó en la cabeza de Gawhar. Esto no les había pasado por la mente ni a él ni a ninguno de los derviches que allí no más lo rodearon para acompañarlo, casi en un cortejo nupcial, a la *zawiyah* del Sheikh para entronizarlo en su cargo.

Comentario [CU18]: Gawhar es un nombre de esclavo, significa: “Joya”

Gawhar lloraba diciendo: “¿Cómo podría ser apto para hacer de Sheikh un hombre del mercado, analfabeto, que ni siquiera conoce las reglas y las costumbres de los derviches, que tengo propiedades y negocios que administrar con la gente?” Y le respondían: “Esto es cosa celestial, ha bajado de allá y tú no puedes hacer nada, será el Altísimo a instruirte y a enseñarte, porque es Él quien se ocupa de los buenos”. Dijo Gawhar: “¡Dadme tiempo como para volver al mercado, a liberarme de los derechos que tienen sobre mí las criaturas de este mundo!”. Lo dejaron ir, volvió a su negocio y satisfizo a todos aquellos con los que tenía deudas pendientes, luego abandonó el mercado y se dedicó a la *zawiyah* y los derviches lo rodearon de afecto y confianza. Se transformó en una verdadera joya, tal como su nombre lo indica, manifestando bendiciones y prodigios que sería largo enumerar.

LA JERARQUÍA DE LOS SANTOS

Refiere Anas ibn **Malik** que el Profeta (P.y B.) decía: “Los **Abdal** de mi nación son cuarenta: veinte y dos en Siria y diez y ocho en Iraq. Cada vez que muere uno, Dios pone a otro en su puesto, y apenas llega la orden toman posesión”.

Comentario [CU19]: Muerto en Medina en el 814. Maestro del Hadiz, famoso por sus dictámenes jurídicos y teológicos. Su autoridad era tal que nadie le pedía las motivaciones de sus afirmaciones.

Según Ibn **Mas'ud**, el Profeta (P.y B.) decía que Dios tiene sobre la tierra trescientos hombres con el corazón como el de Adán, que tiene cuarenta con el corazón como el de Moisés, y siete con el corazón como el de Abraham, cinco con el corazón como el de Gabriel, tres como el de Miguel y uno como el de **Israfil**. Cuando muere este uno, Dios pone en su lugar a uno de los tres, y cuando muere uno de los tres lo sustituye con uno de los cinco, y uno de los cinco con uno de los siete, y así en más. Como sustitutos de alguno de los trescientos son seleccionados los mejores de entre los seres humanos. Por medio de esta jerarquía de santos Dios aleja las calamidades de la nación musulmana.

Comentario [CU20]: Literalmente: “Transformados”, una categoría de santos del Islam

Comentario [CU21]: Uno de los compañeros del Profeta (P.y B.), provenía de la clase popular, se dice que fue uno de los primeros en recitar públicamente el Corán.

Comentario [CU22]: Arcángel que sonará la trompeta el Día del Juicio

El único, llamado *Quth* (Polo) es, respecto de los santos, como el centro respecto del círculo, en él está mantener el correcto ordenamiento del mundo. Su corazón, respecto al de los santos, ángeles y Profetas, es como el sol respecto de las estrellas.

Refiere Abú al-**Darda** que el Profeta (P.y B.) a dicho: “No por los muchos ayunos, las plegarias, arrepentimientos, las bellas apariencias, si no por el sincero temor de Dios, la recta intensión, la caridad hacia todos los musulmanes, Dios en Su sabiduría los elige y los toma para Sí. Los **Abdal** no vilipendian, no maldicen, no desprecian ni ofenden a quienes se encuentran por debajo de ellos ni envidian a quien está por encima de ellos. Son *Hizb-Allah* (el partido de Dios).

Comentario [CU23]: Contemporáneo del Profeta (P.y B.), los Sufis lo reconocen como uno de ellos.

El Rey de Siria Nur al-Din era considerado por nosotros uno de los cuarenta santos, y Saladino uno de los trescientos. Cuando los **Abdal** se encontraban con Nur al-Din, éste les preguntaba: “¿Qué opinión habéis de mí?” y le respondían: “¡Eres el más bueno de los tiranos!”, dados los rasgos de santidad que tenía.

Abú ‘Abdallah ibn Hafif cuenta: Recorrí largamente la faz de la Tierra por deseo de encontrar los **Abdal**, luego me cansé de andar vagando y volvía la ciudad de Istakhr, en Persia. Entré en albergue para pobres y vi a un grupo de Sufis reunidos a la mesa, eran nueve. Me retuve con ellos un cierto tiempo, hice la ablución, cenamos juntos y luego los dejé para irme a dormir. En sueños vi al Profeta (P.y B.) que me decía: “¡OH ibn Hafif, quienes tu buscabas y esperabas de encontrar se encuentran en este país y tú eres uno de ellos!” Un impulso me llevaba a contar este sueño a los demás, pero la reticencia y el respeto me lo impedían. El sol ya había salido hacía una hora cuando el Sheikh vino a decirme: “Cuenta a los demás lo que has visto en sueños”. Lo hice y más tarde, cuando se corrió la voz que ellos eran los **Abdal**, se desparramaron por distintos países.

Cuenta el Sheikh ‘Abdallah ibn ‘Ubayd al-Abadani: Estaba en la Mezquita de Abadán, después de la última plegaria de la noche. En la primera fila de los creyentes estaban algunas personas que habían rezado con nosotros. Al salir fui tras ellos y nos dirigimos hacia el mar. Sobre la superficie del mar fue extendida como una cinta de plata, y pasaron por ella, quise seguirlos pero el pie se me hundió en el agua y permanecí sollozando en la playa mientras ellos se alejaban.

Volví a la Mezquita y a la hora de la plegaria del alba reaparecieron en la primera fila. Permanecieron en la Mezquita hasta la última plegaria de la noche y luego salieron en dirección al mar y delante de ellos fue extendida la cinta de plata, puse el pie en ella y se hundió en el agua. Me senté llorando mientras que ellos se alejaron. Me decía a mí mismo: “¡Alma mía, depende de ti! Si hubiera en ti algo bueno Dios habría reconocido mi virtud y habría pasado con ellos...”

La noche siguiente salieron y a la hora acostumbrada fue tendido para ellos la cinta de plata y caminaron por ella. Posé el pie en el agua, pasé acompañándolos y uno de ellos me tomó por la mano. Eran siete, y cada tres noches descendían para ellos siete peces, era la tercera y he aquí que aparecieron ocho peces. Me senté a cenar en su compañía y dije a mi vecino: “Si tuviéramos sal...” Respondió: “¡Te creía uno de nosotros, pero no lo eres!”. Me tomó de la mano y de improviso me encontré en una encrucijada de caminos. Desde aquella vez no los he vuelto a ver.

Cuenta uno de ellos: Estábamos caminando por la playa del mar en Sidón con el Sheikh Abú Sa’id al-Harraz, cuando él viendo una persona en la lejanía exclamó: “¡Detente y no te muevas, éste debe ser uno de los amigos de Dios!” Poco después llegó un joven bellissimo, tenía en mano un *kashcul*, llevaba un tintero a la cintura y vestía un manto apedazado. Abú Said se dirigió a él, disgustado de ver que además del *kashcul* llevaba un tintero, diciéndole: “OH joven ¿cuál es el camino que conduce a Dios?” Respondió: “OH Abú Sa’id, conozco dos caminos que conducen a Dios: uno es para el común de las gentes, y el otro es un camino personal. El camino personal es este”, y caminando sobre el agua del mar desapareció a nuestra vista mientras que Abú Sa’id permanecía sorprendido por el prodigio.

El Sheikh Abú al-Gayt cuenta:

“Dos amigos, un Sheikh y un Doctor de la Ley, pidieron al Sheikh ‘Ali al-Ahdal de acompañarlo a cierto lugar. ‘Ali consintió, y yo fui con ellos. Una noche vi al Sheikh y al Doctor en el aire, en pie, y con las espadas desenvainadas en mano, mientras que ‘Ali y yo permanecíamos en tierra. Le conté a ‘Ali lo que había visto y me dijo: “Aquellos dos han alcanzado un grado tal de conferir y quitar autoridad a los demás, con el permiso de Dios. Están por llegar sus sucesores, y luego tú me sucederás a mí”. Esto significaba que Dios los había investido de autoridad absoluta, después que ellos, de pie, se habían sometido a Su voluntad. Me fue referido que Dios les dijo: “Si queréis hacer algo, hacedlo sin pedírmelo, por que me desagrada ver vuestros rostros humillados en el pedir”.

Cuenta uno de aquellos: Navegaba con un compañero, el viento amainó y buscamos un fondeadero cercano a la costa. Estaba junto a mí un joven de rostro hermoso que bajó a tierra y penetró en un bosque cercano a la playa, luego regresó a la nave. Al atardecer nos dijo: “Estoy por morir y necesito un favor de vosotros dos” “¿De qué se trata?” “Cuando haya muerto, envolvedme en el sudario que está en este paquete y

Comentario [CU24]: Fue el primer monasterio Sufi, después de un siglo fue destruido en una revuelta de los esclavos.

Comentario [CU25]: Nació en Bagdad al comienzo del S. IX, después de viajar mucho dejó definitivamente su ciudad acusado de herejía por tratar de conciliar el misticismo estático con la Ley religiosa. Lo mismo le ocurrió en la Meca. Se estableció en Egipto el reto de su vida.

Comentario [CU26]: Significa que era un doctor y no un asceta

Comentario [CU27]: Atributo que caracteriza al arcángel Miguel.

Comentario [CU28]: *Tasarruf*, la capacidad de obrar sobre personas o cosas mediante el pensamiento o la concentración de la voluntad

tomad las ropas que tengo puestas y mi bolsa; andad a la ciudad de Tiro y entregadle todo a la primera persona que veréis y que os dirá: “Dadme el depósito”.

Después de la plegaria del atardecer lo encontramos muerto. Fue llevado a la playa y lavado. Abrimos el paquete y dentro encontramos dos paños verdes ornados de inscripciones y caracteres en oro y una bolsa llena de una sustancia parecida al alcanfor de la que emanaba una fragancia de almizcle. Lavado el cadáver, envuelto en aquel sudario y embalsamado con los aromas, recitamos sobre él las plegarias y lo sepultamos.

Apenas entrados en Tiro, nos vino al encuentro un joven imberbe, vestido de lino con un pañuelo de brocado en la cabeza. Nos saludó y dijo: “Dadme el depósito”. “Si, de buena gana, pero entra con nosotros en esta Mezquita, cuéntanos del muerto, de quién eres tu y de dónde le vino aquel sudario”. “El muerto –respondió– era uno de los cuarenta *Abdal*, y yo soy su sucesor. En cuanto al sudario, se lo ha dado al-Khidr junto al anuncio de su muerte inminente”. Se puso luego los ropajes del muerto y nos dio los suyos diciendo: “Si no tenéis necesidad de ellos, vendedlo y dad lo recabado en limosna”.

Tomé los ropajes y los consigné a un vendedor para su venta. Pero he aquí que el vendedor regresó casi de inmediato junto con un grupo de personas que nos llevaron a un caserón donde se había reunido mucha gente, había un viejo que lloraba y se escuchaban gritos de mujeres. El viejo nos interrogó sobre los pantalones y la faja y le contamos la historia. Cayó postrado en plegaria con la frente a tierra, luego levantó la cabeza y exclamó: “¡Loado sea Dios que ha sacado de mis flancos un hijo así!”.

Unos años después me encontraba sobre el monte Arafat durante el peregrinaje, cuando vi a un joven bello que vestía una túnica apedazada en seda y lana, con diseños, que me saludó y dijo: “¿Me reconoces?” “No” “Soy aquel que recibió de ti el depósito en Tiro”. Luego se despidió y se alejó. Cuando se hubo ido vi a mis espaldas a un Sheikh del Magreb al que conocía por que venía en peregrinaje todos los años. Me preguntó: “¿Cómo es que conoces a ese joven?” Respondí: “Dicen que sea uno de los cuarenta *Abdal*” Dijo: “Hoy es uno de los Diez, de él reciben socorro los siervos de Dios”.

Cuenta al-Junayd: Estaba en la Mezquita cuando entró un hombre, hizo una plegaria de dos postraciones y luego se sentó en el suelo en un ángulo y me hizo un señá. Fui hasta él y me dijo: “Ha llegado para mí el momento del encuentro con Dios y con mis más queridos amigos. Cuando haya llegado mi fin vendrá a buscarte un joven cantante, dale mi manto apedazado, mi bastón y mi kashcul”. Respondí: “¿Cómo es posible?”. Insistió: “Si, como sea él ha logrado un rango tal de poder servir al Altísimo en lugar mío”.

Muerto que fue y enterrado aquel hombre, vino a verme un joven egipcio, me saludó y dijo: “¿Dónde está el depósito?”. Le dije: “Cuéntame cómo están las cosas” Respondió: “Estaba en un jardín cuando una voz me dijo: Ve de Junayd y hazte entregar estos objetos porque ahora tú estás al puesto de Fulano de Tal, uno de los *Abdal*”.

Le hice entrega de la ropa, se quitó la suya, se lavó, se puso la del muerto y salió en dirección a Damasco”.

Se cuenta que un cierto Sheikh yemenita salió de Zabid hacia un lugar de la costa llamado al-Ahwab acompañado de un discípulo. Por el camino encontraron un cañaveral de dura madera y el Sheikh le dijo al discípulo: “Recojamos algunas”. El joven obedeció intrigado pensando: “¿Para qué las querrá el Sheikh?”, pero no dijo

Comentario [CU29]: La sucesión entre los *Abdal* puede ocurrir, además de por orden superior, por designación del precedente, a veces se efectúa con el pasaje del manto y el elegido puede pertenecer a cualquier clase social, y a veces ni siquiera es musulmán.

Comentario [CU30]: Oficio de mala fama en el mundo musulmán

Comentario [CU31]: Noche 479 de “Las Mil y Una Noches”

nada, hasta que llegaron al barrio de los esclavos conocidos como al-Sanakim, quienes comen carroña, beben bebidas fermentadas y no conocen plegaria alguna. Los encontraron bebiendo, jugando y dándose la buena vida, cantando y tocando el tambor. El Sheikh le ordenó al novicio: “Tráeme aquel viejo alto que toca el tambor”. El muchacho fue y le dijo: “Responde al llamado del Sheikh”, y tomando el instrumento se lo colgó en bandolera y lo acompañó hasta el Maestro, quien ordenó: “¡Golpéalo con las cañas!”, y fue golpeado hasta cumplir con la pena que la Ley religiosa prescribe para los borrachos. Después del castigo el Sheikh dijo: “Camina delante de nosotros” y éste lo hizo hasta que llegaron al mar, donde el Sheikh le ordenó de lavar sus ropas y cumplir con la ablución, enseñándole las normas rituales. Después el Sheikh enseñó al viejo las plegarias canónicas y luego los tres hicieron la plegaria del mediodía. Cuando hubieron terminado el Sheikh puso su alfombra de oraciones sobre el agua y dijo el viejo: “Adelante”. Éste puso el pie sobre la alfombra y se fue caminando sobre el agua, alejándose de la orilla hasta perderse de vista.

El discípulo se volvió al Maestro gritando: “¡OH pérdida, OH daño! ¡He estado contigo tantos y tantos años y no he alcanzado nada igual, mientras que este viejo en una hora obtiene este elevado grado y estos prodigios estupendos!” El Sheikh lloró y respondió: “Hijo ¿qué puedo hacer yo? Todo esto lo ha hecho el Altísimo. Me fue dicho: Ha muerto Fulano de Tal, uno de los Abdal, pon a este otro en su puesto. Y yo he obedecido como obedecen los esclavos, mientras que me hubiera gustado que ese puesto me hubiera tocado a mí”.

Aquel viejo se llamaba ‘Ali ibn Murtada y murió en Aden, donde es venerada su tumba.

MILAGROS Y PRODIGIOS

MILAGROS ALIMENTARIOS

Cuenta un derviche: Fui a lo de Abú al-Hayyr (*¿al-Aqta?*) y me regaló dos manzanas. Las puse en el bolsillo pensando: “¡No me las comeré! quiero conservarlas por la bendición que portan, dada la veneración que siento por este Sheikh”. Más tarde me encontré en estrecheces y ni aun así me las comía, hasta que un día, empujado por el hambre, me comí una, y cuando coloqué la mano en el bolsillo para tomar la otra, encontré que estaban las dos. Continué comiéndolas hasta que llegué a Mosul. Aquí, pasando delante a un tugurio sentí la voz de un enfermo que decía: “¡Tengo tanto deseo de una manzana y no es la estación de las manzanas!” Saqué las dos manzanas y se las di, se las comió y enseguida entregó el alma. Entonces entendí que el Sheikh me había dado las manzanas para ese enfermo.

Cuenta uno de aquellos: Viajaba por cuestiones de negocios cuando atravesando una tierra desierta, vi a un hombre que giraba en torno a un árbol de espinas recogiendo dátiles maduros y que se los comía. Lo saludé, me devolvió el saludo y me dijo: “Acércate y come” Descendí del camello y me acerqué al árbol, pero cada vez que tomaba un dátil volvía a ser espina. Sonrió entonces aquel hombre y dijo: “*¡Vade retro!* ¡Si tu hubieras nutrido este árbol en la intimidad, entonces el árbol te nutriría ahora a ti en el desierto!”.

Cuenta Ibrahim al-Hawwas: Estaba en una Mezquita cuando vi a un derviche que estaba allí, quieto y silencioso desde hacía tres días. No se movía, no comía, ni bebía. Yo lo observaba y resistía con él hasta que no pude más y me le aveciné y le dije: “¿Qué cosa desearías para comer?” Respondió: “Pan caliente y carne asada”. Salí y me puse a tratar de conseguir lo que me había dicho por todo el día, pero no lo conseguí. Regresé a la Mezquita y cerré la puerta. Era ya pasada parte de la noche cuando llamaron a la puerta, abrí y ¡Un hombre traía pan caliente y carne azada! Le pedí explicaciones y me dijo: “Mis hijos tenían deseos de este plato, pero antes de cenar comenzamos a discutir, después arrepentidos juramos que ninguno se comería esta comida, fuera de quienes se encontraban en la Mezquita.” Exclamé: “¡Dios mío! Si querías darle de comer Tu ¿por qué me has hecho trajinar todo el día?”.

Un día unos derviches dijeron al Sheikh Abú al-Layt: “Tenemos ganas de comer carne”. Respondió: “Paciencia hasta tal día”, que era el día de mercado en que

arribaban las caravanas. Llegado aquel día, trajeron la noticia que los bandidos habían asaltado la caravana, y poco después llegó uno de los ladrones pecadores trayendo el grano, luego vino otro con un buey. El Sheikh dijo a los derviches: “Hagan lo que quieran con estas cosas”, y ellos hicieron pan y prepararon la carne.

Los Doctores de La Ley, en cambio, se mantenían apartados y cuando los derviches los invitaron a comer, rechazaron el convite. El Sheikh le dijo a los derviches: “¡Comed vosotros, de todos modos los Doctores de La Ley no comen cosas prohibidas!”

Después del almuerzo llegó alguien y le dijo al Sheikh: “Señor, había hecho votos de ofrecer a los derviches la tal cantidad de grano, ¡pero me la han quitado aquellos malditos!”. Llegó otro diciendo: “¡Traía para los Derviches un buey, y me lo han robado!”. Respondió el Sheikh: “Vuestros dones nos han llegado lo mismo”. Y así los Doctores de La Ley quedaron con las manos vacías, arrepentidos de no haber dado fe a los derviches.

Cuenta el Sheikh Abú Ya'qub al-Basri: Una vez, en el Santuario de La Meca, padecí hambre por diez días, sufría de debilidad y se me ocurrió la idea de salir de la ciudad hacia el río, donde tal vez encontrase con qué matar el hambre. Salí y encontré un nabo podrido que habían tirado. Lo tomé, pero me daba asco, y me parecía que una voz me decía: “¡Has padecido por diez días el hambre y lo que te toca en suerte es un nabo descompuesto!”. Lo volví a tirar, regresé a La Meca y me senté en la Mezquita. Entonces llegó un hombre, se sentó delante de mí y me dijo: “Toma esta bolsa con quinientos dinares”. “¿Y por qué me la das?”. “¿Sabes? Vengo navegando desde hace diez días, la nave estaba por hundirse y cada uno de nosotros hacía votos a Dios por su propia salvación prometiendo de dar algo en limosna. Yo hice el voto que, si Dios me salvaba, daría en limosna estos quinientos dinares al primer habitante del Santuario que encontrase”. Le dije: “Abre la bolsa”, la abrió y dentro había una rosca de blanca harina de Egipto, almendras descascaradas y caramelos. Tomé para mí un puñado de almendras y uno de caramelos y le dije: “Lleva el resto a tus hijos en regalo de mi parte ¡Te agradezco tu donación!”. Después me dije a mí mismo: “¡Tu alimento, OH hombre, estaba en camino para ti desde hacía diez días, y tu lo andabas buscando en el río!”.

Comentario [CU32]: *Wadi*, literalmente: Torrente. Con toda seguridad el autor no ignora que no existe río alguno en ese lugar.

Cuento un hombre devoto: Entré en una Mezquita para rezar y encontré allí a un devoto en oración y a un comerciante sentado no muy lejos. Escuché que el devoto rezaba: “¡OH mi Señor y Patrón, hoy te expreso el deseo de saciarme de tal comida y de tal dulce!”. Dijo entonces el comerciante: “¡Juro a Dios! Si me lo hubiese pedido se lo habría dado, pero éste trata de atraparme con astucias y obra como un hipócrita ¡Juro a Dios, no le daré nada!”. El devoto, terminada la plegaria se durmió en un rincón y he aquí que entró en la Mezquita una persona llevando un plato cubierto. Miró a diestra y siniestra hasta que vio al devoto durmiendo en su rincón, se le acercó, lo despertó y le puso delante el plato mientras el comerciante observaba todo ¡y en el plato estaba la comida y el dulce deseado!

El devoto comió lo que quiso, luego recubrió el plato y lo dejó. Entonces el comerciante interrogó al donante: “En el Nombre de Dios, dime ¿tu conocías a este antes de hoy?” “No, juro por Dios que no lo conocía. Soy un porteador y desde hace un año que les decía a mi mujer y a mi hija que tenía ganas de aquella comida, pero no lograba procurármela. Hoy, habiendo transportado mercadería para un tal, me ha dado un *mitqal* de oro, con ello he comprado carne y otras cosas, llevé todo a casa y mi mujer me preparó la comida. En tanto yo me había dormido y he visto en sueños al

Profeta, que Dios lo bendiga y le de salud eterna, que me decía: “Está entre vosotros uno de los amigos de Dios, y se encuentra en tal Mezquita. Ha manifestado el deseo de comer este plato que has hecho preparar por tu familia, llévaselo a él para que coma hasta saciarse, Dios te bendecirá lo que quede y yo te soy garante del Paraíso”. Apenas me he despertado he venido a traerle lo que has visto”.

Dijo el comerciante: “Yo he sentido cuando pedía a Dios esa comida. Dime ¿Cuánto te ha costado?”. “Un *mitqal*”. “Recibe de mí diez *mitqal* y cédeme una parte de tu recompensa”. “No”. “Te daré veinte *mitqal*”. “No”. “Te daré cincuenta”. “No”. “¿Te doy cien!” “¿Por Dios, no vendo ninguna parte de lo que me ha garantizado el Profeta (P.y B.), ni aunque me ofrecieras el mundo entero! Si una parte de la recompensa concedida a quien satisficiera el deseo de este santo fuese para ti, ciertamente me habrías prevenido de satisfacerlo. Dios da su Misericordia exclusivamente a quien Él quiere”.

Entonces el comerciante se arrepintió cuando el arrepentimiento ya no es de provecho y salió de la Mezquita desconsolado por lo que se le había escapado de las manos.

Cuenta el Sheikh ‘Abdallah al-Qurasi: Estaba en el mar de Gedda en compañía de un amigo, atormentado por una sed implacable. Pregunté si alguno quería venderme agua a cambio de mi manto, que era mi único indumento, pero nadie quería venderla. Dije a mi amigo: “Toma este manto y ve a lo del patrón de la nave”. Fue con el kashcul en mano y aquél lo echó a los gritos, le quitó el kashcul y lo tiró al suelo. El pobre sediento volvió sobre sus pasos, lo vi humillado y cansado en su extrema necesidad. Recogí el kashcul, lo llené con agua del mar y bebí de él agua dulce hasta calmar su sed, luego bebí hasta saciarme también yo y di de beber a quienes estaban junto a nosotros. Finalmente llené el kashcul otra vez para preparar la harina. Satisfechas nuestras necesidades, extraje del mar una vez más y contra lo que nos esperábamos, encontré que el agua era salada. Comprendí entonces que la vena de agua dulce, una vez satisfecha la necesidad, se había regresado.

Comentario [CU33]: Muerto en Alejandría en 1405. Proverbial su amor por los pobres y por la estima por su esposa, que a su muerte fue venerada como lo había sido él.

LOS TRANSPORTES

Comentario [CU34]: Pasaje paranormal del cuerpo, aún a través de materia sólida

Cuenta Sahl ibn ‘Abdallah al-Tustari: Un viernes hice la ablución y fui a la Mezquita. Estaba por comenzar el sermón, la encontré llena de gente y faltando a la cortesía, me hice camino entre los fieles hasta alcanzar la primera fila y me senté. A mi derecha estaba un joven de buen aspecto, perfumado suavemente, que vestía un manto gastado de burda lana. Apenas me vio dijo: “¿Cómo estás Sahl?”. Respondí: “Bien, que Dios te bendiga” y quedé pensativo porque me conocía mientras que yo no a él. Mientras, me vino necesidad de orinar y estaba indeciso temiendo fastidiar a la gente si salía y de no poder tomar parte de la plegaria si permanecía. Mi vecino me miró y dijo: “¿Sahl, tienes necesidad de orinar?”. “Sí”. Se quitó de las espaldas el manto y me envolvió con él diciendo: “Has tu necesidad y apúrate a regresar a la plegaria”. Perdí la conciencia y al abrir los ojos me encontré delante a una puerta abierta. Entré, vi un alto palacio adornado con columnas estupendas. Delante al

Comentario [CU35]: Ya que si se le escapase la orina perdería la pureza ritual de la ablución.

palacio una palmera erguida y junto a ella un cántaro para las abluciones lleno de agua dulce como la miel, una toalla colgada y un cepillo para los dientes. Oriné, me lavé, me sequé he hice la ablución tras lo que sentí a mi vecino que me llamaba: “Si has terminado responde: Si”. Dije: “Si” y él dejó caer de mí el manto y me encontré en mi lugar en la Mezquita, donde nadie se había dado cuenta de nada.

Permanecí preocupado en mi corazón creyendo verdadero y al mismo tiempo juzgando falso lo que me había ocurrido. Tomé parte de la plegaria junto a los fieles pensando únicamente en el joven desconocido. Terminada la plegaria seguí tras sus pasos hasta que se metió en una callejuela, se volvió y me dijo: “Sahl, parece que tú todavía no crees en lo que has visto”. “No, verdaderamente”. “Entonces entra en esa puerta. Que Dios te sea Misericordioso”. Vi la misma puerta, entré y estaba la palmera, el cántaro y la toalla aún húmeda. Exclamé: “¡Creo en Dios!”. “OH Sahl – dijo el joven- a quien obedece a Dios toda cosa obedece, OH Sahl ¡Búscala y Lo encontrarás!”. Las lágrimas me saltaban de los ojos, los sequé, me los refregué y ya no vi ni al joven ni al palacio. Aquella experiencia me dejó lleno de arrepentimiento. Después de eso comencé la vida del devoto.

Cuenta el Sheikh Safi al-Din: Estábamos en Damasco, Siria, con el Sheikh Muhammad al-Agami en compañía de amigos que venían algunos de Egipto y otros de Iraq, y comenzaron a hablar de dátiles, sosteniendo cada uno que los mejores eran los de su país. El Sheikh tenía un sirviente llamado Yusuf, le echó una mirada y Yusuf salió, volviendo un momento después con una bandeja de dátiles que parecían haber sido recogidos directamente de la planta. La puso delante del Sheikh que dijo: “Egipcianos, estos son los dátiles de nuestro país, Iraq, ahora traed vosotros los dátiles de vuestro país”.

Dice el autor: Me ha contado uno de los buenos, que un tal se encontraba en la playa de Aden cuando cerraron la puerta de la ciudad y quedó fuera. Pasó la noche en la playa, no teniendo qué comer. Vio pasar al Sheikh Raihna, se le acercó y le dijo: “Me han dejado fuera y no tengo qué cenar, quisiera que tú me dieras una sopa de grano cocido y carne”. Exclamó el Sheikh: “¡Miren a éste! No sólo me pide la cena, sino que además quiere un plato y no otra comida ¡Como si yo fuera un cocinero que prepara las sopas!” Insistió el otro: “Señor ¡Necesito que tú me la des a comer!” Y he aquí que inmediatamente apareció aquella sopa caliente. Le dijo: “Señor, falta la manteca...” y el Sheikh: “¡Pero miren a este inútil que no se conforma con comer la sopa sin condimentar, como si yo fuera un vendedor de manteca!” Respondió: “¡Sin manteca no la como!”. Entonces dijo: “Toma este kashcul, ve al mar y tráeme agua para hacer la ablución”. Fue al mar, sacó agua para la ablución y se la trajo, el Sheikh tomó el kashcul y derramó el contenido, que ahora era manteca, en la sopa. Comió, jamás había probado nada tan delicioso.

Entre los amigos de Dios hay niños y adultos, esclavos y libres, hombres y mujeres, locos y sabios; y entre los niños hubo uno, en una cierta ciudad del Yemen, hijo de un cierto Sheikh. Cuando jugaba con los otros niños, si los compañeros le manifestaban el deseo de algo, enseguida les daba todo lo que querían allí mismo donde se encontraban jugando. Cuando el padre lo supo le dijo: “Hijo mío, dame tal cosa de comer” y el niño se la dio enseguida. Cualquier cosa que le pedía se la daba enseguida, hasta que una vez el padre lo acarició y le dijo: “Dios te bendiga, dame tal cosa de comer”, el niño la pidió como de costumbre, pero nada le llegó. Desde aquel

momento esta puerta se cerró pues ese era el deseo del padre, que lo juzgaba más sano para él, temiendo que la admiración y la notoriedad lo arruinasen.

ENCONTRAR LAS COSAS PERDIDAS

De muchos he sentido esta historia de un mercader que contaba: Estaba viajando con un mulo cargado de telas. Entrando al Cairo me encuentro en medio de la multitud, miro en torno y veo que el animal ya no estaba. Lo busqué por todas partes, pregunté a la gente y no conseguí nada. Un amigo me dijo: “Ve a lo del Sheikh Abú al-Abbas al-Damanhuri, pueda ser que rece por ti”. Lo conocía ya, fui a él, lo saludé y le dije lo que me había ocurrido. No prestó mucha atención a mis palabras y no me respondió con nada consolador por mi caso, en lugar de ello dijo: “Tenemos dos huéspedes y pedimos para ellos tal cantidad de harina, carne, y tales otras cosas”. Lo dejé diciéndome: “¡Juro por Dios que no volveré por aquí! Estos derviches no conocen más que su propio interés. He venido a él con mi desgracia y ni siquiera ha escuchado mis lamentos, ni ha rezado por mí. ¡En lugar de eso, me ha ordenado de satisfacer sus necesidades!”. Caminaba absorto en aquellos pensamientos cuando encontré un deudor mío, lo aferré y le dije: “¡No te dejes si no me pagas!” y me reembolsó sesenta dirham. Cuando los tuve en mano me dije: “¡Juro por Dios, quiero arriesgar por Él esta suma: o recupero todo, o andarán detrás de lo que hasta ahora he dado por amor a Dios!”.

Compré todo lo que el Sheikh me había ordenado y sobró dinero por lo que compré una caja de dulces, le di todo a un porteador y regresé a lo del Sheikh. Pasando junto a la *zawiyah* encontré mi mulo, quieto delante de la puerta. Pensé: “¡Este es mi mulo! – y luego- El mío quien sabe dónde andará, a lo mejor éste se le parece...” Pero al acercármele comprobé que aquel era el mío, con la carga intacta de mi mercadería. Quedé maravillado, después pensé: “Aquí no hay nadie que me lo custodie, lo haré entrar en la *zawiyah* para que no escape” pero reflexioné: “Quien lo ha salvado y me lo ha conservado lo custodiará”. Entré a lo del Sheikh y le puse delante todos los víveres. Los fue sacando uno detrás de otro hasta que llegó a la caja de dulces, entonces dijo: “¿Qué es esto?” Respondí: “Señor, sobró dinero y lo compré para vos”. “Esto –dijo- no entraba en el pacto, por tanto te daré algo más en cambio. Ve a vender tu mercadería a Cesárea, pero sin prisa y haciéndote pagar en contante. No temas que llegue algún otro mercader a hacerte competencia, *¡porque yo tengo el mar en la diestra y la tierra en la siniestra!*”

Fui a Cesárea donde encontré que toda mi mercadería era requerida. La vendí a un precio mucho más alto del acostumbrado, haciéndome pagar al contado, hasta venderla toda. Apenas hube terminado de vender cuando llegaron los otros mercaderes por tierra y por mar, como si alguien los hubiera liberado después de haberlos retenido.

INMOVILIZAR A LOS ADVERSARIOS

Cuenta el Sheikh Abú Yazid al-Qurtubi: “Estábamos viajando junto con un devoto beduino entre otras personas, cuando llegamos a un valle cubierto de árboles y aquel hombre, que sabía reconocer los rastros, dijo: “Este valle está habitado”. Bajamos manteniéndonos alertas y lo atravesamos. Saliendo de la espesura aparecieron de entre los árboles tres individuos con las armas en la mano prontos a cortarnos el camino. Juntándose unos a otros los viajeros se preguntaban: “¿Qué haremos ahora?”. El beduino respondió: “Retrotraigamos el caso a su origen ¿Acaso no os habéis puesto en marcha para ir hacia Dios?” Respondimos: “¡Ciertamente!”. “Dejad entonces las cosas como están y seguidme ¡Y que ninguno mire a derecha o izquierda!”. Se puso a la cabeza del grupo y le seguimos. Los bandidos estaban por delante en otra senda, nos desviamos para evitarlos, y aquellos se replegaron y quedaron detrás nuestro. Yo estaba detrás de mis compañeros y al volverme vi que nos perseguían de cerca, a un tiro de jabalina. Les avisé a los demás que nos estaban alcanzando, pero ante mis palabras el beduino, que ni siquiera se había dado vueltas a mirar, se detuvo y oteando a los perseguidores exclamó: “*¡No hay poder ni gloria si no es en Dios, al Altísimo, el Grandioso! ¡Dios mío, aleja de nosotros estos endemoniados!*”. Le dije: “Piensa en algo que podamos que hacer” Respondió: “¿Qué es lo que podemos hacer?” y YO: “El sol ya está alto en el horizonte y es lícito reunirnos para una plegaria súper-numeraria. Me pongo delante de vosotros y dirigiré la plegaria y, a Dios placiendo, aquella gente pasará más allá”. En ese momento el beduino alzó la mano e hizo un signo con el dedo medio y el índice ordenando: “*¡Deteneos!*” y entonces vi a aquellos hombres inmóviles, ninguno de ellos podía moverse de su lugar ni reunirse con sus compañeros. Continuamos la marcha y nuestro guía no volvió a hablar hasta que llegamos al territorio de una gran tribu, donde los bandidos no podían prendernos. El beduino se detuvo y nosotros con él, dijo: “*¡Miren aquellos demonios todavía inmóviles! ¡Juro que si no fuera por el temor de Dios continuaría mi camino y los abandonaría! En cambio, Dios mío, te ruego, has de nosotros el instrumento de su retorno a Ti*”. Luego les indicó que se moviesen y los vi a todos ellos sentarse a tierra, uno junto al otro, conversando entre ellos. Finalmente se fueron por su camino gracias a la *baraka* del beduino.

Dice el autor: Me ha contado un yemenita digno de fe, que andando en peregrinación con un hombre piadoso de su país, y habiendo llegado a Gedda, tomaron en alquiler camellos para alcanzar La Meca. Mientras viajaban con la caravana, uno de los hijos del Sultán de La Meca se paró delante de ellos y comenzó a cobrar el impuesto a la caravana, hasta que quedábamos sólo nosotros. Nos invitó a pagar y aferró los camellos. El piadoso Sheikh le dijo: “¡Deja caminar a los camellos!” Pero éste se negó. El Sheikh insistió más de una vez, pero el otro siempre se negaba con creciente rabia, hasta que exclamó: “¡Juro por la cabeza de mi padre, no los dejaré seguir si no me pagan!” y le replicó el Sheikh: “¡Juro por mi Señor, nosotros no te daremos nada!” Después ordenó: “¡Caminen!” Nos pusimos en marcha y el recaudador quedó con su caballo, imposibilitado de dar ni un paso. Mandó a uno de sus esclavos a pedir perdón al Sheikh y que lo liberase del castigo y el Sheikh lo satisfizo. Sólo entonces el caballo pudo caminar y él pudo irse.

HACER TEMBLAR LA TIERRA

Fudayl ibn ‘Iyad, encontrándose sobre uno de los montes de Miná, dijo: “¡Si uno de los amigos de Dios ordenase temblar a este monte, lo haría!”. Entonces el monte tembló y Fudayl exclamó: “¡Estate quieto, no te lo decía a ti, simplemente he hecho una suposición!” y el monte dejó de oscilar.

UBICUIDAD E INVISIBILIDAD

Un compañero de Sahl ibn ‘Abdallah al-Tustari contaba: He servido a Sahl por treinta años y no le he visto jamás extender su cuerpo en la cama, ni de noche ni de día. Para la plegaria del alba le era válida todavía la ablución de la plegaria de la **noche**. Huyendo de los seres humanos se había retirado a una isla entre Abadan y Basora, y huía de los hombres por esta razón: Un tal fue en peregrinación y al regreso le dijo al hermano: “He visto a Sahl ibn ‘Abdallah sobre el monte Arafat”. Respondió el hermano: “¡Aquel día nosotros estábamos con él en su ermita, junto a la puerta de Bistr el Descalzo!” El otro juró por el **repudio** que lo había visto en Arafat. El hermano dijo: “Ven, vayamos a preguntárselo a él”. Fueron y le contaron todo a Shal preguntándole que debían hacer para atenerse al juramento. Respondió: “Hablar de estas cosas es superfluo ¡Dedicad vuestros pensamientos al Altísimo!” Después le dijo al peregrino: “Retiene a tu mujer, pero no cuenten esto a nadie”.

Comentario [CU36]: Es decir que jamás dormía, basta un breve sueño para romper el estado de pureza ritual necesario para rezar o leer el Corán.

Comentario [CU37]: Es decir: que se divorciaría de su mujer si mintiera

Un cierto Doctor de la Ley, discutiendo con un místico lo contradecía en algunos razonamientos. El otro le dijo: “Hay cosas que están por encima de las razones, mira y dime dónde me ves en este momento”. Miró y vio que el hombre estaba suspendido en el aire al mismo tiempo que continuaba encontrándose en su anterior lugar.

A otro místico nadie lo veía rezar nunca. Un día que los demás rezaban él permaneció sentado. Un Doctor de la Ley le dijo a modo de reproche: “¡Levántate y reza en comunidad!”. Se levantó y rezó la primera postración, el Doctor que lo había criticado rezaba junto a él observándolo. Cuando se levantaron en pie para la segunda postración, el Doctor lo miró y encontró que era otro a rezar en lugar suyo. Se asombró, y en la tercera postración de nuevo vio un tercer individuo y se maravilló aún más. A la cuarta apareció un cuarto personaje que llevó su estupefacción al colmo. Terminados los rezos se volvió y encontró al primer hombre, al que él había reprochado, sentado, solo, sin ninguno de los otros tres. El místico riendo se dirigió a él: “¡OH Doctor de la Ley! ¿Cuál de los cuatro ha cumplido contigo esta plegaria?”.

Había en Bagdad un comerciante del que sentí decir que, con mala fe, se interesaba mucho por el sufismo y a quien más tarde vi en compañía de los Sufis. Gastaba todo su dinero para ellos. Le dije: “Pero ¿No era que antes los odiabas?” Respondió: “Las

cosas no son como te las imaginas” Y me contó lo siguiente: “Un viernes, después del rezo en comunidad, vi a Bishr El Descalzo que salía con gran prisa de la Mezquita, me dije a mí mismo “¿Este hombre pasa por gran asceta y no es capaz de estar tranquilo en la Mezquita!” y dejé mis ocupaciones para seguirlo curioso por saber adónde iba. Vi que entraba en una panadería y compraba un *dirham* de pan y pensé: ¡Mira este asceta que compra pan!” después fue de un asador y compró un *dirham* de carne asada. Mi rabia creció. Fue a la confitería y compró un dulce de crema con miel. Pensé: ¡Por Dios lo avergonzaré en cuanto se siente a comer!”. Tomó camino al campo y yo pensé: ¡“Va a buscar agua y ensalada!” Caminó hasta la tarde y yo siempre detrás de él. Entró en una aldea y fue a la Mezquita donde lo esperaba un enfermo, se sentó a su lado y comenzó a darle de comer en la boca. Salí para visitar la aldea y cuando regresé Bishr ya no se encontraba allí. Pregunté al enfermo: “¿Dónde se encuentra Bishr?”. “Ha vuelto a Bagdad”. “¿A qué distancia estamos de Bagdad?”. “Cuarenta parasangas, o sea a cinco estaciones de descanso”. Exclamé: “¿A Dios pertenecemos y a Él volvemos! ¡Qué me he hecho a mí mismo! No tengo aquí conmigo dinero como para alquilar un medio de transporte y me faltan las fuerzas como para hacer el viaje a pie”. El enfermo me aconsejó: “Quédate aquí hasta su retorno” y allí permanecí hasta el viernes siguiente, cuando Bishr reapareció con la comida del enfermo. Cuando terminó de comer el enfermo le dijo: “Éste te ha acompañado hasta aquí desde Bagdad, ha estado conmigo desde el otro viernes, regrésalo a su casa”. Bishr me miró y dijo: “¿Por qué me has seguido?”. “He hecho mal...”. “¡Levántate y camina!”.

Caminamos casi hasta el atardecer, cuando estábamos cerca de Bagdad me preguntó; “¿Dónde está tu casa?” Se lo dije y me ordenó: “¡Ve a ella y no vuelvas a hacerlo!”. Regresé a Dios arrepentido, me hice compañero de los Sufís y ésta, a Dios placiendo, es mi vida.

Cuenta ‘Abd al-Wahid ibn Zayd: Compré un esclavo para mi servicio y al caer la noche lo busqué por la casa mas no lo encontré, siendo que las puertas estaban cerradas con llave como de costumbre. Al alba vino y me dio un *dirham* en el que estaba incisa la Sura del Culto Sincero. Le pregunté: “¿De dónde vienes?” Respondió: “¡Señor, todos los días tendrás de mi parte un *dirham* como éste con tal que no me preguntes acerca de las noches!”. Cada noche se ausentaba y regresaba cada mañana con la moneda. Después de algunos días vinieron los vecinos a decirme: “Vende tu esclavo ¡Va al cementerio a saquear las tumbas!”. La cosa me fastidió y respondí: “Idos, esta noche yo lo vigilaré”. Después de la plegaria de la noche, el esclavo se preparó para irse, hizo un signo delante de la puerta cerrada con llave y la puerta se abrió, luego la cerró del mismo modo. Llegó a la segunda puerta y a la tercera e hizo lo mismo mientras yo lo observaba. Salí y lo seguí de cerca hasta que llegó a una planicie, se desnudó, se vistió con un cilicio y rezó hasta el amanecer, luego alzó la cabeza al cielo y dijo: “¡OH mi Gran Patrón, dame el salario de mi pequeño patrón!” , y le cayó del cielo un *dirham*. Lo recogió y se lo metió en el bolsillo mientras yo quedaba turbado y estupefacto. Hice la ablución, recé dos postraciones y pedí perdón a Dios por haber pensado mal del esclavo, después lo busqué, pero no pude encontrarlo.

Me fui afligido, pero aquel lugar me era desconocido. Llegó un caballero montando un caballo gris que me dijo: “¡OH ‘Abd al-Wahid! ¿Qué haces aquí?”. Le conté todo. Me dijo: “¿Sabes a qué distancia te encuentras de tu país?” “No” “¡A dos años de viaje para alguien que monte un caballo veloz! En consecuencia, mejor que no te alejes hasta que esta noche retorne aquí tu esclavo”.

Comentario [CU38]: Nacido en Merv, murió en Bagdad en el 841

Al caer la noche llegó el esclavo con una alforja llena de comida y me invitó a cenar, lo hice, y el esclavo rezó hasta el amanecer, luego me tomó de la mano, pronunció palabras incomprensibles, dio unos pasos conmigo y me encontré delante a la puerta de mi casa. Me dijo el esclavo: “Patrón ¿no tenías la intención de liberarme?” Respondí: “Así es” “Entonces, dame la libertad y recibe mi precio”. Recogió un terrón del suelo, me lo dio ¡se había transformado en oro! Y se fue. Después de esto me reencontré con los vecinos que me preguntaron: “¿Cómo te las has arreglado con el saqueador de tumbas?” Les respondí: “¡Aquel excava luz, no tumbas!” y les conté de sus milagros. Lloraron y se arrepintieron e haberlo juzgado mal.

Cuenta uno de aquellos: Estaba sentado en la Mezquita de Medina, junto a la tumba del Profeta (P.y B.) en compañía de un hombre de Bahrein llamado Sahl, cuando entraron siete personas y Sahl me dijo: “¡Ve detrás de ellos y no los dejes escapar, son los Santos!”. Se quedaron junto a la tumba, me presenté y cuando salieron salí con ellos. Uno se volvió y me dijo: “¿A dónde vas?”. “Vengo con vosotros por el amor que les tengo, porque he sentido que aquel de quien habéis visitado la tumba decía: *“Valla el hombre con quien ama”*”. Dijo el otro: “No, tú no puedes venir adonde vamos nosotros porque allí van sólo los que han cumplido cuarenta años” Intervino un tercero: “Déjalo estar, tal vez Dios lo considere meritorio”.

Comentario [CU39]: Corán XLVI,15

Fui con ellos, mientras caminábamos la tierra y las montañas se enrollaban bajo nuestros pies como las olas cuando pasan bajo la barca. Veíamos a lo lejos los montes, y ya los habíamos pasado; aparecía en la lejanía una llanura e inmediatamente la habíamos pasado. Escuchaba el rumor que hacía La Tierra girando, era como el zumbido de un molino, y veía los tesoros encerrados en la tierra aparecer y desaparecer ante nuestros ojos, hasta que llegamos a un valle lleno de árboles y plantas en el que un grupo de cerca de setenta personas estaba rezando. Pasamos la noche en ese valle y a la mañana siguiente nos levantamos al alba y he aquí ante nuestros ojos una ciudad con una muralla blanca hecha de un solo bloque de piedra. Un gran río la atravesaba y la ciudad no tenía puertas. Sólo en el lugar en que salía el río había una verja de oro.

Entramos todos (éramos un centenar de personas) y allí encontramos cúpulas de oro sostenidas por columnas de oro y plata, canales de oro en los que discurría el agua, y entre las cúpulas árboles que se entrelazaban unos a otros cargados de frutos exquisitos. La tierra estaba cubierta de plantas en flor y entre ellas pájaros de todo tipo. Ninguno de aquellos frutos se parecía a frutos de este mundo en el color, sabor y aroma. Había manzanas cada una del peso de cinco *ratl* de Bagdad, granadas, peras, todo tipo de frutas además de los dátiles. Quedamos en esa ciudad cuarenta días sin hacer otra cosa que rezar y comer y sin necesidad de hacer la ablución, beber o dormir.

Pasados los cuarenta días salimos de la ciudad por el pasadizo del río y yo llevé conmigo, sin que ninguno me lo prohibiera, tres manzanas. Después de un breve trecho me dijeron: “¿Adónde quieres que te llevemos?” “Adonde me habéis recogido”. Pregunté a mis compañeros el nombre de la ciudad en la que habíamos estado y uno de ellos me dijo: “Es la Ciudad de Los Santos, Dios la ha creado para el reposo de sus amigos en la vida terrena. Cuando desean gozar de ella, aparece donde sea que se encuentren. Una vez en Yemen, una vez en Siria, otra en Kufa. Nadie ha entrado jamás en esta ciudad antes de los cuarenta años, aparte de ti”.

Cuando llegamos a La Meca no sentí la necesidad de comer por muchos días, encontré a al-Damgani y le di una de las manzanas, al día siguiente tropecé con uno de aquellos Santos que me dijo: “¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has contado lo que

has visto? Hemos rescatado la manzana que habías regalado y la repusimos a su lugar”. Efectivamente, al-Damgani, a quien vi poco después, me dijo: “Esta noche la manzana ha desaparecido, no la he comido y no la encuentro”.

Volví a mi país, cada vez que tenía hambre comía la segunda manzana que enseguida regresaba intacta. Llegado a casa me quedaba una sola manzana que había reservado para mí. Mi hermana me abrazó y me dijo: “¿Qué novedad me has traído de tu viaje?” Le dije: “¿Qué cosa podría traerte de novedad si me encontraba lejos del mundo y de las comodidades?”. Insistió: “¿Dónde está la manzana?” Exclamé: “¿Qué manzana!”. Y ella: “¡Desgraciado, yo he sido admitida en esa ciudad cuando tenía veinte años, mientras que tú la has visto sólo después de haber sido expedido a ello mientras que yo habiendo penetrado en el éxtasis fui invitada a entrar”.

“Hermana –le dije– ¡el jefe supremo de aquellos místicos me ha dicho que nadie había entrado antes de los cuarenta años!” “Es así para los novicios, los iniciados entran cuando quieren. Cuando creas te la haré ver” “¡Quiero verla ahora!”, exclamé, y ella dijo: “Aparece, OH ciudad”. ¡Juro por Dios! Vi aquella misma idéntica ciudad venir al encuentro y extenderse delante de ella. Dijo me hermana: “¿Dónde están tus manzanas?” y comenzaron a caerme en torno manzanas hasta sumergirme en ellas. Ella gritó riendo: “Quien dispone de esto ¿acaso tiene necesidad de tu manzana?” Entonces mi alma se humilló, jamás había sospechado que mi hermana (¡Que Dios la tenga en Su Gloria!) fuese una de ellos.

Un Gran Sheikh entró en la casa de un comerciante de Alejandría quien lo recibió jubilosamente. En la sala donde se sentaron, el Sheikh vio dos alfombras de oraciones confeccionados en el país de los bizantinos hechos a la medida de aquella sala, y se los pidió en regalo al comerciante, quien encontró gravoso el pedido y respondió: “Señor, te regalaré su precio”. El Sheikh rechazó la oferta diciendo: “No, lo que quiero son las alfombras”. “Si no puede hacer de menos, llévese uno solo”. El Sheikh tomó una de las alfombras y se la llevó.

En aquel momento los dos hijos del mercader viajaban hacia la India en dos naves distintas, después de un cierto tiempo el padre recibió la noticia que uno de sus hijos había muerto en un naufragio y que se había perdido la nave con todo su contenido. El otro hijo, en cambio, llegó a Adén sano y salvo. Cuando volvió a Alejandría, el padre fue a su encuentro, y sobre uno de sus camellos vio aquella alfombra que el Sheikh se había llevado. Le preguntó cómo era que la había obtenido y el hijo le respondió: “La historia de esa alfombra es prodigiosa, se trata de un milagro enorme. Mi hermano y yo habíamos partido para la India con viento a favor, cada uno en su nave. Cuando estábamos en alta mar se levantó viento en contra y nuestra situación se volvió grave. Los barcos se rompieron, los pasajeros se desesperaban por salvar lo suyo y cada uno de nosotros había confiado su suerte en las manos de Dios, cuando apareció un Sheikh trayendo esta alfombra con la que taponó la rotura en mi nave y así pudimos navegar al seguro algunos días hasta llegar a un puerto en el que descargamos la nave y pudo ser reparada. En cuanto al barco de mi hermano, todos los que estaban en él murieron ahogados, no se salvó ninguno”.

Dijo el mercader: “Hijo mío, si vieras aquel Sheikh ¿lo reconocerías?”. “¡Seguro!”. Entonces lo llevó a la del Sheikh y el joven, apenas verlo, lanzó un grito agudo y dijo: “¡Es él, padre mío!”. El Sheikh le puso la mano sobre la cabeza hasta que se calmó su agitación. Dijo entonces el comerciante: “Señor ¿por qué no me has hecho conocer la verdad de los hechos? ¡Te habría dado las dos alfombras!”. Respondió el Sheikh: “Así lo ha querido Dios, el Grande y Poderoso”.

CONOCEN EL PORVENIR Y ANUNCIAN LA PROPIA MUERTE

Cuenta Uno de aquellos: Estábamos con el Sheikh Abú Muhammad al-Gariri que preguntó: “¿Hay entre vosotros alguno a quien Dios, cuando quiere producir algún acontecimiento en el Reino, se lo informa antes de hacerlo?”. Respondimos que no, entonces dijo el Sheikh: “¡Llorad por quienes no han obtenido nada de Dios!”

Sari tenía una discípula madre de un niño que asistía a la escuela. El maestro lo mandó al molino y el niño cayó en el agua y se ahogó, entonces el maestro se lo hizo saber a Sari quien dijo: “¡Vallamos a lo de la madre!”. Fueron y Sari le habló de la resignación, después le expuso la doctrina que dice de aceptar con alegría la voluntad de Dios. Ella exclamó: “Maestro ¿con qué intención me haces este discurso?” y él: “Tu hijo se ahogó”. Dijo: “¿Mi hijo?”. “Sí”. “¿Dios Grande y Poderoso no ha hecho esto!”. Entonces Sari le repitió el discurso sobre la resignación y la alegre aceptación de la voluntad de Dios, pero la mujer gritó: “¡Vamos!”, y la acompañaron al río. Preguntó: “¿Dónde se ha ahogado?”, le dijeron “Allí” y ella lo llamó: “¡Hijo mío, Muhammad!” a lo que el niño respondió: “¡Estoy aquí, mamá!”. La mujer entró en el río, lo tomó de la mano y se lo llevó a la casa.

Sari le dirigió a Junayd estas palabras: “¿Qué es esto?”. “¿Puedo hablar?”. “¡Habla!”. “Verdaderamente esta mujer es observante de los mandamientos de Dios, y la regla de quien observa Sus mandamientos es que nada les ocurre sin que Dios se lo preavise. Ella no había sido avisada y por eso ha negado el hecho diciendo “Mi Señor no ha hecho esto”.

Cuenta uno de aquellos: Me encontraba con un Sufí en los alrededores de Bagdad cuando pasó a nuestro lado un funeral al que seguía una multitud. Me informé de la identidad del muerto y me fue dicho: “Era un hombre piadoso”, a lo que respondió el Sufí: “¿Que Dios nos ayude! No es así que mueren los piadosos”. Le pregunté: “¿Y cómo es que mueren?”. “Mueren en una pocilga y se lo comen los perros”. Lo volví a ver tres días después: yacía muerto en una pocilga y los perros se lo estaban comiendo.

ADIVINAN EL PENSAMIENTO Y DESCUBREN COSAS SECRETAS

Me ha contado un hombre piadoso: Fui en compañía de un Tal a visitar a un Santo. Después de los saludos nos convidó a comer de una **fuelle**. La habitación en la que estábamos tenía dos puertas, una grande y una más pequeña. El Santo vino a nosotros desde la puerta pequeña, pero era demasiado estrecha y no pasaba la fuele, entonces lanzó un grito agudísimo y vimos a la fuele plegarse en dos, como se pliega un trapo. Entró, lo puso delante de nosotros y la fuele se abrió nuevamente y se extendió tal como era primero. Él había hecho esto de pasar por la puerta estrecha con el objeto de mostrarnos este prodigio, ya que mi compañero no creía en su santidad.

Comentario [CU40]: De la que comen todos con las manos.

VEN A LA DISTANCIA

Cuenta El Sheikh ‘Abdallah al-Qurashi: Los infieles de España habían saqueado una aldea musulmana con las armas y se llevaron a muchos prisioneros. El hecho provocó una viva conmoción entre los musulmanes, cuando además se vino a saber que los prisioneros habían sido metidos en las caballerizas junto a los animales y como alimento les tiraban heno, y que teniendo las manos atadas en la espalda lo tomaban con la boca como las bestias.

Por aquel tiempo estaba pasando una tarde con el Sheikh Abú Ishaq ibn Tarif, quien tras posar el plato de la cena entre ambos y haber dicho: “En el Nombre de Dios”, en vez de comer dio un profundo suspiro y me dijo: “¿Has sentido, Muhammad, lo que le ha ocurrido a los musulmanes?” “Sí”. Comenzó a contarme los hechos mientras le caían las lágrimas, luego se largó a llorar, gimiendo a viva voz. Finalmente exclamó: “¡Juro a Dios que no tocaré alimento alguno ni beberé hasta que Dios no libere a los musulmanes!”.

Se alejó de la mesa. Poco después escuché que decía: “¡Alabado sea Dios, Alabado sea Dios!”. Volvió a la mesa y me dijo: “Come” Comimos juntos. Yo estaba sorprendido por que hubiese dejado la cena y hubiese regresado casi enseguida tras haber hecho aquel juramento. Más tarde llegó la noticia que, precisamente en el momento en que el Sheikh hablaba, los cristianos habían sentido temblar la tierra terriblemente, y creyendo que los musulmanes le estaban por dar caza, habían escapado a caballo para salvarse abandonando el botín y los prisioneros. Éstos, liberados sin problemas, regresaron con todas las cosas a territorio musulmán.

LOS ANIMALES Y LA NATURALEZA

Se cuenta que cuando Omar llegó a ser Khalifa, los pastores que estaban sobre las montañas preguntaron: “¿Quién es este Khalifa bueno que gobierna a la gente?” y se les preguntó a ellos: “¿Y quién os ha dicho que hay un Khalifa nuevo?”, a lo que respondieron: “Cuando surge un Khalifa piadoso, los lobos y los leones respetan nuestros rebaños”.

ANIMALES EJECUTORES DE LA MISERICORDIA DIVINA

Cuenta un curdo que había sido un bandolero: Salí con mis compañeros a la búsqueda de víctimas y nos detuvimos en un lugar en que había tres palmeras, una de ellas no tenía frutos. Llegó volando a aquella palmera un pájaro trayendo en el pico un dátil maduro de la otra llena de frutos, y lo hizo unas diez veces. Me vino a la mente el ir a ver, subí a la palmera y encontré sobre ella a una serpiente ciega que tenía la boca abierta, y el pájaro le dejaba caer en ella los dátiles. Rompiendo en llanto exclamé: “¡Señor, ésta es una de aquellas serpientes que el Profeta (P.y B.)! ¡Nos ha ordenado de matar, y Tú cuando la has vuelto ciega le has asignado un pajarillo que le suministra lo necesario! Yo, en cambio soy tu siervo, quien Te reconoce como Dios Único, y a mí me has asignado la tarea de **cortar** los caminos y de aterrorizar a los transeúntes”. Bajaron entonces en mi corazón estas palabras: “¡OH Fulano, mi puerta está siempre abierta para quien se arrepiente!”. Rompí la espada y me arrojé tierra sobre la cabeza gritando: “¡Perdón, perdón!”. Corrí a de mis compañeros y les dije: “Estaba abandonado de Dios y me he reconciliado con Él” y cuando les conté todo respondieron: “¡También nosotros queremos reconciliarnos!”. Tiramos las armas y las ropas y cubiertos únicamente con los dos paños que visten los peregrinos tomamos el camino que lleva a la Meca.

Cuenta Dhul al-Nun: Un día, paseando por la ribera del Nilo, vi un escorpión. Tomé una piedra para matarlo pero escapaba rápidamente y alcanzó la orilla. Salió del agua una rana, el escorpión subió le saltó a la espalda y la rana lo transportó a la otra orilla. Crucé también yo el río y vi al escorpión bajar a tierra. Allí a un lado había un hombre durmiendo la borrachera, y una serpiente se le acercaba para morderlo, pero el

Comentario [CU41]: Término árabe para designar el bandolerismo, y la pena a infligir por ello

escorpión se precipitó sobre la serpiente y le clavó el aguijón matándola. Desperté al borracho que, viendo la serpiente saltó asustado tratando de escapar, pero lo tranquilicé y le conté todo. Quedó con la cabeza gacha, luego alzó los ojos al cielo y exclamando: “Señor, Tú haces esto a quien Te ofende ¿Qué no harás por quien te obedece? ¡Juro por Tu poder y majestad que no volveré a ofenderte!”.

Cuenta ‘Abd al-Gaffar al-Fargani: Me encontraba con algunos Sufís hermanos nuestros en Dinawar, cuando vinieron algunos curdos a comprarles unas mercaderías diciendo: “¿Si supierais para quién compramos estas cosas os apuraríais a venderlas!”. “Cuéntanos”. Señalaron a su jefe: “Aquel es el jefe de la tribu. Su mujer que ya había parido muchas mujeres estaba de nuevo en cinta, y el marido le dijo: ¡Si haces una hija serás repudiada!

La tribu se puso en camino hacia Maraga en su migración invernal, y un día, mientras marchábamos, aquella mujer fue presa de los dolores. Llevó con ella agua como para hacer la ablución ritual andando lejos. Parió una niña, la envolvió en un paño y la abandonó en una gruta en el monte, luego dijo que aquella preñez había sido sólo aire y que se había deshinchado.

Nos fuimos de ese lugar pero volvimos a plantar allí nuestras tiendas seis meses después y entonces la mujer volvió a la gruta en la que había abandonado la niña. Vio que estaba una gacela junto a la criatura amamantándola. Percatándose de ella, escapó asustada y la madre se llegó a la niña tomándola en brazos, pero la niña comenzó a llorar y la madre sollozando la dejó a tierra y se escondió en un rincón.

Regresó entonces la gacela y continuó a amamantarla mientras la mujer se mantenía en silencio. Después fue a su tribu y contó todo, también el marido la escuchó.

Vino toda la gente de la tribu a la caverna y vieron a la gacela que amamantaba a la niña y el animal, apenas verlos se retiró. Las mujeres recogieron a la niña y tanto la acariciaron que se tranquilizó y les tomó confianza, entonces la regresaron a la tribu mientras la gacela permaneció vigilando de lejos hasta que levantamos las tiendas.

Esta mercadería que estamos comprando es para su ajuar, el padre la está por casar con un buen muchacho”.

El Sheikh Abú Hamzah al-Hurasani cuenta: Un año partí a la peregrinación y andando caí en un pozo. Dudaba en mi corazón sobre si clamar socorro hasta que me decidí: “¡No, por Dios, no gritaré!”. No había más que hecho este propósito, cuando dos hombres pasaron delante de la boca del pozo y uno le dijo al otro: “Ven tapemos este pozo para que nadie caiga dentro”. Vinieron con cañas y tierra, cubrieron la boca del pozo cancelando todo rastro. Pensé en gritarles, pero luego me dije a mí mismo: “¡Por Dios, no gritaré! Rezaré a Aquel que está más cerca de mí que estos dos”, y permanecí callado.

Después de un rato llegó alguien que liberó la boca del pozo y metió en él una pierna, parecía querer decir “¡Aférrate a mí!” con una especie de gruñido. Me aferré a él y me sacó fuera, vi que se trataba de un león, que se fue por su camino. Me dijo entonces una voz: “¡OH Abú Hamzah! ¿No ha sido más hermoso así? Te hemos salvado del peligro mediante otro peligro”.

Comentario [CU42]: Para purificarse tras el parto

LOS PERROS

Por la mañana, después de haber pasado la noche rezando, Uways daba en limosna todo lo que le quedaba de alimento y bebida diciendo: “Señor ¡no me acuses por quien muere de hambre ni por quien muere de frío!”

Buscaba las sobras entre los cúmulos de desperdicios, los limpiaba y un poco lo daba en limosna y un poco se lo comía diciendo: “Señor, ante Ti me declaro inocente por todos los hambrientos”.

Una vez un perro, que estaba sobre un montículo de basuras, le gruñía, a lo que Uways le respondió: “Come lo que tienes por delante y yo comeré lo que esté a un costado, y si Dios me ha puesto en el camino recto soy mejor que tú, de otro modo tú eres mejor que yo”.

Decía Hasan de Basora: El perro tiene diez cualidades que deberían encontrarse en todos los creyentes: Primero: está hambriento, y ésta debería ser la condición de los piadosos; segundo: no tiene guarida conocida, característica de quien se remite a Dios; tercero: duerme poco de noche, atributo de quien ama a Dios; cuarto: muere sin dejar herencia, como los ascetas; quinto: no abandona a su patrón, aunque lo eche y le pegue, y éste es un signo que distingue a los verdaderos discípulos del místico; sexto: se conforma con el lugar más bajo de la tierra, característica de los modestos; séptimo: Cuando ya ha dado vueltas en un lugar, lo deja y se va, característica del asceta; octavo: si después de haberlo golpeado y expulsado se le tira un mendrugo, responde sin rencor por el pasado, y eso hacen los humildes; noveno: cuando llega la comida la observa desde lejos, y así hacen los pobres; décimo: cuando deja un lugar no se vuelve para mirarlo, tal es la conducta de los arrepentidos.

Se cuenta que un asceta vio unos perros en una gruta del monte que salían para ir a la ciudad una vez a la semana. Entraban, comían de los montones de desperdicios, después regresaban al monte y se quedaban allí hasta la semana siguiente. El asceta vivió con ellos bastante tiempo, siguiendo escrupulosamente sus hábitos: salía con ellos el día de salida, iba a la ciudad, comía con ellos lo que encontraba en la basura, y regresaba con ellos al monte trayéndose con él experiencias y habilidades.

Un Sufi vio pasar por la calle a unas personas acompañadas de perros de caza, y que los perros vagabundos les ladraban. Exclamó: “¡Gloria a Dios! Pareciera que estos perros estén diciéndole a aquellos otros: ¡Desgraciados! ¡Deseabais los bienes de que gozan los reyes y os han envilecido y explotado! ¡Si os contentases con vivir de los desperdicios como nosotros, seríais libres! Y que los perros de caza les respondan: “Vosotros no comprendéis nuestra situación: los hombres, viendo en nosotros una fuente de utilidad, nos han encadenado para servirles, pero proveen a nuestras necesidades” Y que les rebaten los perros de la calle: “Pero cuando os hacéis viejos os abandonan y pasáis a ser uno de nosotros”, y los perros de caza: “Por que venimos a menos en nuestros deberes, y quien falta a sus deberes es expulsado” ¡OH Dios, no nos expulses de Tu puerta y no nos condenes a Tu cólera ni a Tu castigo!”

Comentario [CU43]: Animal considerado impuro

Comentario [CU44]: Famoso santo nacido en Cufa y muerto en 657. Viene mencionado como pastor yemenita y como ermitaño. Bajo su nombre se cuentan vidas y obras de diferentes personajes, todos ellos recordados por su ascetismo y santidad.

Comentario [CU45]: Los alimentos lamidos por un perro también son impuros.

Comentario [CU46]: Nació en 643 y murió en 728. Su doctrina ascética proponía el desapego del mundo sin por ello alejarse de él

LOS LEONES

Cuenta uno de aquellos: Estábamos con Ibrahim ibn Adam cuando vino gente a decirle: “¡Hay un león en medio de la calle!”. Ibrahim fue a verlo y le dijo: “Si has recibido (de Dios) alguna orden con respecto a nosotros, has lo que se te ha ordenado, si en cambio no has recibido ninguna orden ¡sal del camino!”. El león se fue refunfuñando.

El Sheikh Abú al-Gayt, yemenita, un día fue a cortar leña, y un león vino y le comió el burro. Dijo el Sheikh: “Te has comido mi burro ¿cómo hago ahora para acarrear la leña? ¡Por el poder de Dios, la tendrás que llevar tu sobre tu lomo!”. El león se dejó cargar la leña y la transportó hasta las puertas de la ciudad, donde el Sheikh lo descargó y le ordenó de irse.

Una comitiva de Doctores de La Ley visitó un cierto Sheikh para venerarlo. Rezaron bajo su dirección y se dieron cuenta que cometía errores al recitar el Corán, por lo que se formaron una mala opinión de él. A la mañana siguiente fueron a tomar el baño en un lago dejando las ropas en la orilla. Vino un león y se acostó sobre ellas mientras ellos pasaban un frío terrible. Llegó el Sheikh y tomó al león por una oreja zamarreándolo: “¿No te he dicho que no molestes a mis huéspedes?”. Después se dirigió a los Doctores: “Vosotros os ocupáis en purificar lo exterior y tenéis miedo a los leones. Nosotros nos ocupamos de purificar nuestro interior, y son los leones a tenernos miedo”.

Comentario [CU47]: Famosísimo Sufi, nació en Balkh y murió en Siria en el 777. Después de una vida de lujos se convirtió en asceta, en vez de mendigar trabajaba para ganarse el sustento.

PÁJAROS Y CAMELLOS PARLANTES

Cuenta el Sheikh ‘Abd al-Rabi al-Maliki: En una de mis peregrinaciones estaba solo y Dios me asignó un pájaro. Cuando caía la noche se posaba junto a mí y velaba haciéndome compañía. Lo sentía decir toda la noche: “¡Santo, Santo!” y cuando despuntaba el día decía: “¡Gloria a quien nos sustenta!”

Abú Muslim al-Hawlani se encontraba con los musulmanes en una expedición sobre territorio bizantino cuando el gobernador mandó una fracción de combatientes a hacer una incursión contra un cierto lugar, estableciendo el día del regreso. Llegó aquel día y los combatientes no regresaron. El gobernador y los musulmanes estaban afligidos. Pero, mientras en su tristeza cumplían la plegaria dirigida por Abú Muslim, que había plantado la lanza a tierra para señalar la dirección de la Meca, un pájaro se posó en la punta y dijo: “La expedición está al seguro, ha hecho botín y regresará tal día a tal hora”. Abú Muslim exclamo: “¡Y tu quien eres, que Dios te sea Misericordioso!”. Respondiendo el pájaro: “Yo soy aquel que quita la pena del corazón del creyente”.

La expedición regresó tal como lo había anunciado el pájaro.

Cuenta el Sheikh Ahmad ibn 'Ata: ¡Un camello me dirigió la palabra mientras estaba andando a la Meca! Ocurrió así: Había visto los camellos cargados con los equipajes, que a la tarde, liberados del peso, alargaban los cuellos. Exclamé: “¡Gloria a Dios que los ha aligerado!” y he aquí que uno de ellos se volvió hacia mí y me respondió: “Di: Dios es el Más Grande” y Yo dije. “¡Dios es el Más Grande!”

Comentario [CU48]: Vivió y murió en El Cairo en 1309. Discípulo de Sadhili, escribió varias obras.

LA EXQUICITA SENSIBILIDAD DE LOS PÁJAROS Y LAS GACELAS

Cuenta Uno de aquellos: Escuchaba a Samnun hablar del amor de Dios en la Mezquita, cuando entró un pájaro, se le acercó, y continuó a arrimarse hasta posarse en su mano, después picoteó la tierra hasta hacerse sangrar y murió. Otra vez que Samnun hablaba del amor divino se desprendieron las lámparas que colgaban del techo de la Mezquita.

Cuenta un asceta: Mi compañero y yo llevábamos una vida devota sobre un monte, él se alimentaba con las hierbas de la tierra, y para mí todos los días venía una gacela que se me arrimaba, abría las piernas y yo mamaba su leche y después se iba. Esto duró un cierto tiempo.

Mi compañero habitaba lejos de mí, un día viene y me dice: “Aquí cerca han acampado unos beduinos, vallamos a visitarlos, a lo mejor nos darán leche, o alguna otra cosa”. Yo no quería, pero tanto insistió que lo acompañé. Nos dieron de comer lo que tenían, después de lo que cada uno volvió a su ermita. Esperaba la gacela a la hora acostumbrada, pero no volvió nunca más, me había abandonado. Entendí que era una consecuencia de la culpa de haber despreciado su leche.

Cuenta uno de ellos: En mis peregrinaciones se me habían vuelto mansos los animales salvajes que se acurrucaban junto a mí, y yo andaba entre ellos como si fuera uno de su raza; pero un día me vino en mente el volver entre la gente y me acordé de un niño que en un tiempo jugaba conmigo, después vi una cría de gacela y pensé: “¡Si tuviera esta gacela se la llevaría a aquel niño!”. Desde que este pensamiento me cruzó por la mente, todas aquellas bestias escaparon lejos, se mantenían a la distancia y me miraban de otra manera. Pedí perdón a Dios, me quité esa idea y los animales volvieron a ser como antes.

Cuenta el Gran Sheikh Abú Hasan al-Sadhili: Una noche, durante mis peregrinaciones, dormí en la cima de una colina, aparecieron unos leones que me rondaron y luego se pusieron en círculo en torno a mí hasta el amanecer. Nunca antes había probado de los animales tanta mansedumbre y familiaridad como en aquella noche. Por la mañana se me ocurrió que ésta había ocurrido por que Dios me estimaba en modo particular. Más tarde bajé a un valle lleno de perdices, yo no las había visto aún, pero en cuanto se dieron cuenta de mi presencia echaron a volar en todas direcciones. El corazón me saltó lleno de espanto y escuché una voz que me decía: “¡OH tú que ayer amansabas los leones! ¿Por qué te asustas del miedo de las perdices? si no es porque ayer estabas con Nosotros ¡y hoy estás solo!”.

PECES Y OSOS DEVOTOS

Cuenta Abú al-Abbas ibn Maseru: En Basora vi un pescador que estaba pescando en la orilla del mar y tenía a su lado a su hijita. Cada vez que sacaba un pez y lo metía en el canasto la niña lo regresaba al mar. El hombre miró y vio que tenía el canasto vacío, entonces le dijo a la niña: “¿Qué has hecho con los pescados?” “Papá, te he sentido repetir las palabras del Profeta (P.y B.): “Ningún pez cae en la red si no es porque ha olvidado de alabar a Dios”. El hombre lagrimeó y desechándola tiró lejos la red.

Cuenta Sahl ibn ‘Abdallah al-Tustari: El primer prodigio que presencié fue éste: un día fui a un lugar solitario en el que me gustaba recluirme, allí sentía a mi corazón cercano al Altísimo. Cuando llegó la hora de la plegaria quise hacer la ablución, pero la falta de agua me incomodaba. Mientras estaba en esto apareció un oso caminando erguido en dos patas como los humanos, apretando entre las manos una jarra verde. Viéndolo de lejos pensé que se trataba de un hombre, hasta que lo tuve cerca. Se me acercó, me saludó y dejó la jarra delante de mí. Le dije: “Esta jarra y esta agua ¿de dónde vienen?”. El oso habló y me dijo: “OH Sahl, somos una población de animales selváticos que nos hemos reclusos para entregarnos a Dios, decididos a vivir en el amor divino y en el confiado abandono a Él. Y mientras estábamos conversando con nuestros compañeros, nos fue anunciado que Sahl tenía necesidad de agua para renovar su pureza ritual. Me fue puesta en las manos esta jarra y me encontré junto a dos ángeles, me les acerqué y dejaron brotar agua que salía del aire en la jarra, sentía el rumor mientras manaba”.

Y cuenta Sahl: Me desmayé, y cuando recobré los sentidos la jarra estaba allí, y no sé dónde se ha ido aquel oso, dejándome la tristeza de no haberle hablado. Hice la ablución y quise beber de aquel agua, pero una voz que llegaba del valle me reprendió: “¡OH Sahl, no es todavía tu tiempo de beberla!”. Mientras la observaba, la jarra osciló y desapareció no sé dónde.

Comentario [CU49]: Se trata de agua del Paraíso

MUERTE DE UN RATÓN

Cuenta El Sheikh Abú al-Abbas ibn al-‘Arif: Vi en una Mezquita a un amigo de Dios que encendía una lámpara, llegó un ratón y mordisqueó la mecha. El hombre, que entre tanto se había amodorrado, saltó diciendo: “¡OH mal nacido, en este mundo ocurrirá una cosa por mi causa!”. El ratón volvió a la lámpara, el devoto lo echó, pero éste no se retiraba. Entonces el devoto montó en cólera y le ordenó al ratón: “¡Métete dentro, métete dentro!”. El ratón puso el hocico sobre la llama y murió.

Quedé sorprendido e interrogué a aquel hombre, que me respondió: ¿De qué te maravillas? Es La Ley que ha ejercitado su propia autoridad sobre él”.

Comentario [CU50]: Nació y murió en Marrakesh en el 1141, enseñó en Valencia, Zaragoza y Almería, que en aquel tiempo era uno de los más importantes centros Sufís.

Comentario [CU51]: En un Hadiz el Profeta (P.y B.) (P. y B.) previene contra los incendios causados por un ratón al mordisquear la mecha, entre otras causas.

Comentario [CU52]: Los ratones son animales impuros que La Ley ordena exterminar.

LAS PLANTAS, EL RÍO, LAS PIEDRAS

Cuenta un cierto Sheikh: En una ciudad de la India he visto un árbol con frutos parecidos a las almendras, cuando se rompen aparece replegada una hojita verde en la que la naturaleza ha escrito en rojo: *No hay divinidad si no es Dios y Muhammad es el Enviado de Dios*. Los hindúes recogen estos frutos para obtener bendiciones y los utilizan para invocar la lluvia en tiempos de sequía y en los rezos de agradecimiento tras la lluvia.

Comentario [CU53]: Este tipo de escritura milagrosa aparece aún hoy en día en los reinos mineral, vegetal y animal.

He contado esta historia al pescador Abú Ya'qub que me dijo: “No me maravilla, un día en Ubulla pesqué un pez que tenía escrito en la branquia derecha *No hay divinidad si no es Dios* y en la izquierda *Muhammad es el Enviado de Dios*. Apenas observé estas palabras inmediatamente lo eché otra vez al agua”.

Cuenta Shibli: Una vez hice voto de comer solamente alimentos lícitos. Andando por el desierto vi un árbol de higos y tendí la mano para recogerlos, pero el árbol me gritó: “¡Mantén la promesa! ¡No comas mis frutos, yo soy judío!”.

Cuenta Ka'b al-Ahbar: Un judío, después de haber fornicado, entró en un río para bañarse y el agua le gritó: “¡OH Fulano! ¿No te avergüenzas? ¡Arrepiéntete de tu pecado y promete de no recaer en él!”. El hombre salió del agua aterrizado gritando: “¡No volveré a ofender a Dios jamás!”. Fue a un lugar en el que doce hombres adoraban a Dios y permaneció con ellos hasta que, golpeado aquel lugar por la sequía, debieron abandonarlo para buscar otro lugar de pastoreo.

Comentario [CU54]: Rabino yemenita converso al Islam en el 638. Indicó a Omar la importancia de Jerusalén y lo acompañó a visitar la explanada del Templo.

Pasaban cerca de aquel río cuando aquel hombre dijo: “No sigo con vosotros”. “¿Por qué?”. “Porque allá hay uno que conoce mi pecado y me avergüenzo de que el me vea”. Lo dejaron irse y siguieron adelante, pero al llegar al río éste les dijo: “OH siervos de Dios ¿qué ha sido de vuestro compañero?”. “Cree que aquí hay alguien conocedor de una culpa suya y no quiere que lo vea”. “¡Gloria a Dios! –Exclamó el río – Si uno de vosotros se encoleriza con un hijo o con un pariente, cuando luego aquel se arrepiente y vuelve a tener una conducta amable, lo ama. Vuestro compañero se ha arrepentido y yo lo amo. Andad a decírselo, y adorad a Dios a mi rivera”.

Se lo dijeron y regresó con ellos. Se demoraron un cierto tiempo en plegaria y el pecador murió. Entonces dijo el río: “¡OH ascetas y devotos! Lavadlo en mis aguas y sepultadlo en mi orilla, para que en el Día del Juicio resucite a mi lado”. Así lo hicieron y luego dijeron: “Pasaremos esta noche junto a su tumba y partiremos al alba”, pero al alba se durmieron y al despertar en la mañana vieron que Dios había hecho crecer sobre la tumba doce cipreses, los primeros cipreses que Dios plantó sobre la tierra. Dijeron entonces: “Dios no los habría hecho surgir en este lugar si no le hubieran agradado nuestros rezos aquí” y allí se quedaron a rezar junto a la tumba, y cada vez que moría uno lo enterraban allí, hasta que al fin murieron todos.

Cuenta Abú al-'Abbas al-Harrar: Me encontraba viajando y tuve necesidad de limpiarme el traste con una **pedra**, cuando recogí una la piedra me gritó: “¡Te pido por Dios de no emplearme de ese modo!”, lo tiré y recogí otro que me dijo lo mismo. Entonces me acordé de lo que prescribe la Ley respecto de las costumbres del Profeta (P.y B.) en casos como éste. Tomé la piedra y le dije: “¡Gloria a Dios que me ordena de limpiarme así, y esto es bueno también para ti!”.

Comentario [CU55]: Usanza recomendada por el Profeta (P.y B.) para evitar ensuciar el alimento de los animales (hojas, etc)

LOS SERES SOBRENATURALES

LAS HURIES

Cuenta Abu ‘Umran al-Sindi: Estaba en una Mezquita en El Cairo cuando me vino el deseo de casarme. Esta intención me aparecía cada vez más fuerte cuando de la dirección a La Meca vino una luz como no había visto igual, y de aquella luz salió una mano que sostenía un par de sandalias de rubí, con cintas de esmeraldas, adornadas con perlas, y una voz me dijo: “Estas son sus sandalias ¿Qué te parece lo que será cuando la veas a *ella*?”. Entonces se fue de mi corazón el deseo por las mujeres.

Cuenta Muhammad ibn Omar al-Warraq: Había un negro llamado Mubarak que se comportaba con rectitud. Nosotros lo increpábamos: “Mubarak ¿No piensas en tomar una esposa?” y él respondía: “Pido a Dios que me conceda por esposa una de las huríes celestes”.

Comentario [CU56]: Discípulo de al-Tirmidi, vivió en Balkh.

Participamos en una expedición contra los infieles en la que la fortuna estuvo de su lado. Mubarak fue muerto. Pasamos junto al cadáver: la cabeza estaba por un lado y el cuerpo por otro, bocabajo con las manos plegadas bajo el pecho. Nos detuvimos a su lado y le dije: “Mubarakh ¿cuántas doncellas de ojos negros Dios te ha dado por esposas?”. Sacó la mano de debajo del pecho y nos apuntó con tres dedos para decir “Tres”.

A un tal su alma carnal le dijo: “¿Si hasta sería posible que alguno te vendiese una esclava para concubina!” Y mientras así pensaba con concupiscencia, se le acercó un bendito derviche. Nadie sabía de aquella inclinación suya, y sin embargo el derviche le dijo: “Te he visto en un sueño, estabas en un edificio con cúpula desbordante de luces, en compañía de una esclava. Fuera estaban siete huríes bellísimas de aspecto deslumbrante y una de ellas dijo: “Aquel viejo es un tonto ¡estoy enamorada de él y él ama la esclava!”.

Cuenta ‘Ali ibn Mu’affaq: Un cierto año partí en peregrinación viajando dentro el *mahmal*, vi algunos peregrinos a pie y preferí ir con ellos, puse pie a tierra e hice salir al *mahmal* a uno de ellos. Cuando llegamos a al-Buraíd nos detuvimos a dormir. Dormí y vi en sueños doncellas con cántaros de oro y jarras de plata que lavaban los pies de los peregrinos, sólo restaba yo y una le dice a su compañera: “¿Éste no es uno de ellos?” “No, este es el del *mahmal*” “Pero sí que es uno de ellos ¡ha preferido caminar con ellos!” Me lavaron los pies y todo cansancio desapareció en mí.

Comentario [CU57]: Baldaquino que se monta sobre el camello

En el país de **Rum** teníamos por compañero un tal al que nunca veíamos comer o beber. Le dije: “Desde hace once días que no te he visto tocar alimentos” Respondió: “Cuando llegue el tiempo de separarme de vosotros os contaré mi historia”. Llegado el momento le recordé la promesa y nos contó:

Fuimos cuatrocientos a la guerra contra los infieles. El enemigo atacó y mató a mis compañeros quedando yo herido en medio de los muertos. Al atardecer sentí una suave fragancia en el aire, abrí los ojos y vi unas doncellas con vestidos tan bellos como no los había visto antes, tenían copas en las manos y derramaban el contenido en las bocas de los muertos. Entrecerré los ojos hasta que estuvieron a mi lado. Una de ellas dijo: “Demos de beber a éste y apurémonos a regresar antes que se cierren las puertas del Cielo y nos quedemos en La Tierra” Dijo otra: “¿Debemos darle a beber cuando aún no ha expirado?” y la primera: “¡Dale de beber, hermana!”. Me sirvió en la boca una bebida y desde entonces no he vuelto a sentir la necesidad de beber ni de comer”.

Cuenta un asceta: Me sobrevino una enfermedad en la pierna que me hacía penosa la plegaria. Una noche me levanté para rezar, pero el dolor me extenuaba. Estando sentado, plegué el manto de oración, lo puse en el mihrab y apoyando en él la cabeza me dormí.

Una doncella que superaba en belleza a las estatuas de los ídolos, apareció caminando con pasos ondulantes en medio a otras doncellas que la rodeaban. Se detuvo junto a mí y le dijo a una de ellas: “Levántalo sin despertarlo”. Se me acercaron y me levantaron, yo las veía en mi sueño. Después la doncella dijo a otras dos compañeras: “Traigan para él un lecho, pónganle almohadones” Ellas trajeron para mí un diván acolchado como no he visto igual en el mundo y me colocaron bajo la cabeza un hermoso cojín verde. Continuó diciendo a las que me sostenían: “Recostadlo en el lecho, dulcemente, sin hacerle mal”, y ellas me reclinaron en él. Después dijo: “Envolvedlo en perfumes” y trajeron jazmines que esparcieron por todo alrededor del lecho. Entonces se me acercó y apoyó su mano sobre el punto doloroso de mi pierna acariciándolo con los dedos, luego dijo: “Levántate, Dios te ha curado, y reza sin dolor”.

Me desperté y ¡juro por Dios! Era como si en la pierna se hubiese desatado de un nudo, y desde aquella noche el dolor no volvió jamás, ni se me fue del corazón la dulzura de sus palabras cuando decía: “Levántate, Dios te ha curado, y reza sin dolor”.

Tenía por vecino un joven de hermoso rostro, que ayunaba de día y velaba toda la noche en plegaria. Un día vino a mi encuentro y me contó: Esta noche me he dormido en vez de recitar la parte prescrita del Corán, y me pareció de ver que el mihrab se abría y salían por él doncellas de una belleza nunca vista, pero en medio de ellas estaba una que era horrible, de una fealdad espantosa, con una boca enorme. Pregunté: “¿Quiénes sois vosotras y quién es esa?” Respondieron: “Nosotras somos tus noches pasadas, y ésta es la noche de tu sueño. ¡Si tu murieras esta noche te tocaría ella!”

Cuenta Abú Suleyman al-Darani: Un año partí a pie en peregrinación a la Meca, por el camino encontré un hermoso joven iraquí andando en la misma dirección. Mientras la comitiva estaba en marcha recitaba el Corán, y cuando nos deteníamos rezaba, y además, de día ayunaba y la noche la pasaba orando de pie. Seguimos así hasta la Meca, donde al separarnos le pregunté: “Hijo mío ¿Qué te lleva a hacer la vida que te he visto?” Respondió: “No me lo reproches, he visto en sueños uno de los palacios del

Comentario [CU58]: Bizancio

Paraíso construido con un ladrillo de oro y uno de plata y entre cada **mérula** estaba una hurí de una belleza y perfección tal como no había visto nunca antes quien las estaba mirando. Se habían desatado los cabellos y una de ellas me sonrió a la cara iluminando el Paraíso con el resplandor de sus dientes y me dijo: “¡OH Joven, date a Dios con todas tus fuerzas para que yo sea tuya y tú seas mío!”. Después me desperté, y ésta es la razón de mi estado. De buena gana hago el esfuerzo, por que quien se esfuerza obtendrá, y todo lo que me has visto hacer es para obtener a la hurí por esposa”.

Comentario [CU59]: Parapeto de las fortificaciones que se eleva a intervalos regulares sobre el muro

Los amigos de Sufyan al-**Tawri**, viendo cuán grande era para él el temor de Dios y con cuanto ímpetu y rigor se daba al ascetismo, le decían: “Si tu disminuyeses un poco tu lucha espiritual, igual lograrías –Dios mediante– tu objetivo”. Respondió: “¿Cómo podría no cumplir con el máximo de esfuerzo? Me fue dicho que cuando los habitantes del Paraíso están en sus moradas, se les manifiesta una luz potente que ilumina los ocho jardines con la intensidad de su espléndido fulgor. Creyendo que sea una luz proveniente del Misericordioso ¡Glorificado Sea! se postran con la frente a tierra, pero una voz les grita: “¡Levantad la cabeza, no es lo que creéis! Esta luz proviene de la hurí que ha vuelto su rostro a su esposo y le sonríe”. Entonces, hermanos, si no se le reprocha a quien se esfuerza por obtener las bellas huríes ¿qué diréis a quien quiere llegar hasta el Señor?”.

Comentario [CU60]: Nacido en Kufa en 715 y muerto en Bassora en 778.

Cuenta ‘Abd al-Wahid ibn Zayd: Pedí a Dios durante tres noches consecutivas que me haga ver a mi compañero del **Paraíso** y me fue dicho: “Tu compañera será Maymúnah la Mora” Pregunté: “¿Y dónde se encuentra?” “En tal tribu, en Kufa”.

Comentario [CU61]: Cada elegido se encuentra unido a otro, desconocido para él, de igual valor espiritual, que será su compañero en el Paraíso.

Fui a Kufa, pregunté por ella y me dijeron: “Es una loca que pastorea ovejas” “¡Quiero verla!” “Vete camino del desierto”. La encontré rezando de pie, tenía en la mano el bastón de pastor y vestía un manto de lana en el que había escrito *No se compra ni se vende*. Sus ovejas estaban entre los lobos, y ni los lobos se comían a las ovejas, ni las ovejas tenían miedo a los lobos.

Apenas me vio, Maymúnah apuró su rezo y me dijo: “¡Vuélvete ibn Zayd, no es este el momento establecido para nuestro encuentro, nos veremos un mañana!” Exclamé: “¿Qué Dios te tenga misericordia! ¿Quién te ha hecho saber que me llamo ibn Zayd?” “¿No sabes –me respondió– que las almas forman parte de milicias? Aquellas que se reconocen se vuelven amigas, y las que son extrañas se sienten hostiles”. Le dije: “Dirígeme alguna exhortación” y ella: “¡OH maravilla! Un predicador que quiere escuchar prédicas. Me ha sido transmitida esta máxima: Cada vez que un siervo de Dios renuncia a algún bien de este mundo, y después se lamenta y quisiera tenerlo nuevamente, Dios le priva del deseo de vivir con Él en soledad y, de serLe cercano lo aleja, de amigo que era se hace extraño”. Le dije: “Veo que los lobos están junto a tus ovejas, éstas no les temen y aquellos no las devoran ¿Cómo es esto?”. “Yo me reconcilié con mi Señor y Él ha reconciliado las ovejas y los lobos”.

Cuenta ‘Abdallah ibn Shuga’ el Sufí: En el curso de mis peregrinaciones llegué a Egipto, donde me asaltó el deseo por las mujeres, se lo dije a uno de mis cofrades que respondió: “Aquí está la mujer de un Sufí que tiene una hija bellísima”. La pedí en matrimonio y la esposé, pero cuando entré en su cámara la encontré rezando en dirección a la Meca. Sentí vergüenza de ver a una jovencita de su edad rezando mientras que yo no lo hacía. Me volví en esa dirección y recé mientras pude, hasta que me vino el sueño y me dormí sobre mi alfombra de oraciones y ella se durmió sobre la suya. La segunda noche ocurrió lo mismo y así sucesivamente hasta que al

final le dije: “¡OH Fulana! ¿Qué es este modo nuestro de estar juntos?” Respondió: “Estoy al servicio de mi Señor, quien tiene sobre mí un derecho que no puedo desconocer”.

Sentí vergüenza por sus palabras y seguí de aquella manera un mes, hasta que llegó el momento de mi partida, entonces le dije: “¡OH Fulana! He decidido partir ¡Que la salud y la protección de todo mal te acompañen y que Dios te conceda todo lo que desees!”. Me estaba yendo y cuando había llegado a la puerta mi mujer se levantó y dijo: “Señor mío, ha habido entre nosotros un pacto que no llegó a cumplirse, pueda ser, si Dios lo quiere, que se cumpla en el Paraíso” Después dijo: “Te confío y recomiendo al Altísimo, el mejor de los custodios”.

Me despedí de ella y partí. Dos años después pedí noticias suyas y me dijeron: “¡Excelente en devociones y austeridad, más todavía que cuando la has dejado!”

Había en **Kufa** un hermoso joven extremadamente devoto, uno de los ascetas. Deteniéndose entre la gente de la tribu de Naha, vio una joven muchacha y se enamoró perdidamente. Y ella también se enamoró de él. La pidió por esposa al padre, pero le respondió que estaba prometida a un sobrino.

La pasión atormentaba a ambos, ella le mandó decir: “Estoy absorta en tu amor y sufro por ti, si quieres vendré a visitarte, o te facilitaré la entrada a mi casa”. El joven le mandó decir: “¡Ninguna de estas dos cosas! Si me revelo a mi Señor temo que me castigue en el Día Terrible, tengo miedo del fuego y de las llamas eternas”.

Cuando le llegó esta respuesta la muchacha dijo: “Veo que es un asceta y que teme a Dios., y en realidad en la vida ascética los devotos están asociados el uno al otro”. Entonces abandonó el mundo y dejó atrás todo parentesco, vistió el silicio y se dio a la devoción, y aun así se retorció de amor y dolor por el joven aquel hasta que murió.

El enamorado vino a su tumba y la vio en sueños, tenía un bellissimo aspecto. Le preguntó: “¿Cómo estás?” y le respondió en verso:

“Nuestro amor, corazón mío, fue un buen amor
Que me ha conducido al bien y a la virtud”

Le preguntó: “¿Dónde te encuentras?” y ella respondió:

“En el bienestar de una vida que no tiene fin,
En el jardín de la eternidad, reino que no pasa”.

Le dijo: “Acuérdate de mí allá arriba, porque yo no te he olvidado”. Respondió: “Tampoco yo te he olvidado y le he pedido al Señor tuyo y mío... ¡Tiende a esto con tus mortificaciones!” y luego se volvió para irse, él le gritó: “¿Cuándo nos veremos?” Respondió: “Volveré a ti dentro de poco”. Luego de este encuentro el joven no vivió más de siete días.

Cuenta un asceta: Tenía una esclava, a la que todo lo que le ordenaba lo hacía. Un día le dije: “Muchacha ¿Quisieras recitarme alguna poesía?”. “Si, mi señor”. “Dila, pues” y ella declamó la poesía que comienza con:

Sin ti, mi Laila; sin ti, mi bien

Sin ti no tendría alegría, ni me sería agradable el mundo

Le dije: “Has recitado bien, muchacha ¿Qué me dirías si en premio a estos versos te diese la libertad y algo de los bienes de este mundo?” Respondió: “Señor, la razón de mi vida eres tu. La manumisión sería un beneficio para mí, pero yo no me intereso por los beneficios ¡Sólo me interesa el benefactor!”. Le dije: “Por amor de Dios eres libre, todo lo que esta casa contiene te pertenece”. Después, bajo la conmoción de sus palabras, partí inmediatamente en peregrinación. La dejé y permanecí lejos de ella por un año entero, pero todas las veces que sus palabras me volvían a la mente penetraban

Comentario [CU62]: Noches 410-411
de Las mil y una noches.

en mí ser como un hierro, y lo que encontraba en aquel estado de ánimo no se lo puede definir ni describir.

Regresé finalmente a casa y la encontré bien, ayunaba durante siete días seguidos y comía sólo cuatro días al mes. La esposé y vivió con migo un año, toda dedicada a servirme, después, en el segundo año murió.

Cuenta Ahmad ibn al-Hawari que su mujer, Rabi'ah la Damasquena, a menudo entraba en éxtasis, a veces la dominaba el amor divino, a veces la familiaridad con Dios, o en cambio el temor ante Dios, y siempre manifestaba sus sentimientos improvisando versos. Me decía: “No te amo como una esposa, si no con amor fraterno” Es más, una vez me dijo: “Deberías esposar alguna otra mujer” y yo esposé otras tres. Me preparaba carne para la cena y me decía: “Ve a comer con tus mujeres”. Me ha contado que a menudo veía los gins ir y venir, y que frecuentemente veía las huríes que, advirtiéndola, se cubrían el rostro con las mangas.

LA VIDA MUNDANA

Se cuenta que a Jesús se le apareció la Vida Mundana bajo el aspecto de una vieja canosa cubierta de ornamentos. Le preguntó: “¿Cuántos maridos has tenido?” Respondió: “¡Innumerables!”. “¿Y han muerto todos antes que tu o te han repudiado?” “No me han repudiado, más bien ¡los he matado a todos!”. Dijo Jesús: “¡Desgraciados los maridos que quedan! ¿Por qué no reflexionan sobre el pasado y no piensan que has hecho morir a los anteriores uno después de otro? ¿Por qué no se cuidan de ti?”.

Cuenta al-Fudayl de 'Iyad: Mientras un tal estaba durmiendo su espíritu fue llevado en alto y vio una mujer al final del camino, cubierta de todo tipo de ornamentos, joyas y espléndidos vestidos, y nadie pasaba cerca suyo sin ser herido por ella. Mientras que se la miraba de espaldas era la cosa más bella que se pudiera encontrar, pero si se la miraba de frente era la cosa más horrible que se pueda haber visto: una vieja en canas, de ojos azules, legañosos. Le dijo: “¡Me refugio en Dios contra de ti!” Respondió: “No, Dios no te dará asilo contra mío hasta que no llegues a odiar el dinero” Le preguntó: “¿Quién eres?”. “Soy la Vida Mundana”.

Cuenta el Sheikh Abu 'Abdallah al-Qurasi: Se me apareció la Vida Mundana con la apariencia de una mujer joven y hermosa, que llevaba una escoba en la mano. Fue en la Mezquita en que me encontraba, ella estaba barriéndola. Le dije: “¿Qué has venido a hacer?” Respondió: “A servirte” Exclamé: “¡No! ¡Júralo por Dios!” y ella: “Así debe ser”.

La amenacé con el bastón, decidido a echarla, pero ella se transformó en una vieja y se puso a barrer. Apenas la descuidé, ella volvió a ser bella como la primera vez. Me puse en pie para echarla fuera y volvió a ser una pobre vieja, tanto que le tuve compasión. Apenas dejaba de pensar en ella rejuvenecía. Me revelé contra ella turbado y enojado, entonces me dijo: “¡Que tú la hagas larga o corta, así te serviré, y así he servido a tus hermanos!” y desde aquel día ninguna cosa me ha vuelto a resultar difícil.

Comentario [CU63]: Para los árabes los ojos azules son signo de maldad.

Se cuenta que el Sheikh Abu al-Fawaris Sciá al-Kirmani, Rey del Kirman, andando de cacería se adentró en un desolado desierto en el que se encontró solo, y he aquí que apareció un joven rodeado de leones y cabalgando en uno de ellos. Apenas vieron al Sciá se dispusieron a atacarlo, pero el joven les gritó que no lo tocaran, luego lo saludó y le dijo: “OH Sciá ¿qué es esta indiferencia tuya hacia Dios? Te ha dado los bienes terrenales para administrarlos a Su servicio ¡y tú los utilizas para olvidarLo!”. Mientras así estaba hablando apareció una vieja trayéndole una copa, el joven bebió y se la pasó al Sciá, que exclamó: “¡No había bebido jamás nada tan dulce, fresco y delicioso!”. La vieja se fue y el joven le dijo: “Esta es la Vida Mundana, a quien Dios le ha encargado de servirme, cada vez que necesito algo, apenas me viene a la mente, ella me lo trae ¿No sabes que cuando Dios creó la Vida Mundana le dijo: “Se la sierva de quien me sirve a Mí, y has esclavos tuyos a quienes te sirvan?”. Después de este encuentro al-Kirmani se arrepintió y se dio a la vida devota.

AL **KHIDR**

Cuenta uno de aquellos: Una noche me encontraba junto al Sheikh Nasr al-Qara’iti, charlábamos acerca de ciencias religiosas y él manifestó una opinión distinta de la mía sobre la recitación de los textos rituales. Comenzamos a discutir y el Sheikh exclamó: “¡Si estuviera aquí al-Khidr, seguramente atestiguaría que soy yo a tener razón!” No bien hubo dicho estas palabras, vimos aproximarse una persona que venía de entre el Cielo y la Tierra. Cuando llegó junto a nosotros saludó al Sheikh y le dijo que su tesis era la correcta. Por ello fue que supimos que él era al-Khidr.

Cuento uno de aquellos: Pasé algunos días en el desierto de Higiáz sin tocar alimento, me vino un deseo muy fuerte de habas calientes y pan al modo en que las comen en la Puerta del Arco en **Bagdad**, pero pensaba: “Estoy en el desierto y de aquí a Iraq hay una enorme distancia”. No había ni siquiera terminado de formular este pensamiento que sentí a un beduino gritar a lo lejos: “¡Aquí llegan las habas calientes y el pan!”.

Fui a su encuentro y le dije: “¿Tú tienes habas calientes?” “Seguro”. Extendió en el suelo su manto y sacando de él las habas y el pan me dijo: “¡Come!”. Comí, y volvió a decirme: “¡Vuelve a comer!””, lo hice y me lo volvió a ordenar una tercera vez. A la cuarta exclamé: “¡En el nombre de Aquel que te ha mandado a mí en este desierto! ¿Vas a decirme quién eres?” “Soy al-Khidr”. Se alejó y nunca más he vuelto a verlo.

Cuenta uno de aquellos: Una mañana me embarqué en Basora para ir a Ubulla con tres compañeros. Después de una breve navegación, el botero guardó sus remos y se sentó. Mis compañeros exclamaron: “¿Qué haces?”, pero él hizo señas ordenando de estar callados, y no había pasado ni una hora que ya estábamos en Ubulla.

Otros boteros, que habían partido con nosotros, llegaron por la tarde, y los pasajeros de nuestra embarcación les dijeron: “Nosotros no hemos tardado ni una hora”. Llamaron entonces al botero y lo interrogaron, pero él respondió: “¡Callaos! He visto llegar un hombre a caballo, el ser humano más bello en la más bella monta que jamás

Comentario [CU64]: “El Verde”, es el viajero eterno, jefe sobrenatural de la jerarquía mística, es él quien dicta al corazón las fórmulas de las plegarias. Se aparece a los buenos de improviso socorriéndolos de peligros y dificultades. A menudo asociado al agua y a la navegación.

Comentario [CU65]: Uno de los lugares más concurridos del barrio del mercado en la vieja Bagdad

he visto. Arrojé sobre un lado de la barca una cadena de oro y mientras corría al galope la barca corría junto a él sobre el río. Tuve miedo que si hablaba aquella visión desapareciese”.

LOS GINS

Comentario [CU66]: Los “Genios”, creados de “una llama de fuego purísima” (Corán LV,15), son mortales, pero su vida es mucho más larga que la humana, cuya apariencia toman a menudo y no es fácil distinguirlos.

Cuenta Ibrahim al-Hawwas: Un año partí en peregrinación a La Meca, y mientras caminaba con mis compañeros, un impulso en mi intimidad me impuso la soledad y me llevó a alejarme del camino principal. Seguí un camino distinto del que seguían los demás y caminé por tres noches y tres días sin que me viniese en mente idea alguna de comer, beber o satisfacer otra necesidad.

Finalmente llegué a un vergel en un lugar escondido, lleno de toda clase de frutos y flores y en el centro encontré un pequeño lago. Exclamé: “¡Parece el Paraíso!” y quedé inmóvil, lleno de admiración. Mientras estaba en meditación llegaron otras personas vistiendo largas túnicas hechas con parches y remiendos como las de los Sufis, pero hermosas, y cinturones de bellos colores. Me dieron una amable bienvenida y el saludo de los musulmanes: “La paz sea con tigo”, y yo respondí: “Y con vosotros sea la paz y la Misericordia de Dios y Sus bendiciones ¿Dónde me encuentro? y vosotros ¿quienes sois?”

Apenas formulada esta pregunta me vino en mente que estos debían ser gins y que aquel lugar no pertenecía al mundo de los humanos; y he aquí que uno de ellos me respondió: “Somos un grupo de gins que hemos escuchado la Palabra de Dios de boca de nuestro señor Muhammad (P. y B.). La melodía de esas palabras nos ha desapegado de toda cosa mundana y Dios nos ha regalado este lago en medio del desierto.” Pregunté: “¿A qué distancia estoy del lugar en que he dejado a mis compañeros?” Uno de ellos sonrió y me dijo: “¡OH Abú Ishaq, Dios tiene sus secretos y sus prodigios! El lugar en que te encuentras no fue jamás visitado por los hijos de Adán antes de ti, excepto por un joven igual a ti que ha muerto aquí. Aquella es su tumba.” Y me indicó una sepultura a las orillas del lago, rodeada por un cantero de flores como antes no había visto otras iguales. Luego continuó: “Entre tú y la comitiva que has dejado hay la distancia de tantos meses – o tal vez dijo “años”- de camino.”

Le pedí: “¿Cuéntame de aquel joven!” y el gin me contó: “Mientras nos encontrábamos hablando del amor divino, en la orilla del lago, apareció una persona que nos saludó, le devolvimos el saludo y le preguntamos de dónde venía. Respondió: “De la ciudad de Nisabur” “¿Cuándo la has dejado?” “Hace siete días” “Pero ¿Qué cosa te ha impulsado a abandonar la patria?” “He escuchado la Palabra de Dios: *“Volveos a Dios y abandonaos a Él antes que os alcance el castigo, porque después no seréis socorridos”*. Le preguntamos: ¿Cuál es el significado de *Volverse a Dios*, qué quiere decir *Abandonarse*, y cuál es ese *castigo*?” “El *retorno* –respondió– significa que tú has sido reconducido de ti a Él, en cuanto al *abandono*, no lo es en sentido literal, quiere decir que debes darte a Él sabiendo que para ti Él es preferible a ti mismo...” Después dijo: “Y el *castigo*...” Dejó escapar un grito terrible y expiró. Lo sepultamos nosotros y esta es su tumba. Que el Altísimo esté satisfecho de él”.

Asombrado por lo que me habían contado, me acerqué a la tumba y vi que en su cabecera había un manojó redondo de narcisos, grande como una piedra de molino.

Sobre la tumba estaba escrito: “Aquí yace un siervo amado de Dios. Su ardor lo ha matado”. En los pétalos de los narcisos estaba escrita una definición del retorno a Dios, la leí y los gins me pidieron que la explicara, cuando lo hice quedaron profundamente conmovidos. Cuando se calmaron dijeron: “Estamos satisfechos de tu respuesta”.

Me sobrevino el sueño y al despertarme me encontré en Medina, cerca de la Mezquita de A’isha, y aferraba todavía en mi mano un ramito de albahaca, que conservé inalterado por un año, luego lo perdí.

EL DIABLO

Se cuenta que el diablo –buscamos refugio en Dios de él- se le apareció a Juan el Bautista, hijo de Zacarías, que le volvió el rostro, pero Dios le reveló estas palabras: “Interrógalo y te responderá con la verdad”. Juan entonces le formuló varias preguntas, y entre otras le dijo: “¿Has tenido alguna vez poder sobre mí?” “Si, una vez: te habías llenado el vientre de alimentos y te dormiste sin recitar el Corán” Dijo Juan: “¡Entonces nunca más me saciaré comiendo!” Y el diablo: “¡Y yo nunca más daré buenos consejos!”

Cuenta un místico: Durante mis prácticas ascéticas me ocurría el ver un diablo débil, desnudo, flaco, en pésimo estado; el que cuando me daba cuenta de su presencia escapaba.

Tomé una esposa y entonces renuncié a la austeridad engañándome con que lo hacía por respeto a la esposa, hasta que un día reapareció mi diablo. Cuando lo sorprendí no escapó como siempre si no que me devolvió la mirada. Vi que estaba vestido y le dije: “¿Cómo es que estás tan cambiado?” Respondió: “¡Desde que has tomado esposa has cambiado tú!”.

Cuenta Ibrahim al-Hawwas: Fui a visitar a un hombre poseído por el demonio y le recité a la oreja la llamada a oración, pero el diablo que tenía en el cuerpo me dijo: “¡Deja que yo lo mate! Éste sostiene que el Corán es cosa creada...”

Comentario [CU67]: Aspecto fundamental del Islam: el Corán es un milagro fuera del tiempo que, en perpetua actualización de su revelación, reconduce a Dios en toda época.

ESCRITURAS MILAGROSAS

En tiempos de Ahmad al-Rifa’i existieron dos amigos que se amaban recíprocamente en Dios y eran inseparables. El mayor se llamaba Mu’ali ibn Yusuf y el otro ‘Abd al-Mun’im, su amistad provenía de años. Un día fueron juntos al desierto y se sentaron a conversar. ‘Abd al-Mun’im le preguntó al amigo sobre qué premio les estaría reservado por su larga amistad, entonces el Sheikh Mu’ali le dijo que expresara un deseo. “¡Señor –dijo- tu esclavo desea que descienda ahora del cielo un escrito para nosotros dos que nos exima del fuego del Infierno!”. Respondió el Sheikh: “La

generosidad de Dios es inmensa y Su gracia no tiene límites”, y mientras estaban diciendo estas cosas cayó del cielo sobre ellos un pergamino blanco. Lo recogieron y vieron que en él no había nada escrito. Dijo el Sheikh: “Vallamos a mostrárselo a Ahmad ibn al-Rifa’i”. Fueron y le dieron el pergamino sin contarle lo ocurrido. Al-Rifa’i lo miró y cayó con la frente a tierra postrándose ante Dios; después se levantó y dijo: “¡Alabado sea Dios que ya en este mundo, antes del mundo del más allá, me ha mostrado la inmunidad de mis amigos con el Fuego!”. Le dijeron: “Señor, este pergamino está en blanco, no contiene nada escrito”. Respondió: “Hijos míos, la mano del destino no escribe con letras negras, esto está escrito con letras de luz”.

Cuando murió ‘Abd al-Mun’min pusieron el pergamino en su sudario.

Cuenta uno de aquellos: Mi mujer a duras penas lograba parir. Fui a visitar al Sheikh Abu al-Hasas al-Dinawari llevando una copa para recoger en ella su *baraka*. Apenas hubo escrito “*En el nombre de Dios, el más Misericordioso, el más Lleno de Gracia*”, la copa se rompió y el Sheikh cayó desvanecido. Le llevé otra copa y ocurrió lo mismo, después le llevé una tercera, una cuarta, una quinta, hasta que me dijo: “¡Oh Fulano, veta a buscar a otro! A lo que sea que tú me hayas traído le ocurrirá lo mismo, porque yo soy un verdadero sirviente de Dios, y cuando Lo nombro, Lo nombro con veneración y con un profundo sentido de Su presencia.”

Comentario [CU68]: Las enfermedades se curan escribiendo ciertas aleyas del Corán al interno de una copa en la que se vierte un poco de agua, mezclando, el agua disuelve la escritura y el enfermo la bebe.

LOS MILAGROS

Cuenta uno de aquellos: En Bassora conocí a un hombre al que llamaban “el almizclado” por el fuerte aroma a almizcle que emanaba: si entraba en la Gran Mezquita se sabía de su arribo por la intensidad de aquella fragancia, y lo mismo ocurría cuando atravesaba la plaza del mercado.

Una vez fui a su encuentro y pase la noche en su casa. En aquella ocasión le dije: “Hermano, ¿te hace falta bastante dinero para comprar tanto perfume?”, me respondió: “¡Nunca he comprado perfumes y nunca me he perfumado! Te contaré mi historia y a lo mejor tú, después de mi muerte, me recordarás con compasión.

Nací en Bagdad, mi padre era rico y me proveyó la educación que por lo común se da a los hijos. Era uno de los más bellos jóvenes y era casto. Le dijeron a mi padre: “Si tú pusieras a tu hijo a comerciar en el mercado haría fortuna.” Y él puso un negocio de sedería en el que yo permanecía todo el día a su lado. Después de un tiempo llegó una vieja buscando telas de precio y le dijo: “Manda con migo un hombre así elegiremos lo que queramos y devolveremos el resto pagándole la cuenta”. Mi padre dijo: “¡Apúrate, ve con ella!”, y yo la acompañé hasta un magnífico palacio rematado con una cúpula, con siervos y pajes a la puerta. Tras haber atravesado el patio interno me encontré en un salón que terminaba en el arco cerrado de una tienda. La vieja me dijo: “Entra bajo el arco y siéntate”. Entré y me encontré delante a una mujer sentada en un diván dorado, revestido de paños y alfombras entretejidas con oro. No había visto jamás una mujer tan hermosa, y estaba cubierta de joyas. Se levantó del diván, alargó la mano sobre mi pecho y me atrajo hacia ella. Exclamé: “¡Dios, Dios!”, y ella:” ¡No se te hará ningún mal; encontrarás junto a mí lo que

quieras!”. Pedí permiso para ir al baño y ella llamó a los esclavos y les ordenó: “Acompañad a vuestro patrón al baño”.

No encontré ninguna abertura por la que escaparme, entonces me ensucié asquerosamente la cara y las manos, revolví los ojos y cuando entró una doncella con una jarra con agua y una toalla le grité a la cara como un loco. Escapó gritando: “¡El loco!”. Aparecieron otras esclavas con una esterilla y me empaquetaron en ella, me acarrearón así y me tiraron en un huerto. Apenas vi que se habían ido, salí, me lavé y volví a casa.

No he contado esto antes a nadie. Aquella noche vi en sueños a alguien que me dijo: “¿Dónde está José, hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham el Amigo del Señor?”. “¿Me conoces?”. “No”. “Soy Gabriel”. Y me pasó la mano por el rostro y el cuerpo. Desde aquel momento he comenzado a exhalar el perfume de almizcle que brota de mis vestiduras: es una fragancia que viene de la mano de Gabriel”.

Comentario [CU69]: En el Corán, el bello José rechaza la requisitoria sexual de la mujer de su amo y por ello va a sufrir la cárcel durante años.

Cuenta el Sheikh Abú al-Rabi’ al-Maliki: Sentí hablar de una piadosa mujer que vivía en una aldea y que se había hecho famosa. No era nuestra costumbre visitar mujeres, pero fue necesario ir de ella para observar un celeberrimo milagro. Se llamaba Fiddah (o sea: “Plata”).

En su aldea se decía que tenía una oveja que le daba la leche mezclada con miel. Compramos una escudilla nueva y fuimos a verla diciendo: “Queremos ver la bendición que nos han contado de tu oveja”. Fue a buscar la oveja, la ordeñó y bebimos la leche endulzada con miel.

Interrogada sobre el caso nos dijo: “Si, teníamos esta oveja, somos gente pobre y no poseemos nada. Llegó La Fiesta y mi marido, que es piadoso, me dijo: “Degollemos esta oveja”. Respondí: “¡No lo hagas, nos está permitido no cumplir con esta obligación porque el Altísimo sabe cuánto necesitamos esta oveja!”. Entonces ocurrió que justo aquel día un huésped nos pidió asilo y no teníamos nada que darle de comer. Le dije: “Marido mío, éste es un huésped y Dios nos ha ordenado de honorarlo, ve por la oveja y degüéllala”.

Comentario [CU70]: Se refiere al festejo por el fin del ayuno del Ramadán para el que se sacrifican ovejas y otros animales

Comentario [CU71]: La hospitalidad es un deber para los musulmanes

Por aprensión a que nuestros hijos se pusieran a llorar por ella, le dije a mi marido: “Llévala fuera de la casa y degüéllala detrás del muro”. Apenas fue derramada la sangre de la oveja, otra saltó desde fuera el muro y entró en la casa. Pensé que sería que se le había escapado y saliendo a ver encontré a mi marido que desollaba la oveja primera. Exclamé: “¡Marido mío, qué maravilla!”, y le conté lo ocurrido. Respondió: “A lo mejor el Altísimo ha querido darnos en cambio una mejor”. Efectivamente, aquella daba leche y ésta leche y miel, como una bendición por nuestra generosidad para con el huésped.” Concluyó la mujer: “Hijos míos, esta oveja nuestra pasta en el corazón de los discípulos. Si vuestros corazones son buenos, es buena su leche. Si los corazones se alteran, la leche también se altera. Rendid [a Dios] vuestros corazones y todas las cosas que busquéis resultarán exitosas”.

Comentario [CU72]: Afirmación de confianza en Dios que se hace ante toda pérdida

EL LOCO SANTO

Cuenta el Sheikh Safi al-Din ibn Mansur: El Sheikh Mufarrig era un gran santo y era uno de los esclavos que Dios había elegido sin motivo conocido y sin antecedentes de notar. Una vez perdió la sensibilidad normal a consecuencia de un raptó extraordinario que duró seis meses durante los cuales no pidió de comer ni de beber. Cuando su patrón lo vio tan cambiado comenzó a pegarle, pero él no sentía los golpes, entonces pensó que se había vuelto loco y contrató a uno para apalearlo hasta que se curara y volviera a alimentarse. El apaleador le gritaba “¡Salgan!” a los demonios que pensaba tuviera en el cuerpo, y el Sheikh respondía: ¡”Ya ha salido!””, refiriéndose al alma mundana.

Finalmente lo ataron y lo dejaron solo, cuando volvieron encontraron las sogas en un rincón y a él en otro. Lo encerraron con llave y se fueron, y más tarde lo encontraron fuera de la celda. Cuando comenzaron a multiplicarse sus prodigios le llevaron un pollo asado y él dijo: “¡Vuela!” y el pollo resucitado se fue volando, con el permiso de Dios, dejando mudos a todos. Sus milagros se multiplicaban, por lo que finalmente su jerarquía fue reconocida por la evidencia de su baraka.

Dice el autor: En algunos santos el éxtasis puede arribar a tal punto de frisar la locura, a estos se les llama “los locos sabios”, y frecuentemente han sido encarcelados y atados con cadenas. La gente los toma por locos, cuando en realidad son inteligentes y sabios, si no que el Amor Divino y las maravillas que han visto en el Poder de Dios y Su Magnificencia y Perfección, los han dejado estupefactos, enamorados, conmocionados y poseídos. Se cree que no rezan, no ayunan y descubren su desnudez, al punto que se han atraído mala fama y no se les atribuye ninguna buena cualidad. En cambio, rezan y ayunan en la intimidad, como algo privado que debe permanecer entre ellos y Dios. Muchos de ellos han sido vistos rezando en sus retiros, pero no en público. Constituyen una escuela conocida, que ostenta las cosas reprobables y esconde las buenas, no les importa pasar por ateos ante la gente, mientras que son creyentes sinceros cercanos a Dios.

Ibrahim al-Hawwas no permanecía en ningún lugar más que unos pocos días por temor a ganarse fama de santo. Una vez, apenas salido de una ciudad, se esparció rápidamente su fama, quiso por ello poner fin a esta fama y al daño que de ella resultaba.

Entró en un baño público y encontró en él las vestiduras del hijo del Rey que se las había quitado y confiado al encargado del baño. Mientras éste no lo miraba, al-Hawwas se puso esas ropas y las escondió bajo las suyas, luego se fue caminando despacio para permitir que lo alcanzaran y lo acusaran de robo, así se terminaba su fama de virtuoso.

Y ciertamente lo alcanzaron, le quitaron las ropas, lo apalearon, y en aquel lugar le quedó el mote de “el ladrón del baño”. Se dijo a sí mismo: “Aquí me ha gustado vivir”

Sa’dun el Loco daba vueltas por las calles de Bassora deteniéndose delante de cada casa y salmodiando la aleya del Corán que dice: “¡OH hombres, temed a vuestro Señor. Verdaderamente el terremoto de La Hora es cosa **inminente!**”. Después lloraba y declamaba versos ascéticos. Vestía una camisola de burda lana que, en cada manga, sobre el pecho y la espalda, tenía escrito dísticos edificantes. Cuando uno le dijo: “Tú eres un sabio, no un loco” respondió: “El loco es mi cuerpo, no mi corazón”.

Comentario [CU73]: Corán XXII, alusión al Juicio Final

Cuenta Shibli: Por la calle vi a un loco al que seguían uno rapaces tirándole piedras, su cara chorreaba sangre y le habían quebrado el cráneo. Los eché, pero me dijeron: “¡OH Sheikh, deja que lo matemos, es un infiel!”. “¿Qué signo de infidelidad ha mostrado?”. “Dice que ve a Dios y que habla con Él”.

Un día encontré en el cementerio a Balul El Loco, y le pregunté: “¿Qué estás haciendo aquí?”. Me respondió: “Estoy en compañía de gente que no me hacen ningún mal, y que cuando me voy no hablan mal de mí”. Le pregunté: “¿No tienes hambre?”, a lo que me respondió en verso: “Soporta el hambre, que ello es signo de temor a Dios, y ten por seguro que la hambruna será saciada un día”.

Otro de estos locos inteligentes volvía del cementerio, le preguntaron: “¿De dónde vienes?”. “De visitar a aquella caravana que ha llegado a destino”. “¿Qué cosa les has dicho y que te han respondido?”. “Les he preguntado: ¿A dónde vais? Y me respondieron: ¿Cuándo nos alcanzareis?”.

Alguien, interrogado acerca de estos locos y de sus palabras que revelan sabiduría y conocimiento de Dios, explicó: “Estos poseían virtud y razón, cuando Dios les quitó la razón les dejó la virtud”.

Cuenta Muhammad ibn al-Qassab: Visitando en comitiva el hospital encontramos un joven loco, sumamente extravagante. Nos llamó la atención y andábamos detrás de él con creciente interés, entonces él nos gritó: “¡Miren esas ropas bordadas y esos cuerpos perfumados! ¡Han hecho del éxtasis una mercancía y de la estupidez un arte, dejando de lado la ciencia religiosa al punto que ya no son seres humanos entre los seres humanos!”. Le respondimos: “¿Y tú estás consolidado en la ciencia como para que se pueda interrogarte?”. Respondió: “¡Seguro, mi ciencia es vasta, interrogadme!” “¿Quién es en realidad el generoso?”, preguntamos. “¡Aquel que os mantiene a vosotros y a los demás, siendo que no valéis ni el alimento de un día!”. Riendo le preguntamos: “¿Quién es el más ingrato de los hombres?”. “Quien habiendo sido preservado de algún padecimiento al ver a que otro lo sufre, no se pone a reflexionar y a agradecer [a Dios], y en cambio se afana en cosas fútiles y vanas”.

Nuestros corazones se rompían, lo interrogamos una vez más sobre las cualidades loables y nos dijo: “¡Es lo opuesto a las vuestras!”, luego lloró y dijo: “Señor, si no quieres devolverme la razón, ¡al menos dame la fuerza del brazo para moler a cachetazos a esta gente!”.

Cuenta Muhammad al-Maqdisi: Un día, en el manicomio de Damasco, encontré un joven que llevaba al cuello un collar de hierro y cepos en los pies, atados con cadenas.

Viéndome exclamó: “¡OH Muhammad, mira lo que me han hecho!” y continuó diciendo: “¡Si Tú [Dios], me pusieras al cuello el cielo por collar y las dos tierras como bolas encadenadas a los pies, no me apartaría de Ti buscando a otros, ni siquiera por el instante de un parpadeo!”.

El Sheikh ‘Ali al-Kurdi pasaba casi todo el tiempo en la Mezquita de los Omeyas, hasta que entró en ella otro extático llamado Yaqut. En el momento en que Yaqut traspasaba la puerta de la Mezquita, el Sheikh ‘Ali salió de Damasco y se estableció en el cementerio de la ciudad, sin regresar a Damasco hasta que murió, mientras que Ya’qub asumió su posición.

Cuando el Sheikh Shihab al-Din al-Suhrawardí vino a Damasco, declaró: “Quiero visitar a al-Kurdi” Le decían: “¡Señor, no hacerlo! Tú eres uno de los grandes de este mundo, mientras que aquel es un hombre que no cumple con las cinco plegarias y que casi siempre anda dando vueltas con la desnudez al descubierto”. al-Suhrawardí respondió: “¡Es necesario que lo vea!”, y fue a buscarlo al cementerio. Apenas verlo, al-Kurdi vino a él con la desnudez al descubierto, pero Shihab al-Din le dijo: “Esta no es cosa que me aleje de ti ¡Aquí tienes a tu huésped!”, y permaneció en su compañía demostrándole gran consideración.

EL SANTO JUSTICIERO

Por las calles de Bagdad, un hombre había apresado a una mujer que se le resistía y se la tomaba a cuchilladas con quien trataba de liberarla del energúmeno. Mientras la multitud se agolpaba en torno y la mujer que aferraba gritaba pidiendo auxilio, pasó por allí Bishr El Descalzo que se aproximó y le rozó con su espalda la espalda. El individuo cayó por tierra, la mujer escapó y Bishr siguió su camino.

La gente se arrimó al hombre, que estaba empapado en sudor, interrogándolo sobre lo sucedido. Respondió: “No sé nada. Un Sheikh me ha rozado la espalda diciéndome: ¡Dios te mira y sabe lo que haces! He quedado fulminado por esas palabras, lleno de temor y veneración, pero no sé quién ha sido esa persona”. “Era Bishr ibn al-Harit”. “¡Pobre de mí! ¿Cómo me mirará de ahora en adelante?”. Fue presa de la fiebre y a la semana murió.

Había en Tabaristán un Soberano opresor, corruptor de vírgenes y sanguinario. Un día una llorosa vieja se presentó al Sheikh Abú Sa’id al-Qassab y le dijo: “¡Socórreme! Tengo una hija joven, bella, y aquel tirano me ha mandado decir de prepararla por que vendrá a mi casa a violentarla. He venido corriendo a verte ¡A lo mejor tú puedas con tus plegarias alejarnos este daño!”

El Sheikh bajó la cabeza pensativo, después la alzó y dijo: “No queda entre los vivos nadie cuyas plegarias sean satisfechas ¡Ve al cementerio que allí encontrarás a quien pueda asistirte en tu necesidad!”. La mujer fue al cementerio y encontró allí un bello joven, bien vestido, que exhalaba una suave fragancia. Le contó su situación y el joven le dijo: “Vuelve del Sheikh Abú Sa’id y dile que rece por ti y el pedido será satisfecho”. La vieja exclamó: “¡Los vivos me mandan a los muertos y los muertos me mandan a los vivos y ninguno me socorre! ¿A quién tengo que dirigirme?” Insistió el joven: “Vuelve con él, mediante sus plegarias obtendrás lo que quieres.

Volvió del Sheikh y le contó todo, éste bajó la cabeza y permaneció en meditación tan intensamente que el sudor le chorreaba, luego dio un grito y cayó con el rostro a tierra. Y he aquí que se esparció por la ciudad una noticia: el Emir estaba andando a casa de la vieja cuando el caballo resbaló y en la caída el Emir se rompió el cuello. De esa manera Dios la había liberado y a todo el pueblo, gracias a las plegarias del Sheikh.

Cuando volvió en sí le preguntaron al Sheikh: “¿Por qué no has satisfecho el pedido de la mujer la primera vez, en lugar de mandarla al cementerio?”. Respondió: “Me repugnaba derramar la sangre de aquel hombre con mis plegarias, por eso la mandé a lo de mi hermano al-Khidr, y él me la reenvió para hacerme saber que era lícito rezar contra el Emir”.

LOS SANTOS CRUELES

En al-Raqqa vivía un cierto Sheikh, recibió tantas quejas del gobernador que su ánimo hacia él se alteró. Un día el gobernador pasó por casualidad cerca del Sheikh, éste sólo le gritó a la cara: “¡Muere!” y el otro murió instantáneamente.

Cuenta un yemenita Doctor de La Ley: He visto al Sheikh Rayhan de Aden cometer en plena calle actos condenables y pensé para mis adentros: “¡Mira a éste con fama de bueno cómo hace cosas reprobables y prohibidas!”. Esa noche se quemó mi casa.

Existían en el Magreb dos Sheikhs que tenían compañeros y discípulos. Uno se llamaba Gabalah y el otro Zurayq. Un día Zurayq fue a visitar a Gabalah con sus compañeros y cuando uno de la comitiva de Zurayq salmodió una aleya del Corán, uno de los compañeros de Gabalah, al escucharla, dio un grito y murió. A la mañana siguiente Gabalah le dijo a Zurayq: “¿Dónde está aquel que ayer salmodió el Corán? ¡Que ahora recite otra aleya!” El hombre comenzó a salmodiar, Gabalah dio un grito y el recitador cayó muerto. Entonces dijo Gabalah: “Estamos a mano ¡Y la culpa es del que ha comenzado!”

Cuenta el autor: Un sirviente del Sheikh Abú al-Gayt tuvo un altercado con un esclavo del Sultán y lo golpeó, entonces el Sultán ordenó que aquel hombre fuera castigado con la muerte. Cuando el Sheikh Abú al-Gayt lo supo sacudió la cabeza y dijo: “¿Por qué tendría que continuar a hacer de guardián? Me bajo del puesto de vigilancia y abandono el campo”. En aquel preciso momento el Sultán murió asesinado.

El hijo del muerto, al-Malik al-Muzaffar, se presentó al Sheikh para pedirle perdón con un calzado en la cabeza o colgando del **cuello**. El Sheikh le preguntó: “¿Qué quieres de mí?”. “El trono”. “Yo ya te lo he conferido”.

Comentario [CU74]: Como señal de humillación

El gran místico Sufyan al-Yamani una vez fue a Aden en donde le refirieron: “Aquí hay un hebreo al que el Sultán le ha conferido gran autoridad y otros cargos, hace marchar a los musulmanes bajo su estandarte y cuando mantiene audiencia están de pie alrededor suyo”. En aquel tiempo el Sheikh Sufyan llevaba una vida de asceta, desapegado del mundo. Con sus pobres ropajes fue a ver al hebreo y lo encontró sentado en un alto asiento, por debajo de él los musulmanes, sentados a tierra, estaban

ocupados en servirlo. El Sheikh se le puso delante y dijo: “*¡Di: atestigo que no hay divinidad si no Dios y que Muhammad es el enviado de Dios!*”. El hebreo alzó la voz llamando en ayuda a su milicia, pero éstos se encontraron imposibilitados de ejecutar cualquier movimiento. El Sheikh le repitió la profesión de fe una segunda y una tercera vez mientras que el hebreo no hacía otro que llamar a sus soldados, a los que le faltaba la fuerza para actuar. Después de la tercera repetición de la fórmula, el Sheikh aferró al hebreo por los cabellos con la mano izquierda y empuñando con la derecha un cuchillo exclamó: “*¡En el nombre de Dios, el Más Grande!*” y lo degolló invocando a Dios, como se degüellan las bestias en el matadero, después regresó a su lugar en la Mezquita.

Le llevaron la noticia al Emir que no la creyó y consideró imposible el hecho, pues el muerto era siervo del Sultán, además de uno de sus íntimos, y se decía que el asesino habría sido un indigente. Después le llegaron al Emir una rápida sucesión de noticias respecto del Sheikh, por lo que ordenó de traerlo a su presencia. Fueron a la Mezquita, pero no tenían fuerza como para llegar hasta él y tocarlo por lo que regresaron a lo del Emir, quien se dirigió a caballo a la Mezquita en medio de sus soldados. Ninguno de ellos fue capaz de entrar, y menos que menos de poner las manos sobre el Sheikh para hacerle mal. El Emir reconoció que el Sheikh estaba bajo la protección de Dios y retornó temiendo la cólera del Sultán.

Consultó entonces a gente autorizada e inteligente, y un hombre zagas le dijo: “Hace falta prender a estos Santos por medio de otro. Hay en Laheg uno que se llama Al’Ayid, mándalo llamar y quéjate con él por tu caso”.

Lo mandó llamar, vino y el Emir se lamentó con él, lo aferró y le dijo: “Quiero que el asesino no salga del país antes que haya informado al Sultán de lo ocurrido y reciba su respuesta”. “Bien –dijo Al’Ayid- ¡Si le place al Altísimo!” y fue a la Mezquita del Sheikh Suyan, con quien mantenía una afectuosa relación y confianzas. Le agradeció por lo que había hecho diciendo: “*¡Has quitado una piedra del camino de los musulmanes!*” Y lo trajo con él a pié hasta la puerta de la prisión diciéndole al carcelero: “Acá está el hombre, ponle cadenas y enciérralo en la cárcel”. Sufyan alargó la pierna hacia la cadena diciendo: “Obedezco” y lo encadenaron.

Permaneció en prisión algunos días, cuando quería tenía el pie atado a la cadena, cuando quería se la quitaba y la tiraba a un costado. Cuando llegó el viernes la hora de la oración comunitaria, se quitó la cadena y fue a la Mezquita, que encontró llena de gente. Entró se hizo lugar hasta ubicarse junto al Emir, se volvió para dirigir una mirada sobre los presentes y dijo: “Rezaré por estos muertos una plegaria de cuatro postraciones” La recitó, salió de la Mezquita y volvió a la prisión. Allí permaneció todavía algunos días, hasta que llegó la respuesta del Sultán. Decía: “Dejadlo hacer. Nosotros deseamos permanecer protegidos de él. Ya en el pasado ha dicho que el país es suyo y que la autoridad le corresponde a él, más allá de la nuestra.”

Así el Sheikh salió de la cárcel, ni el Sultán ni el Diablo tenían autoridad sobre él. Poco después de esto tuvo una controversia con el Sultán, fue a verlo y le dijo: “*¡Vete de mi país!*”. Esto ocurrió en Abyan, a dos jornadas de Aden, y el Sultán, aterrorizado, se fue.

Un joven compañero de al-Junayd, cada vez que sentía recitar alguna letanía daba un grito. Un día al-Junayd le dijo: “¡Si vuelves a hacerlo no te quiero más aquí!”. Por ello cada vez que escuchaba las letanías cambiaba de color y hacía tal esfuerzo por dominarse que cada pelo de su cuerpo destilaba sangre, hasta que un día dio un grito tan fuerte que se le fue el alma. ¡Dios esté satisfecho de él!

DEBILIDADES DE LOS ASCETAS

Cuenta al-Junayd: Esperaba un funeral sentado en la Mezquita al-Sunziyyah para tomar parte en la plegaria, junto a gente de toda clase de Bagdad, cuando vi un derviche que llevaba impreso los signos de una vida devota pidiendo limosna. Me dije: “Sería mejor si éste trabajase, así podría prescindir de la caridad”.

Volví a casa, aquella noche me había propuesto recitar una parte del Corán, rezar, llorar, y cumplir otras prácticas ascéticas, pero todas las devociones me resultaban pesadas. Permanecí sentado despierto hasta que a pesar mío se me cerraron los ojos. Me quedé dormido y vi que me traían a aquel derviche tendido sobre una bandeja, diciéndome: “¡Come su carne porque ya la has lacerado!”. Comprendí a qué se aludía y respondí: “No he hablado mal de él, ha sido sólo un pensamiento personal”. Se me respondió: “¡Tu no eres una persona tal como para que Yo me pueda complacer con tigo como Me complazco de él! Ve y reconcíliate con él”.

Llegó la mañana y lo busqué asiduamente, lo encontré recogiendo hojas en el agua en que habían lavado las verduras, lo saludé y me dijo: “¿Lo volverías a hacer?”. “¡No!”. “Entonces, que Dios nos perdone, a ti y a mí”.

Cuenta Zaytunah, la sierva de Abu Husayn al-Nuri: Era un día frío, le dije a al-Nuri: “¡Come algo!” y respondió “Sí”, le dije: “¿Qué quieres?” y respondió: “Pan y leche”. Delante tenía los carbones que me habían servido para encender el fuego y distraídamente los revolvía con la mano. Comenzó a comer el pan y la leche le chorreaba por la mano que estaba negra de carbón. Me dije: “Glorificado Seas, como son de sucios tus amigos, Señor. No hay ni uno limpio”.

Después salí y por la calle me atacó una mujer gritando: “¡Me ha robado un hato de panes!” y me llevaron a la policía. Nuri fue informado y vino a decirle a la guardia: “No la maltraten, es una de los amigos de Dios” La guardia respondió: “¿Qué puedo hacer? Aquella mujer la acusa” y en ese momento llegó una muchacha con el hato que había sido encontrado. Nuri se lo regresó a la mujer y luego me dijo: “¿Seguirás diciendo “cómo son de sucios tus amigos, Señor?”. Respondí: “¡Me arrepiento!”

Cuenta Muhammad ibn Wasi: Desde hacía cuarenta años que deseaba comer hígado asado. Un día pensé: “¡Iré a combatir en la Guerra Santa y a lo mejor en la cuota del botín me toque una oveja y podré darme este gusto!”. Fui con otros a la guerra, combatimos contra los politeístas, hicimos botín y en mi cuota había una oveja. Le pedí a un compañero de asarme el hígado, luego me sobrevino el sueño y me dormí. En sueños vi a los ángeles que bajaban del cielo y se ponían a escribir: “Fulano ha ido al combate para ser reconocido valeroso, Mengano por el botín, otro por humillar al enemigo”, luego se detuvieron en mi nombre y exclamaron: “¡Miserable afán, éste aquí quiere un hígado asado!” Yo grité: “¡Por Dios, no escribáis! ¡Me arrepiento y regreso a Dios!” Después dije: “Señor ¡no volveré a hacerlo! Señor ¡no volveré a hacerlo! Regreso arrepentido de todas las ansias”.

Se cuenta que un Sufí había sellado con Dios el pacto de no mirar jamás las cosas de este mundo que parecen bellas. Una vez, paseando por el mercado de los cambistas le echó una mirada a un cinturón colgado delante de un negocio y lo miró largamente. El

Comentario [CU75]: La maledicencia es un pecado grave, capaz de romper el ayuno

propietario notó que lo miraba, después alzó los ojos al cinturón y vio que ya no estaba. Se le echó encima gritando: “¿Es este el modo de actuar de un hombre devoto?” “Hermano ¿qué quieres?” “¿Tu eres un Sufí y robas?” “¿Qué cosa piensas que he robado?” “Mi cinturón” “¡Por Dios lo juro, no me he llevado nada!”.

Después de mucho discutir el caso fue llevado al Emir, que apostrofó al devoto: “¡Jovenzuelo, esta no es la conducta de los Sufis!”. El otro decía llorando: “¡No me he llevado nada!” Uno de los presentes sugirió: “Desnudadlo”, lo desnudaron y el cinturón estaba en turno a su cintura. Dio un grito como si estuviese exhalando el ánimo y se desmayó. El Emir ordenó de traerle el látigo, pero se escuchó una voz incorpórea: “¡Abdallah, no golpees al amigo de Dios!”. El Emir dio un grito que casi se le escapa el alma y desistió.

Cuando el joven volvió en sí dijo: “¡Señor, te pido indulgencia y reconozco mi culpa! ¡Piedad, piedad OH Compasivo!” Los presentes lloraban con él y el Emir, recuperando sus sentidos, comenzó a besarle las manos y los pies diciendo: “¡OH elegido, cuéntame qué ha ocurrido!”. Respondió: “Sabe que había hecho un pacto con Dios de no mirar las cosas bellas de este mundo. Pasando por el negocio de éste, olvidando la promesa, miré un cinturón. En aquel momento, no se cómo, el hombre me aferró acusándome. Qué le había ocurrido a él no lo se, esto es lo que me ocurrió a mí”.

Quien al pasar por el mercado ve algo, lo desea ardientemente y no pudiendo comprarlo se resigna a renunciar a ello, poniendo su sacrificio en la cuenta de las renunciaciones hechas por amor de Dios, esto le vale más que mil *dinares* gastados todos en el camino de Dios.

Cuenta el Sheikh Abu Bakr Shibli: Una vez me dijo el corazón: “¡Eres un avaro!” y yo le respondí: “¡No soy un avaro!”, pero el corazón me repetía: “¡Si, eres un avaro!” “¡No, no lo soy!” “¡Si, eres un avaro!”, entonces hice votos de regalar la primer donación que recibiese al primer pobre que encontrase. Apenas tomada esta decisión, vino alguien a darme cincuenta *dinares*, los tomé, salí y la primera persona que encontré fue a un pobre ciego a quien el barbero le estaba cortando el cabello. Le di la bolsa y éste me respondió: “¡Dásela al barbero!”. Objeté: “Pero esto es dinero...”. Alzó la cabeza en mi dirección y dijo: “¿No te habíamos dicho que eres un avaro?”. Le di la bolsa al barbero que la rechazó también él diciendo: “Cuando apareció este pobre hombre hice la promesa a Dios de no aceptar ni una moneda por cortar el pelo”.

Me fui con la bolsa a la playa y la arrojé al mar gritando: “¡Haga Dios lo que quiera contigo! Nadie ha amado el dinero sin que Dios lo humille”.

Cuenta el Sheikh Abu Abdallah al-Dinawari: Una vez vino a mí un pobre muy maltrecho, mi conciencia me solicitaba de darle algo. Pensé en empeñar el calzado, pero el *naf* me lo impedía diciendo: “Si vas descalzo no podrás conservar la pureza ritual para rezar”. Pensé: “Empeñaré el cántaro”, pero el *naf* me lo impidió nuevamente diciendo: “¿Cómo te las arreglarás para el lavado ritual?”. Entonces pensé en empeñar el turbante, y el *naf* replicó: “¿Cómo puedes permanecer con la cabeza al descubierto?” “¿Y esto que tiene que ver?” pensé, y estaba por continuar la discusión cuando el pobre se levantó, se ajustó el cinturón, tomó el bastón y se volvió para decirme: “¡OH ánimo tacaña, conserva tu turbante, yo me voy!”.

Entonces hizo con Dios el pacto de no volver a comer pan hasta no reencontrar aquel pobre hombre. Se dice que permaneció treinta años sin probar el pan.

Comentario [CU76]: El alma camal

Cuenta un Doctor de la Ley: Encontrándome en Missisa di con dos hombres de esos que hablan con Dios en la soledad. Cuando estaban por irse, el uno le dijo al otro: “Ven, tratemos de encontrar un fruto de nuestra ciencia que no ofrezca argumentos en contra nuestra”. Respondió el otro: “Estoy de acuerdo en hacer lo que quieras”. “He decidido no volver a comer nada que haya sido preparado por manos mortales”. Yo los seguí y les dije: “¡Estoy con vosotros!” “¿Bajo cuales condiciones?” “Todas las que vosotros establezcáis”.

Ascendimos al monte **Lukkam**, donde me mostraron una gruta diciendo: “Has tus devociones aquí dentro”. Entré y el uno o el otro me traían lo que Dios me había asignado para comer. Permanecí allí dentro un cierto tiempo hasta que me dije: “¿Hasta cuándo debo permanecer aquí? Quiero irme a Tartús, allí podré comer todo lo lícito, enseñar la ciencia religiosa a la gente y recitar el Corán”. Salí de la gruta y fui a Tartús, donde permanecí por un año.

Un día uno de aquellos dos me detuvo y me dijo: “¡OH, Fulano, has traicionado tu promesa y echado a menos tu empeño! Si hubieras perseverado como hemos perseverado nosotros, habrías recibido también tú los dones que hemos recibido”. “¿Qué dones habéis recibido?”. “Tres: recorrer la Tierra de Oriente a Occidente con un solo paso, caminar sobre el agua y volvernos invisibles con sólo desearlo” E inmediatamente desapareció ante mi vista. Exclamé: “¡Por Aquel que te ha concedido este don, muéstrate a mí! ¡Mi corazón está ardiendo!”. Reapareció y me dijo: “Pregúntame” “¿Hay para mí un retorno hacia el estado que habéis conseguido?”. “¡Jamás! Quien ha traicionado no volverá a gozar de confianza”.

Un cierto derviche fue a de uno de aquellos Sheikhs que conocen el Secreto Nombre de Dios y le pidió que se lo enseñase. Dijo el Sheikh: “¿Eres digno de aprenderlo?”. “Sí”. “Entonces ve a sentarte a la puerta de la ciudad y hazme saber qué cosas ocurren allí”.

El derviche fue al lugar indicado y vio que llegaba un viejo leñador con su asno cargado de leña. Un soldado se le puso por delante, le quitó la carga de leña y lo aporreó. El derviche volvió del Sheikh todo afligido y le contó la historia. El Sheikh le dijo: “Si tu hubieras conocido el Secreto Nombre de Dios ¿qué le habrías hecho a ese soldado?” “¡Le habría pedido a Dios de hacerlo morir!”. “Entonces no eres digno de conocer el Secreto Nombre de Dios. Fue precisamente ese viejo leñador quien me lo enseñó, y él, conociéndolo, no lo emplea para vengarse”.

Cuenta un hombre piadoso: Al comienzo de mi vida ascética me recliné en soledad y prometí al Altísimo que no comería nada por cuarenta días. Ayuné por más de veinte días, hasta que el hambre y el sufrimiento se hicieron tan fuertes que salí de mi retiro y sin darme cuenta me encontré en la plaza del mercado. Ante mí un derviche manifestaba sus deseos en medio del mercado diciendo: “¡Quiero de Dios, el Generoso, un *ratl* de pan blanco, un *ratl* de asado y un *ratl* de dulces!”. Experimenté un gran fastidio en el verlo andar dando vueltas por el mercado, pasar delante de mí sin dirigirme la palabra, y me dije para mí: “Este hombre es verdaderamente antipático: pide satisfacción a todos estos deseos costosos ¡Y yo busco un mendrugo de pan saco y no lo encuentro!”.

Luego de un cierto tiempo el derviche obtuvo lo que pedía, me trajo el pan, el asado y los dulces y me los ofreció susurrándome al oído: “¿Quién de los dos es el antipático: aquel que falta a la promesa de permanecer en retiro a causa del apetito, a aquel que pide para él provistas exquisitas para que el otro pueda sacar de ellas vigor

Comentario [CU77]: Nombre que daban los geógrafos en el Medievo a la cadena montañosa que, al norte de Siria, signaba el confín entre Bizancio y el territorio del Islam, y en el que buscaban refugio algunos ermitaños Sufis.

y gozo?”. Y agregó: “Quien quiera ayunar por cuarenta días que llegue por etapas, no de un salto, de otro modo el perro del hambre se revela contra él y se agita. ¡No vuelvas a esa práctica!”, y se fue.

Cuenta Ibrahim al-Awwas: Estaba sobre el monte Lukkam cuando vi un granado y me vinieron deseos. Arranqué una granada y la partí, era ácida. Me fui dejándola allí. Después encontré un hombre tendido por tierra, cubierto de tábanos. “¡La paz sea contigo!”, lo saludé, y él respondió: “Y contigo sea la paz, Ibrahim”. Pregunté: “¿Cómo me has reconocido?” “Para quien conoce al Altísimo, nada le permanece oculto”. Le dije: “Veo que estás en intimidad con Dios, ciertamente si tú se lo pidieses te liberaría y te defendería de los tábanos” Respondió: “Veo que tú también tú estás en intimidad con Dios. ¡Cierto que si se lo pidieses te liberaría y te defendería del deseo por las granadas! Si no fuera porque cuando a uno le punzan las ganas de una granada encuentra su penalización en el mundo del más allá, mientras que si es punzado por los tábanos descuenta la pena en este mundo”.

Una vez un derviche vio en sueños al Sheikh Abu al-Gayt en la cima de un alto monte, e inmediatamente lo vio al pie del monte. Le preguntó sobre esto y el Sheikh respondió: “Espera una tercera visión, después regresa que te explicaré todo”.

Pasó un año y volvió a verlo en la cima del monte, en el mismo lugar que la primera vez, entonces el Sheikh le explicó: “Si, yo había alcanzado un cierto grado de proximidad al Altísimo, pero una noche me acerqué a la Madre de los Pobres y le di un beso sensual en el que no entraba ninguna intención de ir hacia Dios. Por aquello descendí de aquel grado, como has visto. En continuación he luchado y me he afanado ininterrumpidamente por un año hasta regresar a mi puesto, como ya lo has visto”.

Comentario [CU78]: Eufemismo para referirse a su mujer

LA RENUNCIA AL MUNDO Y LA RECONCILIACIÓN CON DIOS.

Cuenta Ahmad ibn Abdallah al-Maqdisi: Cuando era compañero de Ibrahim ibn Adam le pregunté sobre el inicio de su vocación y sobre cuál fue la causa de su pasaje del reino transitorio al Reino Duradero, me respondió: “Hermano, un día estaba en compañía de unos amigos, en la habitación más alta de mi palacio; asomándome a la ventana vi un derviche sentado en el patio. Tenía en la mano un pan seco, lo sopaba en el agua y se lo comía condimentado con sal gruesa. Permanecí observándolo hasta que terminó de comer, bebió un poco de agua, agradeció a Dios alabándolo y se durmió en el patio. Dios me inspiró a reflexionar sobre él y le dije a uno de mis esclavos: “Cuando aquel derviche se despierte tráiganlo aquí”.

Se despertó y el sirviente le dijo: “Derviche, el propietario de este palacio quiere hablarte”. Se asustó y dijo: “¡En el Nombre de Dios! ¡A Dios me confío! ¡No hay poder ni gloria si no es en Dios, el Altísimo, el Omnipotente!”, y vino detrás de él. Llegó ante mí, me saludó, le devolví el saludo y le ordené de sentarse. Se sentó, y cuando vi que se había tranquilizado le dije: “Derviche, tú has comido el pan, tenías hambre y te has saciado”. “Sí”. “Después has dormido bien, sin preocupaciones ni pensamientos y has reposado”. “Sí”. Pensando en él dije entonces a mi alma carnal: “¡OH alma mía! ¿Qué haré con mi vida terrenal?”. El alma encontró satisfacción en lo que había visto y oído y mi conversión fue sellada por Dios en aquel mismo momento. Cuando terminó el día y llegó la noche, me vestí con un pobre manto y gorro de lana y salí, descalzo, para peregrinar hacia Dios”.

Ibrahim ibn Adam hizo la peregrinación a la Santa Casa de Dios, y mientras hacía los giros rituales alcanzó a un joven bellísimo al que todos admiraban por su gallardía y suavidad. Ibrahim lo contemplaba y lloraba. Uno de sus amigos dijo: “*Somos de Dios y a Él volveremos*” Sin duda una distracción le ha ocurrido al Sheikh...” Pero más tarde, viendo que continuaba a llorar, le preguntó: “Señor ¿Qué es este mirar lloroso?”. “Hermano –respondió Ibrahim- he concluido con Dios un pacto que no puedo anular sin ser envilecido. Este joven me pertenece, salúdalo por que es mi hijo, alegría de mis ojos. Lo dejé siendo un niño cuando salí escapado de casa, al cambiar Dios mi suerte, y he aquí que se ha hecho un hombre, como lo ves ¡y yo me avergüenzo ante Dios de volver a lo que he abandonado por Él! Ve, pues a saludarlo, a lo mejor encontraré consuelo y se apagará el fuego que me quema el hígado”.

El amigo relata: “Fui en búsqueda de aquel joven y le dije: “¡Dios bendiga a tu padre!” Respondió: “Tío ¿dónde está mi padre? Mi padre abandonó la casa escapando hacia Dios. ¡AH, si pudiera verlo, aunque sea sólo una vez y después muriese! ¡Hay de mí, Hay de mí!” y los sollozos lo sofocaban, pero continuó diciendo: “Dios mío, estaría contento con verlo solamente y después morir aquí mismo”. Volví de Ibrahim, rezaba con la frente a tierra y el pavimento estaba bañado con sus lágrimas, suplicaba al Señor y lloraba. Le dije. “Reza por él”, y el padre rezó: “Que Dios lo salve de la rebelión en contra de Su voluntad y lo ayude a comportarse como a Él le place”.

Se cuenta que uno de los reyes de **Kinda** era afecto a los placeres, al juego y a las alegres compañías. Un día salió de cacería a caballo y se separó de sus acompañantes.

Comentario [CU79]: Reino formado de la confederación de tribus árabes paganas que floreció en el siglo VI

Encontró un hombre sentado a tierra, tenía delante huesos de muertos que había recogido y los estaba mezclando. Le dijo el Rey: “¿Cuál es tu historia, por qué estás así famélico, lívido y con el cuerpo reseco? ¿Y por qué vives en soledad en este desierto?” Respondió: “Estoy a punto de partir para un largo viaje, dos vehículos me pisan los talones para trasladarme a una sede bajo la tierra, angosta, profunda, tenebrosa, torcida, en la que me darán por nodrizas tribulaciones y calamidades. Seré dejado en aquella sede tan estrecha y la hierba de la tierra se nutrirá de mi carne hasta que sean triturados mis huesos y se pudran. Recién entonces mi sufrimiento tendrá fin, si no fuera porque para ese tiempo vendré impulsado hacia el grito que llama a reunión, y tendré que afrontar el terror y el ansia del Juicio. Después... no se a cuál de las dos moradas seré asignado”.

Comentario [CU80]: El día y la noche

Habiendo escuchado estas palabras, el Rey desmontó de su caballo, se sentó ante aquel hombre y le dijo: “Tu discurso ha turbado la serenidad de mi vida y me ha quitado el dominio sobre mi corazón ¡Repítame y explícame tus palabras!”. Dijo el otro: “¿Ves estos huesos que tengo delante?”. “Sí”. “Estos eran los huesos de un Rey que en la vida terrena se había adormecido entre sus oropeles y se había dejado seducir con sus atractivos, hasta que la muerte lo ha tomado por sorpresa destruyendo sus esperanzas y privándolo de toda alegría. Estos huesos serán recompuestos y volverán a ser cuerpos humanos y recibirán lo que les corresponda por sus acciones: o la morada de la felicidad y de la seguridad, o la del castigo y la perdición”. Dicho lo cual el hombre se alejó y no se sabe dónde fuera.

Los acompañantes del Rey lo alcanzaron. Su color había cambiado y le corrían las lágrimas continuamente. Cuando llegó la oscuridad se quitó los atuendos reales, se cubrió con dos pedazos de trapo y salió a la noche abierta.

Dijo al-Fudayl ibn ‘Iyad durante una peregrinación, mientras la gente estaba en el monte Arafat: “¿Qué pensáis? si alguno fuera a pedirle a cualquier generoso una monedita de cobre ¿se la negaría?” Respondieron que no. “Pues bien, yo les digo que verdaderamente a la generosidad de Dios el perdón le significa menos que una monedita de cobre a un hombre generoso”.

Un joven que frecuentaba las reuniones de doctos predicadores, cuando sentía invocar Dios como *Aquel que extiende el velo* (de Su protección), venía sacudido por temblores, como una rama de palmera. Cuando le preguntaron por ello contó: “En una época tenía la costumbre de salir vestido de mujer y me introducía en todas las casas en que había reuniones de mujeres por bodas o cenas. Una vez fui al casamiento de la hija del Rey, y el collar de la esposa fue robado. Gritaron: “¡Cerrad todas las puertas con llave y revisad a todas las mujeres!”. Las revisaron una tras otra hasta que faltaba solamente una mujer antes de mí. Rogué a Dios con recta intención y arrepentimiento sincero diciendo: “¡Si me salvas de esta vergüenza no volveré a hacerlo jamás!”. Encontraron el collar en el cuerpo de la otra mujer y dijeron: “Dejad que se valla la última”, por lo que mi situación permaneció escondida. Desde entonces, cada vez que siento alabar a Dios como *Aquel que extiende el velo*, me acuerdo de cómo tendió su velo sobre mí y me asaltan los temblores que habéis visto”.

Le preguntaron a Bishr ibn al-Harit: “Tu nombre entre la gente es como el nombre de un Profeta ¿cómo comenzó todo esto?”. Respondió: “Por causa de la gracia de Dios. Yo era un afeminado, callejero incorregible, un día encontré por la calle un pedazo de papel, lo recogí y estaba escrito: *En el Nombre de Dios, el Clemente*,

Misericordioso, lo limpié y me lo puse en el bolsillo. No tenía más que dos *dirham*, fui a lo del perfumista y compré con ello esencia de almizcle y ámbar, con los que perfumé el trozo de papel. Aquella noche soñé que uno me decía: “¡OH Bishr! Tú has perfumado Mi nombre, y Yo verdaderamente haré fragante el tuyo en este mundo y en el otro”.

Cuenta Shibli: Estaba en viaje por Siria con una caravana cuando aparecieron los beduinos, la saquearon y mostraban a su jefe el botín. Entre todas las cosas salió a la luz una bolsa de almendras azucaradas, se las comieron, pero el jefe no lo hacía. Le dije: “¿Por qué no comes?” Respondió: “Estoy ayunando”. “¿Cómo es eso, eres un ladrón de los caminos, robas, matas gente, y mientras ayunas?” Respondió: “¡OH Sheikh, deja un poco de espacio para la reconciliación!”

Después de un cierto tiempo lo encontré haciendo los siete giros en torno a la Kaaba, con ropas de peregrino, torturado por la ascesis, consumido como un viejo odre gastado. Le dije: “¿Tu eres Tal?” Respondió: “Si, aquel que ayunaba. La reconciliación ha ocurrido”.

Cuenta uno del pasado que ciertas personas le ordenaron a una mujer bellísima de mostrarse a Rabi' ibn al-Haytam para seducirlo, prometiéndole mil *dirham* si lo lograba. Ella se puso su vestido más hermoso, se adornó con sus joyas, se perfumó con el más delicioso perfume, y se le presentó a la salida de la Mezquita. Rabi', viéndola sin el velo, fue presa de admiración y temor y le dijo: “¿Qué sería de ti si la fiebre se apoderara de tu cuerpo y desfigurara esos colores y esa belleza que veo? ¿Qué será de ti si el Ángel de la Muerte te aferra y te corta la aorta? ¿Y qué harás cuando Munkar y Nakir te interrogarán?”. Ella dio un grito y cayó desvanecida. Cuando recobró los sentidos abrazó la vida devota. El día en que le llegó la muerte se había vuelto como un tronco de palmera quemada.

Comentario [CU81]: Hombre de extrema humildad y espíritu de sacrificio, gran parte de sus devociones eran conocidas sólo por sus familiares

Comentario [CU82]: Los dos ángeles que vienen a hacer las cuentas del difunto. Se dice sean negros y de ojos azules.

Cuentan nuestros Sheikhs que el gran místico yemenita 'Isa al-Hattar encontró por la calle una cortesana y le dijo: “¡Esta noche vengo a visitarte!”. La mujer se alegró, se peinó y acicaló, sorprendida de recibir una propuesta semejante de parte suya. Aquella noche el Sheikh entró en su casa, rezó dos postraciones y salió. Por detrás la mujer le gritó: “¿Te vas?”. Respondió: “El objetivo ha sido alcanzado”. Ella se apartó de la vida que llevaba y arrepentida fue tras el Sheikh, renunció a todo lo que poseía y el Sheikh la dio como esposa a uno de los derviches.

En el tiempo de los israelitas había una meretriz que poseía un tercio de la belleza del mundo y no se daba por menos de cien *dinares*. Un devoto la vio, le gustó y se puso a trabajar con sus manos y a fatigarse hasta que reunió los cien *dinares*, se los llevó y le dijo: “Me has gustado tanto que me he puesto a trabajar con mis manos hasta que he ganado esta suma para ti”. Ella le respondió: “¡Entra!”, dentro había una cama de oro, se sentó en ella y dijo: “¡Ven!”. Cuando estuvo junto a ella como lo está el hombre con la mujer, se recordó del grado que había alcanzado en presencia de Dios, fue presa del terror y le dijo: “¡Déjame ir, y quédate con los cien *dinar*!”. La mujer exclamó: “¿Qué te sucede? Me habías dicho que me deseabas, ¿y ahora que me has obtenido te comportas de esta manera?”. Respondió: “¡Por temor de Dios y de mi rango junto a Él! Él te ha vuelto odiosa para mí y te considero la más detestable de las criaturas”. Le respondió la mujer: “Si eres sincero, no quiero a otro que tu por marido”. Él gritó: “¡Déjame ir!”. “¡No, si no me prometes de esposarme!”. Respondió: “Puede ser que ello ocurra”. Se vistió con su manto y partió a su país.

La mujer lo siguió, arrepentida de su pasado. Llegó a aquel país, preguntó por su nombre y por su casa, se la indicaron. Ella se llamaba Reina, le dijeron: “¡Reina vino por ti!”. Cuando el asceta la vio, rompió en sollozos y murió.

La mujer se arrepintió, dijo: “Este se me ha escapado, pero ¿no tiene algún pariente?”. “Tiene un hermano, un pobre hombre”. “¡Entonces esposaré al hermano por amor suyo!”. Lo esposó y Dios le dio de ella siete hijos, todos virtuosos.

LA SANTA POBREZA Y LA CONFIANZA

Cuando el Altísimo en el principio pasó revista a las criaturas, les mostró todas las artes y oficios y luego les dio a elegir. Fue entonces que algunos hombres eligieron sus oficios, luego, cuando les insufló en ellos la vida, Dios impuso a cada lengua de evidenciar lo que habían elegido, pero un grupo permaneció apartado, no habían elegido nada.

Les dijo: “¡Elegid!”. Respondieron: “Ninguna de las cosas que hemos visto nos gusta” Entonces Dios manifestó a ellos los grados de la devoción y éstos exclamaron: “¡Elegimos estar a Tu servicio, Señor!”. Dijo entonces el Señor: “¡Por mi Poder y Majestad lo juro! Haré trabajar a los otros para vosotros sin retribución y los haré vuestros siervos, y mañana os haré intercesores por aquellos que os hayan conocido y servido”.

Cuenta Anas ibn Malik: Los pobres mandaron al Profeta (P.y B.) un representante que le dijo: “OH Enviado de Dios, yo soy el enviado ante ti de los pobres”. “¡Bienvenido tu y quien te manda, vienes de parte de gente que amo!”. “OH Enviado de Dios, los pobres te mandan a decir: “Ciertamente los ricos se han llevado el Paraíso, ellos hacen la peregrinación y nosotros no podemos. Ellos hacen caridad y nosotros no podemos. Ellos libertan esclavos y nosotros no los tenemos, y cuando se enferman, distribuyendo en limosna lo superfluo de sus riquezas se preparan un tesoro depositado en el Cielo”.

Respondió el Profeta (P.y B.): “Comunica esto a los pobres de mi parte: Aquellos entre ellos que soportarán pacientemente la pobreza y harán examen de conciencia tendrán tres prerrogativas negadas a los ricos. La primera, que en el Paraíso hay una casa de rubí contemplada por los beatos como la gente de este mundo contempla las estrellas en el cielo, allí entrarán solamente los Profetas pobres, los mártires pobres, los creyentes pobres. Segunda: Los pobres entrarán en el Paraíso media jornada antes que los ricos, o sea quinientos años antes. Tercera: Cuando un pobre dice: “*¡Gloria a Dios! ¡Alabado sea Dios! ¡No hay divinidad fuera de Dios! ¡Dios es el más grande!*” con sinceridad, el rico que diga lo mismo no alcanzará nunca el mérito del pobre, para quien es doble el premio, aún si el rico pronunciando esas jaculatorias donase diez mil *dirham*. Y lo mismo para todas las buenas obras”.

El enviado regresó con los pobres y cuando les comunicó la respuesta del Profeta (P.y B.) exclamaron: “¡Estamos satisfechos, Señor! ¡Estamos satisfechos!”.

Dice Hasan al-Basri: Ha dicho el Profeta (P.y B.): “Buscad asiduamente el conocimiento de los pobres y buscad entre ellos apoyo, por que tienen un poder”. “¿Y cuál es ese poder, Enviado de Dios?”. “El Día del Juicio le será dicho a los pobres: “Buscad quien os ha dado de comer un trozo de pan, o que os ha dado una ropa, o que os a servido un sorbo de agua a beber en el mundo. ¡Tomadlo de la mano y llevadlo al Paraíso!”

Un príncipe pasó delante de la puerta de Hatim al-Asamm y pidió un baso de agua. Después de haber bebido echó en él algunas monedas y la familia se alegró, todos menos una hijita de Hatim que lloraba. Le preguntaron: “¿Por qué lloras?”.

Respondió: “Una criatura nos ha echado una mirada y nos sentimos ricos ¿Qué sería si nos mirase el Creador?”.

Habib al-Agami tenía una mujer de carácter difícil, un día le dijo: “¿Si Dios no te da nada, vete a trabajar de jornalero!”. Él salió y fue al cementerio donde permaneció rezando hasta la noche, luego regresó avergonzado por los reproches de su mujer, con el corazón preocupado por la dureza de ella. Le dijo: “Quien me ha tomado como jornalero es un generoso y me ha dado vergüenza de reclamarle el pago”.

Así siguieron las cosas por un tiempo: rezando en el cementerio hasta la noche y cada noche la mujer le preguntaba: “¿Y dónde está tu paga?”, y recibía la misma respuesta. Cuando la cosa comenzó a tirar a la larga le dijo: “¿Exígele a ese la paga o vete a trabajar para otro!”. Le prometió que pediría el dinero y salió como de costumbre. A la noche regresó a la casa temeroso de la mujer, y encontró la chimenea que humeaba y la mesa servida, mientras que la mujer, alegre y contenta le decía: “Este para el que trabajas nos ha mandado un regalo generoso, y su sirviente me ha dicho: “Di a Habib que sea aplicado en el trabajo y que sepa que no me quedo atrás en el retribuirlo, así que se consuele y que esté de buen ánimo”, después le mostró un canasto lleno de monedas de oro.

Habib lloró y le dijo a la mujer: “¿Este salario proviene de un Generoso que tiene en Sus manos los tesoros del Cielo y de la Tierra!”. Ella regresó a Dios arrepentida y juró de no recaer en su error.

Algunos Sufis le preguntaron a al-Junayd: “¿Debemos pedir nuestro sustento?”. “Si saben dónde se encuentra, pedidlo”. “¿Debemos pedirselo a Dios?”. “Si sabéis que os ha olvidado, hacedlo”. “Entonces ¿debemos permanecer en casa confiándonos a Dios?”. “Querer poner a Dios a prueba es señal de duda”. “Entonces ¿cuál es la astucia?”. “Renunciar a toda astucia”.

Un día se presentaron a Bishr unos Sufis que vestían mantos apedazados. Les dijo: “Gente mía, ¡temed a Dios y abandonad estos hábitos que os hacen reconocer por el vulgo!”. Todos callaron, menos un joven que exclamó: “¡Por Dios, en cambio nosotros lo llevaremos, y lo llevaremos y lo llevaremos, hasta que toda la gente de nuestra Fe pertenezca a Dios toda ella!”. Dijo Bishr: “¡Bien dicho jovencito! A tus pares les van bien estas ropas”.

Cuenta uno de aquellos: Vi un pobre hombre que había venido a sacar agua de un pozo del desierto. Metió dentro su balde, la cuerda se rompió y el balde se hundió en el pozo. Se quedó allí un rato y luego dijo: “¡Por Tu poder, me alejaré si no me restituyes el balde!”. Poco después vino una gacela sedienta que se aproximó al pozo y miró dentro. El agua se elevó hasta el borde del pozo con el balde que flotaba. El hombre lo aferró llorando y diciendo: “¡Dios mío! ¿Para Ti valgo menos que una gacela?”. Una voz incorpórea respondió: “¡Desgraciado, tu habías venido con el balde y la cuerda, la gacela viene sin nada por que confía en nosotros!”.

Un Tal vino a ver a al-Junayd y le ofreció quinientos *dirham* para distribuir entre los compañeros. Junayd le dijo: “¿Tienes más dinero?”. “Si, tengo mucho dinero”. “¿Y te gustaría tener más?”. “Seguro”. “Entonces toma lo que has traído, tienes más necesidad de él que nosotros”.

Un Fulano ofreció diez mil *dirham* a Ibrahim ibn Adam que los rechazó diciendo: “¿Tu quieres borrar mi nombre del registro de los pobres por diez mil *dirham*? ¡No lo hagas!”.

Un cierto Sheikh poseía un vasto patrimonio y lo utilizaba para hacer el bien. Un día un compañero suyo le dijo: “¿Señor, deshazte de todo este dinero! Esto estaría mejor para ti, según la costumbre de quien se dedica a Dios y tiene aversión por todo lo que no es Él”. Respondió: “Como te parezca. Llévate todo lo que veas que sea mío y no me dejes nada”. El derviche se llevó todo lo que encontró y lo gastó todo ese mismo día. Pero, al día siguiente comenzó a llegar dinero de todas partes para el Sheikh, hasta que llegó a amontonarse todavía más de lo que tenía antes. Entonces le dijo el Sheikh al derviche: “Cuando Dios quiere una cosa no está en nuestro poder escapar a Su voluntad”.

Cuenta el Sheikh Abu Sa'id al-Harraz: Atravesaba el desierto en una caravana cuando vi una mujer que caminaba a pie delante de nosotros. Pensé: “Esta es una débil mujer, va delante de la caravana para evitar quedar rezagada”. Tenía unas monedas, las saqué del bolsillo y le dije: “Ten, y cuando la caravana se detenga búscame y te redondearé una suma con la que procurarte un medio de transporte”. Entonces ella alargó la mano y aferró algo en el aire, eran monedas que me dio diciendo: “Tu las sacas de tu bolsillo y nosotros del mundo sobrenatural”.

Cuenta uno aquellos: Estaba en compañía de una comitiva de pobres que iban a visitar un moro de nombre Muqbil, guardián de un huerto. Entramos en un campo de berenjenas y encontramos al negro rezando. Lo saludamos y esperamos sentados que terminara sus plegarias. Cuando terminó sacó de unas alforjas pan seco y sal gruesa y nos ofreció de comer. Mientras comíamos hablamos de los prodigios que hacen los santos, pero él se mantenía callado. Uno de sus huéspedes le dijo: “¿OH Muqbil, hemos venido a encontrarte y no nos cuentas nada?”. Respondió: “¿Qué soy yo, qué les puedo contar? Conozco a alguien que si le pidiese a Dios de transformar estas berenjenas en oro, se volverían de oro”.

¡Juro por Dios, no había terminado de hablar que vimos a las berenjenas encenderse del color del oro! Uno de los presentes le dijo: “OH Muqbil ¿hay algún modo de obtener aunque sea sólo una planta de estas berenjenas?”. Respondió: “¡Tómala!”. Entonces aquel aferró una planta y la sacó con todas sus raíces, era enteramente de oro. Se le desprendió una pequeña berenjena que conservo todavía. Muqbil después pidió al Señor de hacer volver el campo como estaba antes, y así ocurrió, en el lugar de la planta erradicada había otra.

LOS ERMITAÑOS Y LOS VAGABUNDOS

Cuenta Omar al-Bannani: Encontré un monje en un cementerio, en la mano derecha tenía piedritas blancas y en la izquierda piedritas negras. Le dije: “Monje, ¿qué haces aquí?”. Respondió: “Cuando mi corazón se extravía vengo en medio de las tumbas y medito acerca de los que están dentro”. “¿Y estas piedritas que tienes en las manos, qué significan?”. “Cuando hago una buena acción pongo una blanca entre las negras, y cuando hago una acción malvada pongo uno de estos negros entre los blancos. Cuando llega la noche las miro, y si las acciones buenas superan las malvadas, ceno y me pongo a recitar el oficio. En cambio, si prevalecen las malas acciones, esa noche no como ni bebo. Esta es mi condición. Y que la paz sea contigo”.

Cuenta ‘Abd al-Wahid ibn Zayd: pasando junto a un ermitaño le pregunté: “¿Desde hace cuanto estás aquí?”. Respondió: “Desde hace veinticuatro años”. “¿Quién te hace compañía?”. “El Único, el Eterno”. “¿Y entre las criaturas?”. “Los animales salvajes”. “¿De qué te nutres?”. “De alabar a Dios”. “Pero ¿qué comes?”. “Los frutos de estos árboles y las hierbas de la tierra”. “¿Deseas a alguien?”. “Si, al Amado del corazón de los místicos”. “¿Y entre las criaturas?”. “Quién clama a Dios ¿cómo podría desear a otro?”. “¿Por qué te has apartado de los seres humanos?”. “Por que me turbarían los pensamientos y me cerrarían la senda que conduce a Él”. “¿Cuándo ocurre que el devoto conozca la senda de la recta dirección?”. “Cuando huye hacia su Señor, dejando toda cosa que no sea Él y se dedica a alabarLo, sin tener otra ocupación”.

Preguntaron a al-Junayd: “¿De quien has aprendido la Ciencia Religiosa?”. Respondió: “Sentado a la vista de Dios bajo aquel escalón” y señaló una escalera de su casa.

Cuenta el Sheikh Abu Abdallah al-Iskandari: Me encontraba vagando por el monte Lukkan en la esperanza de encontrar hombres o mujeres piadosos. Dios me hizo alcanzar el objetivo. La primera persona que encontré fue una mujer, viéndola dijo mi corazón: “Hubiera preferido encontrar un hombre”, y ella exclamó: “¡OH Abu Abdallah, tu caso me asombra! ¿Cómo puede desear encontrar un hombre quien no ha alcanzado todavía el nivel de las mujeres?”. Le respondí: “¿Tienes grandes pretensiones!”. Respondió: “Está prohibido arreglárselas con pretextos sin suministrar alguna prueba”. “¿Y tu, qué pruebas tienes?”. “Él hace para mí lo que yo quiera, por que yo soy para Él como Él me quiere”. “Entonces ¡quiero, inmediatamente, un pescado fresco horneado!”. Dijo: “¡Este deseo es producto de tu bajo nivel espiritual y de tu glotonería! ¡Por qué no le has pedido de dar alas a tu ardor para volar a Él como vuelo yo!”. Y así diciendo remontó vuelo.

Juro por Dios que no había jamás probado una amargura tal por mi miseria y una mayor dulzura por la superioridad de ella. Corrí detrás gritando: “¡Mi señora, en el nombre de Aquel que te ha dado lo que me ha negado a mí, que contigo ha estado generoso y que me ha abandonado, seme generosa con tu plegaria!”. Respondió: “¡Tu no quieres plegarias más que de los hombres!”.

Cuenta un cierto Sheikh: Salí con Abu ‘Ali al-Badawi para visitar uno de nuestros hermanos y nos internamos en el desierto. Nos sorprendió el hambre y hete aquí que encontramos una loba que escarbaba la tierra sacando tartufos que tiraba de nuestra parte. Tomamos suficientes y seguimos adelante. Encontramos un león, y al acercarnos comprobamos que era ciego. Nos detuvimos asombrados de su caso cuando vino un cuervo con un gran pedazo de carne en el pico, batió las alas cerca de la oreja del león que abrió las fauces y le metió dentro la carne. Él me dijo: “Este prodigio es para nosotros, no para el león”.

Seguimos en aquel desierto por algunos días y llegamos a una choza en la que vivía una vieja decrepita que no poseía nada. Junto a su puerta había una roca cóncava. La saludamos y nos detuvimos allí con ella. Se ocupaba solamente de rezar. Anocheció y salió de la choza después de haber hecho la plegaria nocturna, tenía en mano dos panes y un trozo de pasta de dátiles, nos dijo: “Entrad en casa y tomad vuestra parte”. Adentro había cuatro panes y dos trozos de pasta de dátiles, siendo que en aquel lugar no había palmeras. Después de cenar llegó una nube y dejó caer la lluvia sobre la piedra cóncava hasta llenarla, sin que una sola gota cayese fuera. Le preguntamos a la vieja: “¿Desde hace cuanto que vives aquí?”. “Desde hace setenta años. Mi Señor me da de beber y comer, como habéis visto. Todas las noches, en verano y en invierno, llega la nube, el pan y los dátiles”. Después preguntó: “¿Hacia dónde os dirigís?”. “Buscamos a Abu Nasr”. “Es un buen hombre. ¡Ven Abu Nasr, tienes visitas!” y Abu Nasr se nos apareció delante nuestro saludando. Entonces dijo la vieja: “Cuando el hombre obedece a Dios, Dios le obedece a él”.

Comentario [CU83]: Noche 473 de Las Mil y Una Noches.

Subí al monte Líbano con una comitiva buscando un asceta que vivía allí. Después de tres días de camino me hice mal en un pie y permanecí sentado en un promontorio mientras mis compañeros daban vueltas por las vecindades. Esperaba que regresasen, pero no volvieron, por lo que permanecí sólo hasta el otro día. Fui a buscar agua y encontré una surgente, hice las abluciones y mientras cumplía mis oraciones escuché una voz que salmodiaba. Terminada la plegaria fui en esa dirección y encontré una gruta y descubrí que allí estaba sentado un ciego.

Lo saludé, respondió al saludo y preguntó: “¿Eres un *gin* o un hombre?”. Respondí: “¡No, un hombre!”. Y él: “¡No hay divinidad aparte de Dios, Único, sin asociados! Desde hace treinta años que no veo por aquí a ningún ser humano”. Luego me dijo: “A lo mejor estás cansado, ven y acomódate”. Entré en la gruta, vi que había tres tumbas alineadas, me tendí y me dormí junto a ellas.

Llegada la hora de la plegaria del medio día el ermitaño me llamó, no he visto a nadie que conociera mejor que él el horario de la plegaria. Terminado el rezo del medio día, permaneció en pie y recitó esta oración: “Señor, corrige la nación de Muhammad. Señor, ten misericordia de la nación de Muhammad. Señor, consuela la nación de Muhammad”. Cuando rezamos juntos al atardecer, le pregunté: “¿De dónde has sacado esa oración?”. Respondió: “Quien la pronuncia tres veces al día, Dios lo inscribe entre los *Abdal*”. “¿Quién te la ha enseñado?”. “Tu Fe no soportaría un secreto tal”.

Después del rezo de la noche, me dijo: “Entra en la gruta y come lo que encuentres”, encontré que sobre una roca estaban montoncitos separados de almendras, pasas de uva, manzanas, higos y bayas verdes. Comí. El viejo permaneció en vela toda la noche, al alba se apartó para rezar, comió y durmió sentado hasta la hora de la plegaria de la aurora. Cuando el sol estaba alto en el horizonte hizo la ablución y entró en la gruta. Le pregunté: “¿De dónde vienen estas frutas? son las mejores que he probado”. Respondió: “Veras, es una ayuda que recibo”. En eso entró un pájaro de

alas blancas, el pecho colorado y el lomo verde, tenía en el pico un ramito de uva moscatel y entre las patas una almendra, dejó la uva en el montoncito de uvas y la almendra en el puñado de almendras. “Este pájaro –dijo el ermitaño– me trae la fruta desde hace treinta años, viene a mi siete veces al día”. Ese día, sin embargo, vino quince veces, por que estaba yo.

El viejo vestía un hábito hecho con el interno de la corteza de un árbol parecido al banano, me explicó que para la fiesta de **ashurah** el pájaro le traía diez pedazos de aquella corteza con los que se hacía una túnica y un manto, para ello se sentaba sobre una alfombrita de corteza y utilizaba una gruesa aguja que tenía consigo para coserlo. Junto a él tenía un cuenco en que llenaba con agua, con las gotas que caían se bañaba los cabellos y se afeitaba la cabeza.

Mientras estaba con él entraron siete individuos, sus ojos eran rojos y las pupilas verticales, cubiertos sólo con sus propios cabellos. El ermitaño me dijo en persa: “¡No tengas miedo de ellos, son *gins* musulmanes!”. Uno de los gins recitó delante de él la Sura Ta Ha del Corán, otro la Sura de la Distinción, un tercero salmodió algunas aleyas de la Sura Del Misericordioso y luego se fueron.

Permanecí allí veinticuatro días, finalmente me dijo: “Cuéntame tu historia ¿cómo has llegado hasta aquí?” se lo expliqué, observó: “De haber sabido esto no te habría retenido conmigo tanto tiempo por que tus compañeros están afligidos y se arrepienten de haberte dejado atrás. Es mejor que tu vuelvas con ellos”. “¡Pero es que yo no conozco el camino!”. Permaneció taciturno, cuando estaba por desaparecer el sol exclamó: “¡Levántate y ve!”. “Dame algún consejo”. “Te recomiendo soportar el hambre y ser cortés con todos, y además quiero hacerte un regalo, cuando vallas en peregrinación a la Mecca, el día de **ziyarah**, después de la plegaria del medio día, busca entre el pozo del Zamzam y la estación de Abraham un hombre (me lo describió) y cuando lo encuentres salúdalo y pídele que rece por ti”.

Salimos juntos de la gruta, en la puerta encontramos un león, el ermitaño le habló en una lengua incomprensible para mí y luego me dijo: “Síguelo, y cuando se detenga mira a derecha y a izquierda y encontrarás el camino”. El león caminó delante de mí por una hora y se detuvo, miré a la derecha y me encontré en la colina de Damasco. Entré en la Mezquita, allí estaba uno de mis compañeros y le conté lo ocurrido. Con un importante grupo de gentes nos pusimos en camino para reencontrar aquel monte, buscamos la gruta durante tres días sin encontrarla, entonces me dijeron: “¡Fue una cosa revelada a ti y velada para nosotros!”.

Todos los años iba en peregrinación y buscaba al hombre que me había descrito, pero lo encontré recién después de ocho años, entre el pozo de Zamzam y la estación de Abraham, después de la plegaria del medio día. Lo saludé, me regresó el saludo, le pedí de rezar por mí y recitó varias oraciones. Le dije: “Ibrahim al-Kirmani te saluda”. “¿Dónde lo has visto?”. “En el monte del Líbano”. “¡Dios tenga misericordia de él!”. “¿Acaso ha muerto ya?”. “Si, hace poco lo he sepultado en la gruta junto a sus hermanos. Rezamos por él, y mientras lo estábamos lavando llegó el pájaro que le traía de comer, cayó junto a él y comenzó a batir las alas hasta que murió. Lo enterramos a sus pies”.

Después de dicho esto, se metió en la fila de los peregrinos que hacían el giro a la Kaaba y no le vuelto a ver.

Comentario [CU84]: “Diez”, Literalmente. Corresponde al 10 de muharram, día de ayuno voluntario para los musulmanes. En el calendario hebraico son diez días en que se ayuna y que van del Año Nuevo al Kippur

Comentario [CU85]: Día en que se hace la visita a la tumba del Profeta (P.y B.)

Abu Sulayman al-Magrabi, que llevaba una vida solitaria en el campo, cerca de Tartús, cuenta: Un día estaba sentado al borde de una cisterna cuando vi pasar un joven que venía del poblado de Lamesh y andaba camino de Tartús. Me quedaba todavía algún dinero y pensé en dárselo a aquel pobre derviche para pudiera comprarse algo de comer cuando llegase a la ciudad. Cuando estaba cerca metí la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo en el que tenía el dinero, pero el derviche movió los labios y todo el terreno a mi alrededor se convirtió en oro resplandeciente, tanto que lastimaba la visión. Quedé tan estupefacto de veneración que ni siquiera fui capaz de saludarlo.

Algunos días después lo encontré fuera de Tartús, sentado al pie de una de las torres de la ciudad y tenía delante un cubo lleno de agua. Lo saludé y le pedí de darme algún consejo. Alargó el pie y volteó el cubo diciendo: “La abundancia de palabras absorbe las buenas cosas como la tierra absorbe el agua. ¡Que esto te baste, ahora vete!”.

LOS PILARES DEL ISLAM

Comentario [CU86]: Son cinco, aparte de los tres que menciona el autor, figuran: la profesión de fe y la limosna legal.

LA PLEGARIA

Rabi' ibn al-Haytam un día estaba haciendo sus plegarias a cielo abierto, con el caballo atado delante de él. Vino un ladrón, desató el caballo, lo montó y se alejó. Rabi', que veía todo, no interrumpió la plegaria, siendo que el caballo le había costado veinte mil *dirham*.

Los amigos le reprocharon: “¿Qué es este desinterés? ¿Ves al ladrón que te está robando el caballo y te quedas callado? ¡Muy bien habrías podido interrumpir la plegaria, recobrarlo y después retomarla!”. Respondió Rabi': “Amigos míos, estaba haciendo una cosa que para mí es mucho más importante que un caballo, o que cien mil caballos, y por otra parte, aquel caballo ya lo había entregado al servicio de Dios”.

Le preguntaron a Abu Hamzah: “¿De qué manera haces tus plegarias?” y respondió: “Hago minuciosamente la ablución, de acuerdo a todas las reglas y conforme a como la practicaba el Profeta (P.y B.), luego me oriento en dirección a la Meca y me imagino delante de los ojos a la Santa Casa de Dios, el Paraíso a mi derecha, el *sirat* bajo mis pies y Dios que me mira desde lo alto. Y pienso que a lo mejor tras esa última plegaria no volveré ya poder hacerlo, y que no se si Dios la aceptará o me lo echará en cara”. “¿Desde hace cuanto que rezas de esta manera?”. “Desde hace cuarenta años”. “¿Quisiera haber rezado de esta manera aunque sea una sola vez en mi vida!”.

Comentario [CU87]: Puente por el que se ingresa al Paraíso pasando por sobre el infierno

Cuenta el Sheikh Abu al-Rabi' al-Malik: Estaba en la Mezquita junto al Sheikh Abu Muhammad Sayyid ibn 'Ali al-Fahhar, y tenía la costumbre de cuidarme de no alzarme para recitar mi plegaria antes de que él no estuviese ya de pie. Una noche se levantó e hizo sus abluciones mientras yo estaba todavía despierto, luego se orientó en dirección a la Meca y dijo: “En el Nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso” y comenzó a recitar la plegaria. En ese momento vi que se abría la pared y salí de allí una persona que tenía en las manos un tazón de blanca miel, y cada vez que el orante abría la boca, le metía en ella un bocado de miel. Por la mañana le dije: “He visto esto y aquello”. Le saltaron las lágrimas de los ojos cuando respondió: “¡Tal es la dulzura del Corán!”.

Cuenta un devoto: Esposé una mujer que tenía esta costumbre: después de la plegaria de la noche se vestía bien, se perfumaba con esencias e incienso y venía a mí diciendo: “¿No quieres nada?”. Si la retenía permanecía conmigo, si le decía que no, se quitaba todos sus ornamentos y permanecía rezando hasta el amanecer.

Cuenta Ga'far ibn Sulayman: Dando vueltas por Basora con Malik ibn Dinar, pasamos junto a un edificio en construcción y nos encontramos con joven sentado –yo no había visto jamás un rostro más hermoso que el suyo– que daba órdenes a los albañiles diciéndoles: “¡Haz esto, hagan aquello otro!”. Malik me dijo: “¿haz visto ese joven y la belleza de su rostro, y el cuidado con que se toma esta obra? Siento un gran

deseo de pedirle al Señor que lo salve y que lo ponga entre los jóvenes del Paraíso. ¡OH Ga'far, entremos en su cas!"

Entramos y lo saludamos, nos devolvió el saludo sin reconocer a Malik, pero cuando se dio cuenta de quien era se levantó y preguntó: "¿Deseáis alguna cosa?". Respondió Malik: "¿Cuánto tienes intención de gastar en esta construcción?". "Cien mil *dirham*". "¿No quieres en cambio darme esta suma para que yo la ponga en la cuenta de Dios y te garante a nombre Suyo un palacio en el Paraíso, mejor que este edificio, con sus esclavos y sirvientes, con cúpulas y pabellones de rubí encastrados de gemas? Su tierra es de azafrán, su barro de almizcle, mucho más grande que este edificio tuyo, jamás caerá en ruina, ninguna mano lo tocará, no será construido por albañiles: el Magnífico dirá: "Sea", y será".

Contestó el joven: "Concede una noche de tiempo y ven a verme mañana al amanecer". Malik consintió y pasó la noche pensando en aquel joven, cuando despuntó el día comenzó a rezar y permaneció orando largamente. Por la mañana salimos temprano y encontramos a aquel joven sentado a la puerta de su edificio. Ni bien lo vio, Malik lo interrogó con alegría: "¿Qué nos dices de la charla de ayer?". "Acepto". Malik se hizo traer papel y tinta y escribió: "En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, esto es lo que garante Malik ibn Dinar al Tal hijo de Tal: Soy garante de parte del Altísimo por un palacio correspondiente a mi descripción a cambio de tu edificio, y que si habrá algo de más, será a cargo de Dios. Te lo compraré con este dinero en el Paraíso, mucho más grande que este edificio, con árboles frondosos, junto al Omnipotente, al Magnífico". Plegó el escrito, lo consignó al joven y nos llevamos el dinero. Era apenas caída la tarde que a Malik no le quedaba ni siquiera para el precio de una cena.

Cuarenta días después Malik, terminada la plegaria matutina, encontró en el Mihrab un escrito, lo abrió y decía: "Satisfacción de parte de Dios, el Poderoso, el Sabio, para Malik ibn Dinar. Hemos pagado a aquel joven el palacio del que te habías hecho garante, aumentado setenta veces el doble". Malik quedó absorto, tomó el escrito y fuimos a la casa del joven. La puerta estaba pintada de negro y se escuchaban llantos dentro. Preguntamos: "¿Se encuentra el joven?". "Ha muerto ayer".

Hicimos venir al que lava los cadáveres. "¿Lo has lavado tu?". "Sí". "Cuéntanos cómo ha muerto". "Antes de morir me dijo: "Cuando haya muerto y me hayas lavado, al envolverme en el sudario pon este escrito entre mi cuerpo y el sudario". Así lo hice y así fue sepultado". Malik sacó a relucir la copia del contrato y el hombre exclamó: "¡Esto es idéntico al escrito que me dio! ¡Se lo puse con mis propias manos entre su cuerpo y el sudario!". Y se puso a llorar copiosamente.

Uno de los presentes dijo: ¡OH Malik, recibe de parte mía dos cientos mil *dirham* y dame la misma gracia...!" "¡Aléjate de mí! —Exclamó Malik— Lo que ha sido ha sido y lo que pasó, pasó. Dios hace lo que le place y decide lo que quiere". Cada vez que Malik se acordaba de aquel joven lloraba y le pedía a Dios que le tuviera misericordia.

Cuenta Abu Ahmad al-Hulasi: Tuve una madre piadosa que un día, encontrándonos en la miseria, me dijo: "Hijo mío ¿hasta cuando estaremos en este aprieto?". Al amanecer recé: "Señor, si hay algo para mí en la vida futura, anticipame algo en este mundo". Entonces vi una luz en un rincón de la habitación, me llegué hasta allí y encontré la pata de un sofá, de oro, cuajada de gemas. Le dije a mi madre: "Toma", y fui a la Mezquita.

Cuando regresé a casa mi madre me dijo: "¡Disculpa Hijo mío! Después que saliste me quedé dormida y soñé que entraba en el Paraíso y veía un palacio, sobre la puerta estaba escrito: *"No hay divinidad si no es Dios y Muhammad es el enviado de Dios.*

Esto es de Abu Ahmad al-Hulasi” Pregunté: “¿Es de mi hijo?”, alguno me respondió que si. Entré, vagué por las habitaciones y en una de ellas he visto los lechos, y a uno de ellos le faltaba una pata. Dije: “¿Qué feo aspecto tiene este en medio de los otros!”, y alguno me dijo: “La pata que falta la has tomado tu”. Grité: “¿Devuélvanla a su lugar!”, y cuando me desperté la pata de oro que me habías dado ya no estaba”.

EL AYUNO

Cuenta Dhul Nun: Un joven del Khorasán vino a nosotros y permaneció en la Mezquita por siete días sin probar bocado. Se lo había ofrecido, pero lo rechazó. Un día entró un mendigo y el del Khorasán le dijo: “Si te dirigieras a Dios en vez de a Sus criaturas, estarías satisfecho”. Respondió el mendigo: “¿No llego a tanto!”. “¿Qué deseas?”. “Saciar mi hambre y cubrir mi desnudez”. El joven se adelantó hasta el Mihrab y efectuó dos postraciones, luego regresó trayendo ropas nuevas y un plato de frutas.

Yo le dije: “OH siervo de Dios, ¿Cómo es que eres honrado con tal proximidad a Él y no comes desde hace siete días?” Se sentó sobre sus talones y dijo: “OH Abu al-Fayd ¿Cómo sería posible que la lengua se ponga a pedir mientras el corazón está lleno de la luz de quien goza de Dios?”. “Entonces –le dije- ¿Quiénes gozan de la Dios no piden nada?”. “Algunos lo hacen para demostrar su confianza, otros por solicitud, y otros por amor al prójimo”.

A continuación se unió a nuestra plegaria, después tomó el kashcul y salió de la Mezquita como para andar a hacer la ablución, pero no volvimos a verlo.

LA PEREGRINACION

Cuenta Junayd: Fui en peregrinación, llegué a la Meca al atardecer y me uní a la multitud en la circunvalación a la Caaba. Una joven cerca de mí comenzó a improvisar versos en los que se dirigía a Dios con amorosa familiaridad. Se lo reproché y ella me preguntó: “OH Junayd ¿tu giras en torno a la Caaba o en torno al Señor de la Caaba?”. Respondí: “Giro en torno a la Caaba”. Ella alzó los ojos al cielo y exclamó: “¿Gloria a Dios. Cómo es inescrutable Tu voluntad para con tus criaturas! *¡Hay hombres como piedras que giran en torno a piedras!*”. Me desvanecí. Cuando recobré los sentidos no volví a verla.

Decía el Sheikh Abu Muhammad ‘Abdallah ibn al-Fadl: “Es de sorprenderse de quien atraviesa los valles, desiertos y pedregales para llegar hasta el Santuario de la Mecca, por que allí se encuentran los rastros del Profeta de Dios. ¿Por qué entonces no atraviesa su alma carnal y sus pasiones para llegar a su propio corazón, donde se encuentran los rastros de su Señor?”.

Uno de aquellos me ha dicho de haber visto en torno a la Caaba ángeles, Profetas y Santos, especialmente en la noche del viernes, del lunes y del jueves, y mencionó por su nombre a un gran número de ellos. Cada Profeta ocupa un lugar junto a la Caaba y

allí se detiene rodeado de numerosos seguidores. Nuestro Profeta Muhammad (P. y B.) lo hace rodeado de innumerables Santos, muchos más que los otros Profetas.

Cuenta uno de aquellos: Entre los peregrinos que hacían los giros en torno a la Caaba, vi un joven extenuado por la ascesis que giraba apoyándose en un bastón. Le pregunté de dónde venía y respondió: “Del Khorasán” y después me preguntó: “¿Cuánto tiempo empeñáis en llegar a la Mecca?” “Dos o tres meses”. “¿Y no venís en peregrinación todos los años?”. Le pregunté: “¿Y a ti cuanto tiempo te toma venir desde tu país?”. Respondió: “Cinco años”. Exclamé: “¡Esto es verdadero mérito y amor sincero!”.

Cuenta Abu Muhammad al-Tarabulusi: Cierta vez me encontraba en el país de Ifriquiya (Tunes), en la primera semana del mes de La Peregrinación cuando me encontré con que tres hombres estaban de pie a mi lado y que me decían: “¿quieres venir en peregrinación con nosotros?”. “Acepto”. “¿Confíate a la bendición del Altísimo!”. Con uno que me precedía y los otros dos que me seguían nos pusimos en camino. Cuando llegaba la noche, uno de ellos salía del camino para después regresar con una carga de bananas diciendo: “Me las dio una vieja”.

Después de tres días de viaje uno de los compañeros me dice: “¡Mira Abú Muhammad, aquellas son las montañas de la costa de la Arabia!”. Hice con ellos La Peregrinación, contento de su compañía, mas cuando llegó el momento de retornar me dijeron: “¡Tu estás bajo la custodia de Dios!”. “¿Queréis separaos de mí?”. Respondieron: “Es inevitable”. Tomé el camino de Aidab, llegué a Asuán y mi alma carnal me sugería: “¡Ve hasta Alejandría, a lo mejor encontrarás algún conocido que te llevará por mar hasta el Maghreb!”, pero yo le respondía: “¿Acaso no has estado al seguro hasta ahora? ¡Por Dios, regresaré al punto de partida internándome en el desierto!”.

Cuando quería hacer la ablución o beber, decía: “¡Por la grandeza del Adorado, dame agua para beber y para lavarme!”, y de una nube que me hacía sombra a lo largo del camino, comenzaba a llover hasta que se formaba un espejo de agua en el que yo bebía y me lavaba. Cuando tenía hambre, hacía lo mismo. Así, caminando, regresé al punto de partida.

Cuenta ‘Abdallah al-Gawhari: Un año durante La Peregrinación estaba sobre el monte Arafat y al término de la noche me dormí, vi entonces a dos ángeles bajar del cielo y uno le dice a su acompañante: “¿Cuántos han venido en peregrinación este año?”. Respondió el otro: “Seis cientos mil. De ellos sólo seis almas han sido aceptadas por Dios.” Estaba ya por abofetearme la cara y llorar por mi alma cuando el primer ángel preguntó: “¿Y qué hará Dios con todos estos otros?”. “El Generoso los mirará con el ojo de Su liberalidad y a cada uno de los elegidos le hará el don de cien mil almas, perdonando a seis cientos mil por amor a seis”.

Cuenta ‘Ali ibn al-Muwaffaq: He hecho La Peregrinación a La Meca más de cincuenta veces, ofreciendo la recompensa por esta obra meritoria al Profeta (P. y B.), a los primeros cuatro Califas y a mis padres. Mientras estaba haciendo otra peregrinación, al mirar a los peregrinos reunidos sobre el monte Arafat, escuchando el rumor de sus voces, exclamé: “¡Señor, si hay alguien entre todos ellos de quien Tu no aceptes La Peregrinación, yo le regalo esta peregrinación mía, que sea para él la recompensa!”

Comentario [CU88]: Modo de referirse a la vida mundana

Comentario [CU89]: El rito principal de La Peregrinación es el día en que la gente permanece reunida sobre el monte Arafat, a establecer un silencioso vínculo interior con Dios.

Aquella noche vi en sueños al Señor que me decía: “OH ‘Ali ibn al-Muwaffaq, por la generosidad que has demostrado, Yo perdono a todos esos peregrinos, y a otros tantos como a ellos, y he puesto a cada uno de ellos como intercesor por sus familiares, amigos y vecinos, siendo que Yo Soy aquel que protege y perdona”.

MOISES

Una vez Moisés fue al desierto para invocar la lluvia acompañado por más de setenta mil personas, y rezó: “Mi Señor, derrama Tu lluvia y expande sobre nosotros Tu misericordia. Ten piedad de nosotros por amor a los niños de pecho, a los animales, a los campos de pastoreo y a los viejos arrodillados”. Pero el cielo se mostraba sereno y el sol que recalentaba el aire. Entonces Moisés rezó: “Señor, si la gloria que Tu me has dado se ha agotado, te pido por la gloria del Profeta Muhammad (P. y B.), que Tu enviarás al mundo en los últimos tiempos: ¡Danos la lluvia!”.

Dios le habló por inspiración a Moisés: “La gloria que te Hemos dado no se ha agotado. Verdaderamente eres bienvenido junto a Mi, si no que entre vosotros hay un siervo que Me es rebelde desde hace cuarenta años. Exhorta a la gente a expulsarlo, por que es él quien impide que os llegue la lluvia”. Respondió Moisés: “Dios mío, soy un siervo débil, mi voz está sofocada ¿cómo sería escuchada por ellos, que son más de setenta mil?”. Dios le comunicó en una inspiración: “¡A ti te corresponde hablar y a Mí hacer escuchar tus palabras!”. Moisés, entonces, gritó: “¡OH siervo rebelde que te opones a Dios desde hace cuarenta años, sal de entre nosotros por que la lluvia nos es negada a causa tuya!”.

El rebelde se volvió a diestra y siniestra y vio que nadie se movía, supo que era él el buscado se y dijo a sí mismo: “Si salgo de entre esta gente seré cubierto de vergüenza delante de los jefes de Israel, si permanezco entre ellos sufrirán por mi causa”. Se cubrió la cabeza con el manto y arrepentido de su vida rezó: “Dios mío y Señor mío, te he sido rebelde por cuarenta años y me has concedido una dilación. Ahora regreso a Ti obediente ¡Recíbeme!”. No había terminado de hablar que se levantó en el cielo una nube blanca y comenzó a derramar agua como de boca de odres. Moisés exclamó: “Dios mío y Señor mío ¿Por qué mandas la lluvia si ninguno de nosotros ha salido?”. Respondió: “He mandado la lluvia gracias a aquel por el cual la había negado”. “Señor –rezó Moisés- muéstrame ese siervo obediente”. “OH Moisés, no lo he avergonzado cuando me desobedecía ¿debo avergonzarlo ahora que me obedece? Moisés, Yo que detesto a los maledicientes ¿debo ahora volverMe malediciente?”.

Cuenta Ka'b al-Ahbar: En los tiempos de Moisés los israelitas sufrieron sequía y lo invitaron a hacer por ellos la plegaria. Dijo: “Venid conmigo al monte”, y cuando estaban en el monte, Moisés ordenó: “Aquellos que hayan cometido algún pecado no deben seguirme” por lo que se regresaron todos menos un tuerto de nombre Baruk, el Devoto. Moisés le dijo: “¿No has sentido lo que dije?”. “Si, lo he sentido”. “¿Y tu no has cometido jamás un pecado?”. “Una cosa se que te la diré ahora, y si es pecado me voy”. “¿Qué fue?”. “Andando por la calle vi abierta la puerta de una habitación. Espié con este ojo que me falta, a la persona que estaba dentro, no se si era hombre o mujer, y por ello le dije a mi ojo: “¡Eres tu quien desde mi cuerpo me llevas a la culpa! ¡No te quiero por compañía!”. Me hundí el dedo en el ojo y me lo arranqué. Si esto fue pecado, me voy”.

Respondió Moisés: “No fue pecado” y luego le dijo: “¡Pide tu por la lluvia, OH Baruk!”. El tuerto rezó: “¡Santo, Santo, Tus reservas no se agotan ni Tus tesoros

tienen fin! A Ti no se Te acusa de avaricia, ¿por qué entonces Te comportas de una manera que no conocíamos? ¡Mándanos pronto la lluvia, pronto!”

Cuando Moisés y Baruk bajaron del monte, se hundían en el barro, gracias a la Misericordia de Dios.

SALOMÓN

El Altísimo reveló a Salomón de ir a la orilla del mar para ver un prodigio. Acompañado de su corte de genios y hombres fue hasta allí, pero llegando a la playa se volvió a diestra y siniestra sin ver ningún prodigio. Le dijo entonces a un geniecillo: “Sumérgete en el mar y dime qué has encontrado”. Obedeció y después de un cierto tiempo regresó diciendo: “¡OH Profeta de Dios! Me he sumergido en este mar, pero no he alcanzado el fondo y no he encontrado nada”. Salomón le ordenó a otro geniecillo: “Sumérgete en el mar y regresa para decirme qué has encontrado”. Lo hizo, pero también éste regresó al tiempo diciendo de no haber encontrado nada, aunque había llegado a una profundidad del doble que el anterior. Entonces Salomón le dijo a Asif ibn Barakia, su Visir (Mencionado en el Corán como “*Aquel que conocía El Libro*”): “Hazme saber qué es lo que hay en este mar”. El Visir hizo salir de las profundidades del mar una cámara con cúpula, hecha de un material blanco como el alcanfor, con cuatro puertas, una de madreperla, una de rubí, una de corindón y una de esmeralda. Las puertas estaban todas abiertas, pero no penetraba ni una gota de agua, aún cuando la cámara se encontraba a una profundidad del doble de la que había alcanzado el segundo geniecillo.

Asif depositó la cámara delante de Salomón y adentro estaba un joven de fresca belleza, con vestidos limpios, de pie en oración. Salomón entró en la cámara, saludó al joven y le dijo: “¿Quién te ha arrojado al fondo del mar?”. “¡OH Profeta de Dios! Mi padre era paralítico y mi madre ciega. Pasé setenta años sirviéndolos. Cuando estaba por morir mi madre dijo: “Señor ¡alarga la vida de mi hijo en Tu obediencia!”, y cuando mi padre estaba por morir dijo: “Señor ¡sírve de mi hijo en un lugar donde Satanás no pueda llegar a él!”. Después de haberlos enterrado vine a esta playa y vi esta cámara, entré para admirar su belleza y un ángel llegó y la arrojó al fondo del mar”.

Preguntó Salomón: “¿En que tiempo fue que viniste a esta playa?”. “En tiempos de Abraham, el Amigo de Dios”. Salomón consultó las crónicas y vio que habían pasado mil años, y aquel era un joven sin trazas de canicie. Le preguntó qué cosa comía y bebía en el fondo del mar. Respondió: “Cada día llegaba a mí un pájaro verde trayendo en el pico una sustancia amarilla, grande como la cabeza de un hombre, comiéndola encontré que era un alimento de perfecta bondad y me quitaba el hambre y la sed, el calor y el frío, el sueño, la debilidad y la tristeza”. Salomón le preguntó: “¿Estarías contento permaneciendo entre nosotros o debemos regresarte a donde estabas?”. “¡Devuélveme, OH Profeta de Dios!”. Salomón ordenó a Asif de arrojarlo al mar y así se hizo. Entonces se dirigió a los presentes y concluyó: “¡Miren cómo Dios satisface las plegarias de los padres! ¡Cuidaos de desobedecerlos!”.

Un tal se presentó a Salomón y le dijo: “OH Profeta de Dios, quisiera que tu le pidieras al viento de transportarme a la India por que debo irme inmediatamente”.

Comentario [CU90]: Tal vez se trate del talmúdico Ben Perachia que habría aprendido la magia en Egipto, conocido a Jesús y operado milagros por estar en posesión del Supremo Nombre de Dios.

Tanto insistió que Salomón ordenó al viento de llevárselo. Una vez que se había ido, Salomón al volverse vio al Ángel de la Muerte junto a él, que sonreía. Le preguntó: “¿Por qué sonríes?”, le respondió: “Me maravillo de aquel hombre: Se me había ordenado tomar su alma en India en este momento, y estaba reflexionando sobre cómo podría llegar a la India en un instante, y he aquí que ¡él mismo te ha pedido de hacerse transportar por el viento!”.

Cuenta el Sheikh Shafi al-Din en su famosa “Epístola”: Abu Abdallah Muhammad al-Azhari al-’Agami había viajado mucho y hacía milagros extraordinarios, de él se narran cosas que la mente no alcanza a comprenderlas. Su discípulo, el Sheikh Abu al-Hasan ibn Dahhak cuenta: “El Sheikh Muhammad al-’Agami me introdujo en trescientos sesenta mundos, más allá del Cielo y de la Tierra y llegó conmigo a la montaña Qaf y me hizo ver la serpiente enroscada en torno a esa montaña, que se toca la cabeza con la cola, y que es de color verde. Cuando el Sheikh me llevaba hacia cualquier cosa prodigiosa hacía que la tierra se enrollase bajo sus pies, junto a él yo me encontraba ausente de mis percepciones normales. Un día salimos juntos de Damasco y alcanzando Tiberíades nos detuvimos junto a la tumba de Salomón. El Sheikh caminaba y yo iba transportado detrás de él hasta que llegamos a un edificio que inspiraba terror. Aparecieron unas personas a recibir al Sheikh y a saludarlo considerando de buen auspicio su llegada para luego adelantarse precediéndolo. No me sentía a gusto, el Sheikh se volvió para decirme: “Mantente con buen ánimo y ocúpate de mí, no de estos que ves. Son gins y estamos yendo hacia la tumba de Salomón, hijo de David”.

Cuando alcanzamos el edificio se nos presentó otra comitiva que lo introdujo. La tumba tenía el aspecto de un grandioso palacio, el Sheikh avanzaba y yo detrás de él, hasta ver, en la parte más elevada de aquel lugar, un hombre en pie, de aspecto majestuoso, envuelto en una luz esplendente, que tenía un bastón en la mano. El Sheikh me dijo: “¡Ese es Salomón!”, después se le acercó y le besó la mano y en uno de sus dedos tenía un anillo.

Se demoró un poco y otros gins esclavos de Salomón lo tomaron consigo y lo condujeron a un lugar en el que le ofrecieron comida, y yo comí con él. Después los gins lo condujeron a ver los tesoros de Salomón, le mostraron la alfombra y apareció un viento que lo levantó a fin que pudiera verlo en su amplitud. Le mostraron el trono de Belkis, Reina de Saba, y todos los demás tesoros de Salomón. Después pasaron junto a una caverna de la que salía un sonido desagradable y un olor nauseabundo, le dijeron: “Señor, esta es la cárcel de Iblis, quien está preso desde los tiempos de Salomón.

Cuando el Sheikh quiso irse, le prepararon un diván, el Sheikh se sentó en él y trajeron un segundo para mí. Cuando nos hubimos acomodado, los divanes se levantaron por el aire sin que pudiéramos ver quién los sostenía, nos transportaron volando, pasamos sobre un lago y finalmente se posaron a tierra. Bajamos y los divanes remontaron otra vez vuelo regresándose. El Sheikh se puso en camino y yo con él, después de un breve trecho nos encontramos en Damasco”.

Comentario [CU91]: Hay más de cien kilómetros en línea recta entre estas dos ciudades

Comentario [CU92]: “Belkis” palabra hebrea que significa “concubina”. En el Corán se narra la maravillosa transportación de este trono.

Comentario [CU93]: Se trataría del demonio que robó el anillo a Salomón y que fuera sumergido en el fondo del lago Tiberíades

Mientras Jesús, hijo de María estaba peregrinando por una región de Siria, lo azotaba la lluvia, los truenos y los relámpagos, tanto que se puso a buscar refugio, y a lo lejos vio perfilarse una tienda de beduinos. Entrando encontró que había una mujer, entonces se alejó y al divisar una caverna en el monte entró en ella, dentro había un león. Le puso la mano sobre la cabeza y gritó: “¡Dios mío, Tu has dado refugio a todas las criaturas, pero a mí no me has dado ningún asilo!”. Dios le respondió: “Tu asilo es junto a Mí, en la certidumbre de la Misericordia. El Día del Juicio te daré en esposas a cien huríes, formadas con Mis manos y el banquete de tus bodas durará cuatro mil años, cada día de los cuales será largo como la vida del mundo, y ordenaré a un heraldo que anuncie: “¿Dónde están los ascetas de todo el mundo? ¡Vengan a las bodas de Jesús, el hijo de María!”.

Cuentan que un hombre iba en compañía de Jesús, hijo de María, diciendo: “¡OH Profeta de Dios, quiero estar contigo!”. Caminando llegaron a la orilla de un río y allí se sentaron a comer. Tenían tres panes, de los que se comieron dos, quedando uno. Jesús se levantó y fue a beber agua del río, cuando regresó el pan ya no estaba. Le preguntó al compañero: “¿Quién ha tomado el pan?” a lo que éste respondió: “No lo se”.

Se puso nuevamente en camino acompañado de aquel hombre. Encontraron una gacela con dos crías, Jesús llamó a uno, lo tomó, lo degolló, lo asó y juntos se lo comieron. Cuando hubieron terminado Jesús le dijo a los huesos: “¡Resucita, con el permiso de Dios, Grande y Glorioso!”, y la bestia resucitó. Entonces Jesús le dijo a su compañero: “Te lo pregunto en el Nombre de Aquel que te ha hecho ver este milagro: ¿Quién tomó el pan?”. Respondió aquel: “No lo se”.

Siguieron hasta que llegaron al desierto, Jesús tomó un grueso puñado de tierra y le dijo: “Se oro, con el permiso de Dios”, y la tierra se transformó en oro. Lo dividió en tres partes y dijo: “Un tercio para mí, un tercio para ti y un tercio para quien tomó el pan”. El hombre exclamó: “¡Yo tomé el pan!”. Jesús dijo: “Todo es para ti”, y lo dejó.

Llegaron del desierto dos hombres y quisieron llevarse el oro y asesinarlo, pero éste les propuso: “Repartamos entre los tres” y estos aceptaron, después les dijo: “Que uno de nosotros valla al pueblo a comprar comida para todos”. Fue uno, compró comida y pensó: “¿Por qué dividir el tesoro con ellos? Pondré veneno en los víveres, los mataré y me quedará con todo”, y envenenó las provistas.

Mientras los otros se decían: “¿Por qué darle a él un tercio? Cuando regrese lo matamos y nos repartimos mitad por mitad” y cuando regresó lo asesinaron, después comieron lo que éste había traído y murieron ambos. El oro permaneció en el desierto, con los tres muertos a su lado. Jesús volvió a pasar y viendo aquello dijo a sus compañeros: “¡Miren bien, esto es el mundo!”.

CONVERSIÓN AL ISLAM

Cuenta el Sheikh al-Mugawiri: Por algunos años he combatido la *yihad*, por algunos años he peregrinado. Me internaba en países de infieles para cumplir con órdenes recibidas y tenía el poder de volverme invisible, si lo quería me veían, y si no lo quería no me veían. Entonces me llegó de parte de La Verdad –alabado sea y glorificado– la orden de entrar en un país para encontrarme con un hombre de fe bien salda. Fui, me hice ver y me tomaron como prisionero de guerra. Quien me había capturado se alegró, me ató las manos y me llevó al mercado de esclavos para venderme. Todo esto ya estaba establecido, según las instrucciones que había recibido. Me compró un destacado hombre a caballo que me donó como siervo a la iglesia.

Comentario [CU94]: Guerra santa

Servía desde hacía unos días cuando comenzaron a preparar alfombras, incienso, y perfumes en gran abundancia. Pregunté: “¿Qué hay de nuevo?” Respondieron: “El Rey tiene la costumbre de visitar la iglesia una vez al año, ese momento está arribando y preparamos la iglesia para ello. La dejaremos vacía, no quedará nadie para que el Rey entre a hacer sus devociones”.

Comentario [CU95]: Noche 267 de las Mil y Una Moches

Cuando cerraron la iglesia permanecí dentro volviéndome invisible para ellos. Llegó el Rey, le abrieron la iglesia, entró solo y cerraron la puerta a sus espaldas. Dio vueltas por la iglesia inspeccionando que no quedara nadie, yo lo observaba pero no me veía. Finalmente sintiéndose al seguro se aproximó al altar, se orientó en dirección a la Meca y pronunció la fórmula *¡Dios es el más Grande!*

Me fue dicho: “Este es a quien quería hacerte encontrar”. Recobré la visibilidad y me situé detrás de él, rezando junto con él hasta el final. Al volverse me vio y dijo: “¿Quién eres?” respondí: “Un musulmán como tu”. “¿Y por qué has venido aquí?”. “Por ti”. Me abrazó, me interrogó y le conté que me había sido ordenado encontrarme con él y que la cosa había sido posible sólo de la manera en que había ocurrido: hacerme tomar prisionero, ser vendido como esclavo y volverme siervo de la iglesia, dejando que todo esto me ocurriera para que tuviera lugar nuestro encuentro. Le agradó y se abrió con migo y yo con él y pude reconocer la sinceridad de su fe. Le pregunté: “¿Cómo es que te encuentras entre estos infieles?” Respondió: “Estando con ellos obtengo ventajas que no alcanzaría en medio a los musulmanes”. “Explícate”. “Mi fe en el Dios Único, mi dedicación a Él como musulmán, mis acciones que tienden exclusivamente a Él, no son conocidas plenamente por nadie, aunque se nutra de alimentos lícitos, insospechables. Yo beneficio a los musulmanes, si fuera el más poderos de sus Soberanos, no estaría en grado de defenderlos y protegerlos de las ofensas de los infieles, impidiendo que los golpes de éstos los alcancen. En medio de los infieles, en cambio, provocho matanzas y desórdenes que, ciertamente, no suscitaría siendo el mejor de los Soberanos musulmanes. ¡Ahora voy a mostrarte como hago con ellos!”.

Nos despedimos y me ordenó: “¡Vuelve a ser como eras!”, y yo me escondí y volví a ser invisible. El Rey salió de la iglesia, se paró delante de la puerta y ordenó que le fueran presentados todos los adeptos a la iglesia. Comparecieron y le fueron presentados: “Éste es el Patriarca, éste el diácono, éste el sacerdote, éste el superintendente de los bienes eclesiásticos, éste el recolector de las contribuciones”. “¿Y quién hace los servicios?”. “Fulano de tal ha comprado un prisionero de guerra y lo ha donado a la iglesia como siervo”.

Entonces el Rey simuló una cólera terrible y gritó: “¡Todos vosotros habéis cometido una enormidad contra la casa del Señor poniendo a servirla a un individuo impuro que no es de nuestra religión!”, y empuñando la espada, con el pretexto del celo por la iglesia, le cortó la cabeza a todos. Después ordeno que yo fuera conducido en su presencia y dijo: “Como siervo de la iglesia, que es fuente de bendiciones, éste, a diferencia de esos pecadores, merece respeto, consideración y el regalo de vestidos de honor y de cabalgadura, dejándolo libre de regresar a su país y a su familia”. Y así se hizo.

Cuenta Abu Ga’far al-Haddad: Estaba en un barco que surcaba el Tigris desde Bassora a Bagdad y estaba con migo un hombre que no comía, no bebía y no rezaba. Le pregunté: “¿Qué eres?” “Él es un cristiano” “¿Y no comes?” “Me remito a Dios” “También yo me remito a Dios ¿Pero por qué permanecemos aquí? Dentro de poco los pasajeros sacarán sus provistas y nos dirán de comer con ellos. ¡Ven, bajemos y sigamos el viaje a pie por la orilla del río!”. Respondió: “A condición de que cuando entremos en una ciudad tu vallas a la Mezquita y yo a la iglesia”. Así quedamos de acuerdo y a la noche llegamos a un poblado.

Nos detuvimos en un basural donde se nos acercó un perro negro con un pan entre los dientes y lo dejó junto al cristiano. Éste se lo comió sin volverse a mí ni convidarme. Así viajamos por tres días, cada noche llegaba el perro con el pan y él se lo comía. La cuarta noche llegamos a una aldea y yo comencé la plegaria del anochecer cuando se apareció un hombre con una bandeja con comida y una jarra de agua y me lo puso delante. Le dije: “¡Dáselo a él!” y continué rezando. Entonces el cristiano se me arrimó con la bandeja en las manos y me dice: “Explícame tu religión, he visto que es mejor que la mía” “¿Cómo la sabes?” “A mí se me hace llegar el alimento por medio de un perro como yo, y yo me como lo que me trae, pero tu, después de tres días de ayuno, me ofreces tu cena. Así es como he comprendido que tu religión es mejor que la mía”. Se hizo musulmán. Que Dios le tenga misericordia.

Se cuenta que cuando murió Sahl ibn ‘Abdallah al-Tustari se reunió una gran cantidad de gente siguiendo su funeral. Un hebreo con más de setenta años escuchó el rumor y salió de la casa a ver qué estaba sucediendo, apenas vio el féretro exclamó: “¿Vosotros veis lo que yo veo?”. “¿Qué es lo que ves?”. “¡Veo gente que baja del Cielo para bendecir al muerto!”. Después de esto se hizo musulmán, y fue la suya una conversión sincera.

Se cuenta que existió, entre los pueblos del pasado, un Rey rebelde a su Señor. Los musulmanes le hicieron la guerra y lo tomaron prisionero. Se preguntaron: “¿De qué manera lo haremos morir?” y se pusieron de acuerdo en fabricar para él una gran cacerola, meterlo dentro y ponerla al fuego, haciéndole gustar el sabor del suplicio antes de matarlo. Así hicieron con él. Entonces él comenzó a invocar a sus dioses uno detrás del otro: “¡OH Fulano, por el culto que te he prestado, sálvame de este trance!”, pero cuando vio que sus dioses no le daban la más mínima ayuda, alzó la cabeza al Cielo y exclamó: “¡No hay divinidad si no es Allah!” y Le dedicó una sincera plegaria.

Entonces Dios derramó sobre él un chorro de agua que apagó el fuego, después sopló un viento que levantó la cacerola y comenzó a girarla entre el Cielo y la Tierra con el Rey adentro que gritaba: “¡No hay divinidad si no es Allah!” y finalmente la depositó en medio de una población pagana, y él siempre repetía: “¡No hay divinidad si no es Allah!”.

Comentario [CU96]: “EL” en lugar de “YO” porque el autor, siendo musulmán, no puede afirmar pertenecer a otra fe ni siquiera citando palabras dichas por otro.

Comentario [CU97]: Al demonio se lo representa como un perro negro.

Esa gente lo sacó de la cacerola y le dijeron: “¡Desgraciado! ¿Qué te ha sucedido?”. Respondió: “Soy el Rey de tal pueblo, y mi caso y mi historia son así y así”. Les contó su aventura y esa población devino creyente.

APARICIONES

Cuenta Un iraquí: Estaba recitando el Corán en casa de un cierto Abu Bakr cuando entró un Sheikh vistiendo ropas gastadas. Abu Bakr lo interrogó por sus hijos y respondió: “Anteayer sin más me ha nacido una tercera hija, y mi mujer me pidió alguna moneda como para comprar algo de manteca y miel que ponerle en la boca, pero no tenía nada, por lo que he pasado la noche triste, preocupado y afligido. He visto al Profeta (P. y B.) en sueño que me decía: “OH Fulano, no te aflijas ni te entristezcas, mañana ve a lo de ‘Ali ibn Isa, el Visir del Khalifa, llévale mi saludo y dile que como seña por las cuatro mil plegarias que ha hecho en mi tumba, te de cien *dinar* en *contante*”.

Comentario [CU98]: Siguiendo la tradición del Profeta (P. y B.) al recién nacido se le da a probar un poco de miel o de dátíl, para que el primer sabor que sientan sea dulce, y se le recita al oído la profesión de fe y el llamado a oración.

Comentario [CU99]: Noche 299 de Las Mil y Una Noches.

Abu Bakr interrumpió mi recitación, tomó de la mano al Sheikh y lo acompañó a lo del Visir, quien viendo un desconocido exclamó: “¿Quién es éste?” y Abu Bakr le respondió: “Que el Visir lo deje aproximarse y cuente lo que tiene para decirle”. Invitado a adelantarse y hablar, el Sheikh dijo: “Abu Bakr sabe que tengo dos niñas. Me ha nacido una tercera anteayer y mi mujer me pidió una moneda para comprarle manteca y miel...” y le contó su sueño. En los ojos del Visir se asomaron las lágrimas y dijo: “¡Son veraces Dios y Su Profeta (P. y B.)! Tu dices la verdad, OH piadoso, esta es una cosa que nadie la sabía, fuera de Dios y Su Profeta... ¡Esclavo, trae la bolsa!” le fue llevada, tomó tres cientos *dinar* y dijo: “Estos son los cien que te ha dado el Profeta (P. y B.), estos otros cien por la buena noticia que me has traído y estos otros un regalo para ti”.

Así fue como el hombre se fue, liberado de sus preocupaciones y pensamientos, y así como le llegó un bien a él, también le llegó al Visir, por que a continuación abandonó su cargo, la elevada posición de poder, la autoridad tiránica y el orgullo de los opresores y se retiró a la Meca para pasar su vida junto al Santuario. La decisión ocurrió repentinamente de la siguiente manera: El Visir cabalgaba al centro de un gran cortejo, y los forasteros viéndolo pasar preguntaban: “¿Quién es éste? ¿Qué es?”. Una mujer exclamó: “¿Cuántas veces repetiréis “quién es éste?” ¡Éste es solamente *un siervo caído del ojo de Dios* que lo ha puesto a prueba en el alto puesto en que lo veis!”. Escuchando estas palabras, el Visir volvió a su casa, pidió de ser dispensado de la carga y fue a establecerse a la Meca ¡Que Dios le tenga misericordia!

Cuenta el Sheikh Abu al-Hasan al-Sadhili: Vi en sueños al Profeta (P. y B.) en la Noche del *Destino*, el veintisiete de Ramadán, que me dijo: “¡OH ‘Ali, purifica tu vestidura de las impurezas y tendrás la asistencia de Dios en cada respiración!”. Pregunté: “OH Enviado de Dios ¿qué significa mi vestidura?”. Respondió: “Sabe, que Dios te ha regalado cinco vestiduras: el amor, la gnosis, la unión mística, la fe y el Islam. A quien ama a Dios todo le resulta fácil; a quien conoce a Dios todo lo demás se hace insignificante a sus ojos; quien se une a Dios no adora a otro que a Él; quien cree en Dios está al seguro de toda cosa; quien se abandona a Dios como verdadero musulmán, no vuelve a rebelarse, y si se rebela pide perdón y es perdonado”.

Comentario [CU100]: Fundador de la tarika que lleva su nombre. Muerto en el 1258

Comentario [CU101]: Noche en la que fue revelado el Corán, y en la que se deciden los destinos para todo el año siguiente.

Después de este discurso comprendí la interpretación de las palabras de Dios: “Y tu vestidura *purifica*”.

Comentario [CU102]: Corán LXXIV,41

Cuenta un hombre piadoso: Tuve un hijo que murió mártir en la *yihad* y nunca lo había visto en sueños hasta la noche en que murió el Khalifa Omar ibn ‘Abd al-‘Azis. Esa noche se me apareció y le dije: “¡Hijo mío, entonces has muerto!” a lo que me respondió: “¡No! He caído como mártir, ahora vivo junto a Dios que me *sustenta*”.

Comentario [CU103]: Octavo en la dinastía Omeya, muy piadoso, murió en el 717

Comentario [CU104]: Corán III,163

“¿Y cómo es que has tornado aquí?”. “Ha sido convocada toda la gente del Paraíso: todos los Profetas, todos los buenos, todos los mártires, a reunirnos para asistir a la plegaria fúnebre por Omar ibn ‘Abd al-‘Azis. Vine para eso y luego pasé a saludarte”.

Cuenta Dhul al-Nun: He visto en sueños a un amigo después de su muerte y le dije: “¿Qué ha hecho Dios con tigo?”. “Me ha perdonado gracias a tus bendiciones y al amor que te tengo, me ha hecho entrar en el Paraíso y me ha mostrado mi morada”. Así decía, pero su rostro estaba triste. Le pregunté: “¿Por qué te veo afligido? Has entrado en el Paraíso y allí la vida transcurre felizmente”. Suspiró y respondió: “Dhul al-Nun, estaré siempre triste hasta el Día del Juicio”. “¿Por qué?”. “Cuando he visto la morada del Paraíso me apareció en lo alto la asamblea de los benditos del Illiyun, de inigualable esplendor, y viéndolo me alegraba inmensamente creyendo de entrar, pero alguien gritó desde lo alto: “¡Aléjenlo, esto no es para él si no para quien ha recorrido su camino por amor a Dios y cada vez que algo del mundo lo hería decía: Por amor a Dios! Si tu hubieras seguido ese camino te habríamos concedido la Gracia”.

Comentario [CU105]: Illiyun, más elevado que el Paraíso, lugar en donde se goza de la eterna contemplación de Dios

LOS MUERTOS

El Sheikh Abu al-Hasan al-Mazini cuenta de haber sugerido a un agonizante: “Di: *No hay divinidad sino es Dios*”. El otro sonrió y dijo: “¿Me hablas a mí? ¡Por la grandeza de Aquel que no conoce la muerte! Entre Él y yo existe sólo un obstáculo: ¡Su poder!” y expiró inmediatamente. Entonces el Sheikh se tiró de la barba gritando: “¡Un impuro como yo le sugiere la profesión de fe a un amigo de Dios! ¡Qué vergüenza!”, y cada vez que contaba esto lloraba.

Cuenta el Sheikh Abu al-‘Abbas al-Harrar: Me enfermé estando en la ciudad de Sevilla y estando desde hacía tiempo en cama, vi unos grandes pájaros de distintos verdes, blancos y rojos que levantaban las alas todos al mismo tiempo y luego las plegaban a coro. También había unas personas teniendo en mano cálices cubiertos, llenos de regalos. Me vino a la mente que era el regalo de la muerte, entonces me volví hacia la Meca y recité la profesión de fe, pero uno de ellos me dijo: “¡He tu! ¡No ha llegado tu tiempo! Este don es para otro creyente al que le ha llegado la hora”. No dejé de mirarlos hasta que se alejaron.

Aun agonizante que manejaba la balanza en su depósito le decían: “Di: *No hay divinidad si no es Dios*” a lo que respondía: “¡No puedo, el peso de la balanza está sobre mi lengua y me impide pronunciar esas palabras!” Le preguntaron: “Pero ¿Tu pesabas con justicia?” “¡Seguro! Pero pueda ser que en uno de los platos de la balanza se haya depositado polvo y no me haya dado cuenta”.

Se cuenta de otro que, descuidado de Dios, comerciaba hashis, y cuando estaba a punto de morir, cada vez que le sugerían: “Di: *No hay divinidad si no es Dios*” respondía: “¡A una moneda la rama!”.

LOS MUERTOS QUE HABLAN

Cuenta uno de aquellos: Estaba lavando un muerto, un novicio de los Sufis, cuando me aferro un pulgar del cántaro. Le dije: “Hijo mío, deja mi mano por que se bien que tu no has muerto, y que la muerte en realidad es un pasaje de un lugar a otro”, entonces me dejó la mano libre.

El Sheikh Nagm al-Din al-Isfahani siguió el funeral de un hombre piadoso, en la Meca, y cuando fue sepulto y el Imam se ubicó junto a la tumba para recitar las oraciones fúnebres, el Sheikh, que no tenía la costumbre de reír, dio una carcajada. Un amigo le preguntó por qué se reía, pero él le hizo señas de que callara, y más tarde le explicó: “Me reía por que cuando el Imam se ubicó junto a la fosa, sentí al muerto exclamar: “¡Que maravilla, un muerto que recita las plegarias fúnebres por un vivo!”.

Un grupo de derviches vino a visitar al Sheikh ‘Ali al-Rudbari y uno de ellos se enfermó. La enfermedad se prolongó por muchos días, sus compañeros se cansaron de asistirlo y se quejaron de ello al Sheikh, quien venciendo su repugnancia juró que nadie, aparte de él, se ocuparía de servirlo, y lo hizo por un cierto tiempo. Al final el

derviche murió, lo lavó con sus manos, lo envolvió con el sudario, recitó sobre él las plegarias fúnebres y lo sepultó, pero cuando después de haberlo colocado en la tumba le levantó el sudario del rostro, vio los ojos abiertos del muerto que lo miraban, y el muerto le dijo: “Seguramente te ayudaré en el Día del Juicio, como tu me has ayudado venciendo tu repugnancia”.

Entre los que combatieron la *yihad* en **Damieta** estaba un santo, docto jurista y místico, ‘Abd al-Rahman al-Nuwayri, que cayó como mártir. El Cristiano que lo mató contaba: “OH sacerdote de los musulmanes ¿es verdad que vosotros decís en vuestra lengua: *“No piensen que están muertos quienes mueren sobre el Camino de Dios. Al contrario, están vivos junto a su Señor y bien provistos?”*”. Había dicho esto para burlarme de él, pero el muerto abrió los ojos y respondió a viva voz: “¡Cierto: *“Vivos junto a su Señor y bien provistos!”* y luego quedó mudo. Habiendo visto y oído esto, Dios me quitó el descreimiento del corazón y me hice musulmán en las manos de aquel mártir”.

Después de este caso el Sheikh Nuwayri vino apodado “el mártir parlante”.

Comentario [CU106]: en el 1218 y en el 1250 Damieta fue tomada por los cruzados

Comentario [CU107]: Corán III,169

LA VIDA EN LA TUMBA

Dice el autor: Es doctrina de los sunnitas que las almas de los muertos, en ciertas ocasiones, vuelvan a los cuerpos en la tumba, del Paraíso o del Infierno, cuando el Altísimo lo quiere, y especialmente en la noche y día del viernes. Se reúnen y conversan. Solamente los viernes los malvados muertos no son atormentados, por misericordia de Dios y en honor de ese **día**. Peda ser que sean inmunes del castigo solamente los pecadores musulmanes y no los descreídos, por dos motivos: uno, que las penas infernales de los descreídos son eternas, y no lo son las de los musulmanes; en segundo lugar, por que los musulmanes, en vida, creían en las virtudes y las bendiciones del viernes.

Comentario [CU108]: ... en que los musulmanes se reúnen para efectuar la plegaria en colectividad

Dios muestra a los vivos las condiciones de los muertos, buenas o malas, como un mensaje o una admonición, o en el interés del muerto, a fin que le llegue a él algún bien, o sea pagada alguna deuda suya. Los muertos pueden ser vistos en sueños, y éste es el caso más común, o también en estado de vigilia, esta es una gracia que reciben los santos. Quienes entran en éxtasis, o han alcanzado un grado elevado, ven despiertos a los muertos que vienen, en el momento que Dios lo quiere, para transmitirles alguna enseñanza.

Cuenta un hombre piadoso: Había en Abadán un devoto llamado al-Badawi, cuando pregunté por él me dijeron: “Ha muerto”. El sepulturero me contó: “Cuando murió al-Badawi le cavé la fosa, y cuando hube cavado las paredes me propuse alisarlas, en el ponerme a ello cayó un ladrillo de la tumba antigua, me arrimé al agujero y vi que dentro del sepulcro estaba un viejo sentado, vestido con paños blancos. Tenía en el regazo un Corán encuadernado en oro, escrito con letras de oro, y lo recitaba en voz alta. Levantó la cabeza y me preguntó: “¿Ha comenzado el Juicio Universal?”. “No”. “Entonces mete el ladrillo en su lugar y que Dios te proteja”. Y yo puse el ladrillo en su lugar.

EL JUICIO EN LA TUMBA

Cuenta Malik ibn Dinar: En Basra vi un funeral que no era acompañado por nadie, le pregunté a los enterradores y me dijeron: “¡Este hombre fue un gran pecador, rebelde a Dios, derrochó todo lo que tenía!”.

Recité por él una plegaria y lo depuse en la sepultura, después me retiré a la sombra y me quedé dormido, entonces vi dos ángeles que bajaban del cielo y abrían la tumba y uno de ellos bajaba en ella y le decía al compañero: “Inscríbelo entre los dañados, ninguna parte de su cuerpo esta exenta de culpa ni de vicios”. Respondió el ángel: “Hermano, no hagas un juicio apresurado sobre él, mira sus ojos”. “Los he observado y los he encontrado llenos de miradas hacia las cosas prohibidas por Dios”. “Observa entonces sus orejas”. “Ya las examiné y las he encontrado llenas de las cosas sucias y prohibidas que han escuchado”. “Mira su lengua”. “Le miré, se entrometía en discursos ilícitos y culpables”. “Mira sus manos”. “Lo hice, y las encontré llenas de contactos pecaminosos y placeres y estímulos impuros”. “Mira sus piernas”. “Miré, solían correr tras cosas abominables, detestables”.

Insistió el ángel: “Hermano, no juzgues con premura en su contra, y deja que baje a examinarlo”. Descendió el ángel en la tumba, se detuvo un poco junto al muerto y después le dijo a su compañero: “Hermano, he mirado en su corazón y lo he encontrado lleno de fe. Inscríbelo como perdonado y feliz, por que la Gracia del Señor ¡Glorificado Sea! Es infinitamente mayor que sus pecados y sus errores”.

Cuenta un hombre piadoso: Había en Basra un cierto Dahwan, era uno de los grandes de su tiempo. Cuando murió toda Basra asistió a su funeral. Después de sepultarlo, la gente se fue y yo me quedé dormido junto a la tumba. Un ángel bajó del Cielo y exclamó: “¡OH gente de las tumbas, salid a recibir vuestra recompensa!”. Las tumbas se abrieron dejando ver a sus ocupantes, y todos salieron y se alejaron por un trecho, luego regresaron acompañados por Dahwan que venía en medio de ellos, vistiendo una túnica de oro resplandeciente, recamado en perlas y gemas. Dos esclavos lo precedían escoltándolo a su tumba.

Entonces un ángel proclamó: “Este es un siervo de Dios, fue uno de los temerosos, pero a causa de una sola mirada lo alcanzarán las pruebas y las tribulaciones, para que se cumpla sobre él la orden del Señor”. El ángel se aproximó a la Gehena y salió de allí una serpiente de fuego que hirió a Dahwan en la mejilla, el punto se hizo negro y el ángel prosiguió: “Dahwan, no temas que el Señor cambie tu suerte afortunada, pero éste golpe es por aquella mirada, y si tu hubieras hecho algo peor, nuestro castigo habría sido mucho más grave”.

Ahmad ibn Abu al-Hayr, místico yemenita, cuenta que vio las puertas del Cielo abiertas y a un grupo de ángeles bajar a la Tierra trayendo un ropaje verde y conduciendo un caballo. Se detuvieron ante una tumba e hicieron salir a un hombre, lo vistieron, lo pusieron sobre el caballo, y después lo llevaron al Cielo, atravesando un Cielo después del otro, hasta completar los siete, y después de ello todavía desgarraron setenta velos. Me sorprendí y quise conocer quién era aquel hombre a caballo, me fue dicho: “Es al-Gazalli”.

Comentario [CU109]: Era hijo de un esclavo persa, fue discípulo de Hassan de Basra, murió en torno al 748

Comentario [CU110]: Palabra de origen hebreo para designar al infierno. Gehena era el valle al sur de Jerusalén donde se quemaba la basura.

EL SUFRAGIO DE LOS MUERTOS

El Gran Sheikh yemenita Abu al-Dabih Ismail Muhammad, pasando cerca de un cementerio en el Yemen, rompió en llanto incontenible presa de la tristeza y del desconsuelo, y poco después, inesperadamente, estalló en carcajadas arrebatado por la alegría y la hilaridad.

Los presentes se asombraron des esta conducta y le preguntaron la razón, el Sheikh respondió: “Me fueron mostrados los habitantes de estas tumbas y los vi en el tormento, me entristecí y eso me hizo llorar. Supliqué al Altísimo por ellos y me fue dicho: “Hemos aceptado tu intercesión”, entonces una mujer que estaba en la tumba exclamó: “¡Señor, yo soy Fulana la cantante!”. Reí y le dije, “Entonces también estás tú entre ellos”. Luego el Sheikh mandó llamar al sepulturero y le preguntó de quién era esa tumba reciente, a lo que respondió: “La cantante Fulana, por la que has intercedido”.

Comentario [CU111]: Que es como decir mujer de la vida

Cuenta Shalih al-Mursi: Una noche salí para tomar parte de la plegaria del alba en la Mezquita principal y, pasando junto a un cementerio, pensé: “¿Por qué no detenerme aquí hasta el amanecer?”. Hice una plegaria de dos postraciones y después me quedé dormido, me pareció ver que los habitantes de las tumbas salían vestidos de blanco y se sentaban a conversar formando círculos. Sólo un joven de ropas sombrías estaba apartado y desconsolado. Poco después llegaron los ángeles trayendo copas cubiertas con servilletas tejidas con luz, cada muerto tomó su copa y regresó a la tumba. Quedó solamente aquel joven sin haber recibido nada, se levantó afligido para regresar a la sepultura y yo le dije: “OH siervo de Dios, ¿por qué estás tan triste y qué significa la escena que he visto?”. “OH amigo ¿has visto las copas?”. “Si ¿Qué contienen?”. “Son los dones que los vivos envían a los muertos, cada vez que hacen limosna en su nombre o rezan por ellos, estos sufragios llegan a los muertos el jueves de la manera que has visto. Yo soy un extranjero, nativo de la India, llegué a Basra con mi madre cumpliendo el peregrinaje. He muerto aquí y mi madre ha vuelto a casarse, se ocupa de su nueva familia y no me recuerda ni con limosna ni con plegarias, como si nunca hubiera tenido un hijo, engañada por el mundo. Tengo, pues buenas razones para estar triste, ¡nadie se acuerda de mí después que he muerto!”. “¿Dónde queda la casa de tu madre?” Le pregunté, y me la describió.

Llegado el día y terminada la plegaria me informé de la casa y me la indicaron. Llamé a la puerta y una mujer gritó: “¿Quién es?”. Dije mi nombre y me permitió el ingreso “Quiero que nadie escuche nuestra conversación” le dije, y me acerqué a la cortina “Dios te tenga misericordia –continué- ¿Tu tienes un hijo?”. “No”. “¿Y nunca has tenido uno?”. Suspiró profundamente y dijo: “Si, tuve un hijo que murió joven”. Le conté la historia y lloró, luego me dijo: “¡Era un pedazo de mi corazón y de mis entrañas, mi vientre lo ha contenido, mis senos lo han alimentado, en mi regazo estaba su refugio!” Después me dio mil *dirham* diciendo: “Haga limosna por mi querido, la alegría de mis ojos, y ¡Juro por Dios que mientras tenga vida no dejaré de hacer caridad y de rezar por él!”.

Comentario [CU112]: Detrás de la cual las mujeres pueden hablar con los hombres sin ser vistas

LOS DIFUNTOS PERVERSOS

Cuenta un Sheikh yemenita piadoso que cierto muerto fue enterrado y después la gente se fue. Se escucharon entonces dentro de la tumba violentísimos golpes y patadas, y luego salió un perro negro. El Sheikh exclamó: “¡Desgraciado! ¿Quién

eres?”. “Soy la conducta del muerto”. “Y esos golpes ¿se los has dado tu o te las ha dado él a ti?”. “Me los han dado, estaban junto a la Sura Ya Sin y sus hermanas que se interpusieron entre él y yo, así es como he estado golpeado y echado fuera”.

Cuenta el Sheikh: “Lo dejé y di en limosna mil *dirham* por él. Al viernes siguiente andando para la plegaria del alba entré en el cementerio y me apoyé en su tumba, caí dormido y vi, como la primera vez, salir los muertos de la tumba, y entre ellos a aquel joven con blancas vestiduras, feliz y contento. Se me aproximó diciendo: “OH amigo, ¡que Dios te devuelva todo el bien que me haz hecho! Tu regalo me ha llegado”. Le pregunté: “¿Vosotros los muertos, sabéis cuando es viernes?”. “Si, hasta los pájaros lo saben y los viernes cantan: “Paz, paz, salve buen día” venerando la Resurrección que ocurrirá en ese día”.

Y se cuenta de un rebelde que cuando murió le excavaron una fosa y encontraron dentro de ella una serpiente enorme. Le excavaron otra y volvieron a encontrar la serpiente, y así sucesivamente una después de otra, hasta que le habían excavado una treintena y en cada una de ellas había una serpiente. Cuando se convencieron que nadie por más que escape puede escaparse de Dios, lo enterraron con la serpiente, y esa serpiente era su conducta malvada.

Comentario [CU113]: La Sura XXXVI del Corán y otras que se recitan en sufragio de los muertos y que se colocan dentro del sudario

Comentario [CU114]: Al parecer, este relato debería ser continuación del anterior